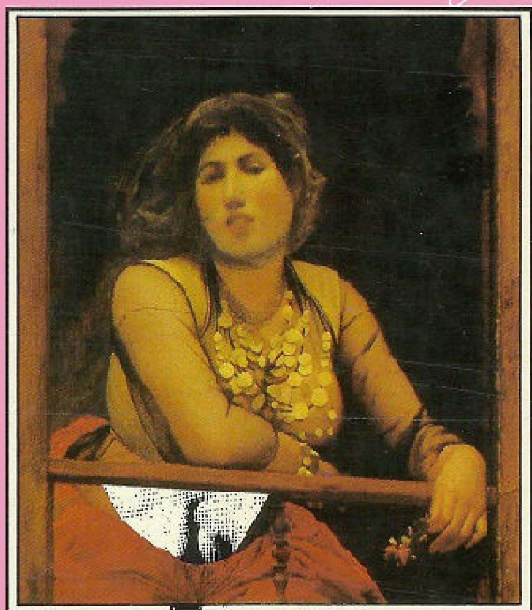
Leopoldo Azancot

# Tribulaciones eróticas e iniciación carnal de Salomón, el Magnífico



La sonrisa vertical



Tribulaciones eróticas e iniciación carnal de Salomón, el Magnífico, no sólo recrea para nosotros un episodio muy particular —y probablemente hasta hoy no revelado— de la vida del gran rey Salomón, autor de El cantar de los cantares, hijo y sucesor del legendario rey David, que reinó entre 970 y 931 antes de Cristo y que, entre otras muestras de sus conocimientos, su sabiduría y su poder, mandó construir el célebre templo de Jerusalén. Nos permite también compartir las muy licenciosas costumbres de una de las cortes más brillantes y esplendorosas de Oriente Medio.

Pero, como es sabido, no todo lo que reluce es oro, y, cuando empieza la novela, nos encontramos ante un Salomón refocilado en las propias grasas, perdidas sus fabulosas facultades ereccionales. Mujeres de todas las extracciones y todas las razas, los consejos de los genios y los sabios, las lujuriosas maniobras de sus eunucos, todo resultó inútil ante la exasperante inactividad de su ánimo. Hasta el día en que la hermosa Balkis, reina de Saba, amante de los fastos —y también de los juegos amatorios más extravagantes —, fue a su encuentro…

Escrita en un lenguaje esmerado, contenido, con inflexiones de narración histórica, esta enloquecida historia de una pasión tardía, casi senil, que hoy nadie se atrevería a afirmar que no es verídica, se desliza continua y ágilmente de la más fantasiosa y desbordante ficción al irónico, aunque bien fundado, documento testimonial.



Leopoldo Azancot

# Tribulaciones eróticas e iniciación carnal de Salomón, el Magnífico

**La sonrisa vertical - 82**

**ePub r1.0**

**Titivillus** 17.11.15

Título original: *Tribulaciones eróticas e iniciación carnal de Salomón, el Magnífico*
Leopoldo Azancot, 1992

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A Preciada, que me abrió las puertas
del orgullo me inició en la felicidad

# I

La noticia de la próxima llegada de la reina de Saba a Jerusalem llenó de júbilo al rey Salomón.

¿Júbilo?

Esta palabra resulta insuficiente, por mezquina. Esta palabra no refleja con la conveniente justeza el sentimiento que lo embargó desde el momento mismo en que un mensajero, tras dejar a sus espaldas un largo cortejo de caballos reventados, le comunicó la nueva inaudita, pero esperada siempre con secreta impaciencia y exaltación contenida: que la mujer más bella y poderosa del orbe, la de más vasta y honda experiencia por lo que respecta al amor llamado camal, iba a llegar hasta él, movida por su sola voluntad, depuestas las armas de su orgullo indomable, para someterse a la fascinación de un monarca, él, que no fiaba tanto su gloria en la invencibilidad de sus ejércitos, en la impávida majestuosidad de sus palacios, en la abyecta sumisión de sus incontables súbditos y de los pueblos a él sometidos, como en su capacidad en cuanto varón para satisfacer a una mujer, a muchas mujeres —novecientas de ellas languidecían, más o menos, en su harem—, y, quizá, ¿por qué no?, a todas las mujeres, nacidas y por nacer, de este mundo perecedero y, sin embargo —o quizá por ello—, adorable.

Júbilo, pues, no. Lo que verdaderamente sintió Salomón fue una alegría absoluta, una alegría capaz de peraltar la línea del horizonte y de devolver su potencia a un onagro centenario o al propio Ajís, el rey de los filisteos al que amputara con sus propias manos y una hoz de lapislázuli, tras vencerlo en combate, aquellas irrisorias partes pudendas de las que se había jactado, no una sino muchas veces, en desmedro de las de quien era legítimo soberano de Israel e indiscutido señor de los genios y de los espectros.

«Así, pues», se dijo y se repitió, apartando con un manotazo displicente todo resto de duda o de bien fundada incredulidad, «mi madre, esa *tzadika* entrañable, tenía razón —¿y cómo hubiera podido no tenerla?— cuando me confiaba en un somurmullo, para no alimentar los celos de mi vocinglero y saltarín padre, que nunca hubo un hombre como yo, tan irresistible y tan apto para convertir con su sola presencia a cualquier hembra —y que esto conste bien claramente: a cualquiera de ellas— en un río tumultuoso de aguas perfumadas y ardientes. ¿O no?», agregó como coletilla en alta voz, «¿o no es cierto?».

Esta pregunta, incomprensible de no conocerse la jactanciosa afirmación que la había precedido, desconcertó al jadeante mensajero arrodillado a sus pies. ¿Nos extrañaremos, en consecuencia, de que, agotado como estaba y no sabiendo qué contestar, aquel hombre de pocas luces optara por entregarse a un desmayo fingido que pronto se transformaría en auténtico? No advirtió, así, servidor poco fiable de quien merecía menos debilidad y más entereza, que el rey, su señor, lo hacía a un lado con la punta del pie; ni tampoco, que se había quedado solo en la vasta estancia progresivamente invadida por el silencio; ni, en fin, que Salomón, a juzgar por el repiqueteo de sus sandalias sobre las grandes losas del patio nocturno, se apresuraba en dirección a sus habitaciones privadas, a las que tenía por el corazón mismo de aquel palacio desde donde su gloria irradiaba.

«Hasta Saba», murmuró Salomón dejándose caer sobre su regio lecho. «Esa gloria mía ha irradiado hasta la mismísima y remota Saba». Y la satisfacción que experimentaba, tan intensa como la alegría que la precediera, a pesar de su inferior entidad, no tardó en hacerlo dormir y en convertir su vientre y su garganta, su ancho pecho, en otras tantas cavernas pobladas de virtuales ronquidos y de silbidos amenazadores.

Durmió, profunda pero no placenteramente, durante dos horas. Durmió hasta que lo despertó el jefe de sus eunucos. O, por mejor decir, durmió hasta que lo despertó el inquietante olor, a la vez agrio y dulzón, que el jefe de sus

eunucos trasminaba de continuo, pues le había prohibido que posara sus manos blandas sobre su augusta persona, antes de amenazarlo con los peores castigos si se atrevía a sobresaltarlo con aquella voz suya, surgida nunca se sabía bien de dónde, quebrada y aflautada hasta la náusea, de la que se servía con tanta maña para sorprender, asustar o meramente irritar a todo el mundo.

—¿Qué quieres? —indagó con desgana.

—Altísimo señor y padre de todos nosotros; terror de los egipcios, de los asirios y aun de aquellos pueblos y bandas errantes cuyos nombres desconocemos; guardián de las llaves que abren las puertas del placer a las mujeres propias y a las extrañas; ¡oh, tú, que, sin pretenderlo y con sólo una sonrisa, llegas a turbar a los hombres más profusamente barbados, a despertar la ambigüedad en los muchachos núbiles…!

—Ya basta —lo interrumpió perentoriamente el rey, con voz, sin embargo, poco segura—. ¿Qué es lo que quieres?

—Lo que yo quiera, augusto amo, no tiene ninguna importancia, dado que ni aun tú, con toda tu grandeza, podrías devolverme aquello que me fue amputado y que me hubiera permitido pasar del querer al poder, del deseo a su satisfacción. Si estoy ante ti, tembloroso como siempre a causa de tu imponente apariencia, es sólo en calidad de mero portavoz de aquellas que sí pueden reclamar con la esperanza de recibir: tus dignísimas esposas y concubinas, mi admirado señor.

—Yo no fui quien te sometió a esa ultrajante y escalofriante operación de la que no quiero ni siquiera oír hablar, como tantas veces te he dicho. ¿Por qué, pues, me atormentas recordándomela? ¿Y por qué no me dices, de una vez por todas y sin adornos ni preámbulos, qué es lo que esperas de mí?

—No te puedo decir lo que espero de ti porque no soy yo quien espera, mi señor. Son ellas, tus novecientas mujeres.

Y la cara del eunuco, al decir esto, se iluminó con una sonrisita aviesa.

—Novecientas son muchas mujeres para un solo hombre, ¿no te parece?

Salomón buscaba, así, de manera casi desesperada, la complicidad de su servidor, la absolución de quien había despertado, no sabía bien cómo, su nunca por completo adormecido sentimiento de culpa con respecto a sus insatisfechas mujeres. Pero no iba, ¡ay!, a lograrlo tan fácilmente.

—Son muchas para un hombre normal, y no digamos para mí, ¡oh, rey!, pero no para ti, cuya libido es un tigre que ruge, mañana y noche, de cara a todos los rumbos que marca la rosa de los vientos.

—Hasta un hombre como yo —argumentó con poca convicción el monarca— debe tomarse, de vez en cuando, un respiro. Pues más fatigoso que el peso de la púrpura sobre el cuerpo es el peso de los reproches de una mujer sobre la conciencia de un hombre como es debido.

—¿Permitirás a este insignificante siervo tuyo que te recuerde que no es precisamente una mujer, una sola mujer, la que se lamenta, se queja y te envía, por mi intermedio, sus reproches?

—¿Cuántas son, entonces, las desagradecidas, las insensatas que se aprovechan de mi reconocida magnanimidad y tolerancia para dar rienda suelta a su natural quejoso y poner en entredicho lo bien sentado de mi prestigio venéreo? ¿Muchas? ¿Todas?

—Más o menos. Piensa que algunas de ellas (yo diría que la mayoría) llevan un año, por no decir dos, sin gozar de los beneficios de tu virtuosismo en el arte de la cópula, de tus destrezas y habilidades en ese, según algunos aún más virtuosístico y difícil, arte de la caricia bucal.

—¿Y no les basta con el recuerdo, con el honor de haber sido *cosa nostra*, para aguardar sin refunfuños ni histerias a que les llegue la hora de gozar de nuevo de mi ímpetu, que yo pensaba que ellas tenían por insuperable?

—No, gran rey, a juzgar por lo que me dijeron.

—¿Y qué fue ello?

—Si te lo dijera, señor, te verías obligado a descabezarme por haber oído de labios de varón lo que ni siquiera de labios de mujer resulta soportable. No te diré, consecuentemente,

que sus quejas hacían referencia a la rapidez alada y a la manera desprejuiciada con que te desembarazas del deseo, y sus burlas, al no pretencioso tamaño de tus delicados atributos viriles; y menos aún, que la ira de todas ellas, verdaderamente desenfrenada en ocasiones, acostumbra a traducirse en gestos e improperios que hasta el último de los camelleros de tu reino, ¡oh, señor misericordioso!, se guardaría muy mucho de vocear y realizar (y más, maníacamente, como tus esposas y concubinas hacen) por puro respeto a la dignidad de la persona humana (cosa que, por otra parte, ellos no saben bien de qué se trata).

—¿De verdad? —preguntó descorazonadamente el rey—. ¿Es cierto todo eso?

Por toda respuesta, el jefe de los eunucos enarcó las cejas y frunció los labios, dejando caer luego la cabeza hacia el pecho, con fingida pesadumbre eclesiástica. Y, a seguido de lo cual, después de unos segundos de compunción sospechosa por excesiva, se retiró en silencio.

¿De quién mejor puede recibir consuelo un hombre acongojado que de una mano amiga? ¿Y qué mano más amiga de cada cual que la mano propia? No es de extrañar, pues, que Salomón apelara a su diestra para enderezarse el ánimo no bien desapareció de su campo de visión aquel que tenía a su cargo la custodia del gineceo regio.

Lo hizo sin apresuramiento, como hombre avezado a tales lides, dando tiempo al tiempo y con la preparación debida. Lo que quiere decir que empezó por relajarse, para tratar de olvidar las insidias —lamentablemente, no del todo tales— del jefe de sus eunucos; pasó seguidamente a un discreto masajeo de sus órganos viriles, desmedrados a causa de la turbación y las dudas de su dueño; procedió, a continuación, no bien su orgullo empezó a crecer a la zaga del miembro que con su despliegue —espectacular, a juicio de Salomón, que siempre pecaba de benévolo a su respecto— lo reafirmaba y fortificaba; y acabó por despojarse completamente de sus vestiduras y por buscar el reflejo de su cuerpo desnudo en el monumental espejo de bronce, sustentado por dos grifos irrisorios, del cual se apoderara tras

dar muerte al afeminado rey Ajís, vergüenza de los filisteos, al parecer unánime de éstos, y desdichado rival suyo en la jactancia —lo que, como ya se vio, provocara su deceso—. Esto último, el procurarse arrebatos de deseo mediante la contemplación narcisística de su anatomía, era un recurso infalible que Salomón reservaba para sus momentos de hondas crisis. Como el presente.

La decepción más profunda iba a hacer, de inmediato, presa en él: contemplarse, arrobado, ya no era el recurso infalible de siempre; contemplarse, con disgusto y despecho, era ahora —y quizá, Dios no lo quisiera, en adelante— su lote. Pues, según comprobó de un raudo y, enseguida, también aterrado vistazo, su cuerpo, tal y como era en el presente, más que alentar a la lascivia, propia o ajena, invitaba a consideraciones deprimentes acerca de los acongojantes efectos del paso del tiempo sobre la carne. O, para decirlo con mayor sencillez: su cuerpo se había convertido, sin que él lo advirtiera, en una caricatura de sí mismo, en una estructura descangallada sobre la cual la grasa se distribuía anárquicamente.

¿Osaré relatar lo que ocurrió a continuación? Sí. Aunque mis palabras puedan ser juzgadas poco caritativas, lo haré. Y es que resulta decepcionante hasta el más alto grado, y en consecuencia, irritante hasta la exasperación, para alguien que, como yo, en todo momento he admirado, y aun reverenciado, la grandeza de Salomón, saber que hizo lo que hizo: dejar que su ánimo lo arrastrara hasta el borde de las lágrimas, y consentir luego que una de éstas se deslizara por su rostro, petrificado ante la fulminante revelación de que había engordado y perdido el porte altivo que hasta entonces lo caracterizara.

No lo abrumemos, sin embargo, con reproches: por grande que sea, un hombre siempre es un hombre, y por lo tanto, débil. Y sobre todo, apresurémonos a reconocer que ese momento —pues no se trató más que de eso: de un momento— de debilidad no duró mucho; que el rey, haciendo honor a su renombre, reaccionó de inmediato, y de inmediato puso los medios para superar la depresión en la cual había caído.

Que esos medios resultaran no sólo ineficaces, sino, a la larga, contraproducentes, es algo de lo que no cabe responsabilizarlo: él hizo lo que pudo, y con obstinación digna de la mejor de las causas —lo que prueba que creía en la bondad de la por él escogida—.

Lo que hizo, en fin, fue verificar si su primera impresión se ajustaba a la realidad, si en verdad le sobraban grasas y le faltaban músculos, y, como quiera que no andaba sobrado en aquellos momentos de confianza en sí, llevó a cabo dicha verificación con prudencia —es decir, acercándose al espejo de costadillo, como quien no quiere la cosa—, lo que, por desgracia, no le valió de mucho: cuando, después de una sucesión inacabable de quiebros, vueltas y revueltas, de ir y venir haciéndose el desentendido, se atrevió, por fin, a afrontar la bruñida superficie de bronce dorado, no pudo retener un ronco gemido, que, semejante en todo a un pajarraco de negra casulla y breves patas, aleteó un momento por el centro de la estancia, y cayó luego, pesada y fulminantemente, al suelo, ya muerto antes de chocar contra las grandes baldosas vitradas.

No era para menos: Salomón tenía ante sí la confirmación de sus más antiguos y secretos temores, la prueba inequívoca de que su sentido de la vista no le había fallado momentos antes; o lo que es lo mismo, un cuerpo poco atractivo, casi grotesco, incapaz de inspirar sino irrisión o piedad, rematado, para colmo, por una cabeza —¡ay, la suya!— en cuyo rostro, signado por la sorpresa y el dolor, no podía encontrarse el más leve signo que autorizara a explicar tanto estrago físico por un desarrollo inusitado y excesivo de lo espiritual —«A más de feo, parece tonto», hubiera rezongado su madre, Betsabé, con aquel gracejo sutil que la caracterizaba, de haberlo visto en tan poco favorecedora tesitura. «El pobre David debía de estar en una de sus frecuentes horas bajas cuando me lo hizo engendrar»—.

Bueno, de haber dicho esto, su augusta madre se habría excedido, pues, sin lugar a dudas, Salomón podía ser cualquier cosa —y algunas de ellas, muy feas—, menos tonto. Como lo probó de inmediato: sobreponiéndose, con un mohín

desdeñoso, a su estupor y a su pena, procedió de inmediato a buscar la posición que le resultaría más favorecedora, aquélla desde la cual podría mirar su reflejo en el espejo con orgullo, o al menos, sin sentir vergüenza. No le iba a ser fácil encontrarla, por desgracia, por más que se empecinara en ello: si se ponía de perfil y contraía el vientre y el estómago, sus nalgas cobraban un aire respingón en el que cualquier malintencionado hubiera podido leer una llamada vergonzante a la sodomía; si, desentendiéndose momentáneamente de lo que ocurriera del torso para abajo, se limitaba, en posición más o menos frontal ante el espejo, a enderezar la espalda, a echar hacia atrás los hombros y a sacar el pecho, la satisfacción de recuperar hasta cierto punto su antigua prestancia se venía abajo —y no poco a poco, sino de golpe y con estruendo— en cuanto que, osando mirar hacia donde no debía, vislumbraba los restos mortecinos de la gloria que en un tiempo fue su sexo entre el desbordamiento de pliegues sebosos que lo arropaban; si, colocándose de espaldas al espejo, contraía la cintura y cuadraba los hombros, bastaba la mera torsión del cuello provocada por su intento de echar un vistazo hacia atrás, para que, amenazado de tortícolis y con los músculos de las nalgas agarrotados, incapaz de mantener henchidos los pulmones, y el vientre y el estómago en suspensión, su cintura recuperara su diámetro habitual, y toda la parte posterior de su cuerpo, el triste aspecto de costumbre; y así, *ad infinitum*.

Desesperado, jadeante, con todo el cuerpo dolorido por el exceso de ejercicio, el agotado y sudoroso rey buscó apoyo en el espejo de bronce que acababa de ser testigo de sus poses ansiosas y de sus involuntarias y desfallecientes cabriolas. Y lo que tenía que ocurrir —dado que había engordado de manera desconsiderada, dado que había perdido el control de su cuerpo— ocurrió. Y fue que el espejo cedió, haciendo perder el equilibrio a Salomón, quien, aferrándose a la pulida lámina de bronce, provocó —con su peso, con sus descomedidas zapatetas— la caída de la misma, que, con él ya encima, acabó por golpear las losas del pavimento con un

estruendo como no se había escuchado otro semejante en Israel desde la caída de las murallas de Jericó al soplo empecinado de las roncad trompetas de Josué, lo que, unido a los gemidos histéricos, y por ello, involuntarios y no conscientes, del monarca, tembloroso ahora sobre el metal vibrante, dio como resultado que de un extremo a otro del palacio se alzaran voces alarmadas, brotaran luces en los más recónditos rincones de la noche jerosolimitana y un desganado pero tumultuoso rumor de pies descalzos, de hierro entrechocando con hierro —espadas y escudos, cascos quizás—, y de imperativos y asordinados gritos de mando se abriera paso entre los obstáculos representados por la distancia y el estupor hasta el rey yacente en vergonzosa y —a medida que se aproximaba el ruido— avergonzada desnudez.

Quiso cubrirse el rey, quiso impedir que la, en su estimación, atemorizadora belleza de aquello que su temprana circuncisión pusiera para siempre al descubierto y que él reservara hasta entonces como una revelación secreta —y, por qué no decirlo, también placentera, cuajada de promesas— para sus mujeres, pudiera ser visto por quienes llegaban. Pero ¡ay!, no lo consiguió: la luz de las agitadas antorchas que irrumpieron en la estancia, tornasolaron su miembro entumecido antes de que tuviera tiempo de echar mano de su túnica y de cubrir con ella su, aunque no firme, regio cuerpo.

—¿Qué… qué…? —balbuceó. Y se maldijo de inmediato por haberlo hecho, ya que, al menos (se dijo), hubiera debido conservar la compostura verbal, de manera a dar a entender que no se había caído tras haber perdido el equilibrio y que, si el espejo estaba en el suelo, y él encima, ello no podía deberse sino a que, en un arrebato de cólera (¿causado porque el bronce no reflejó con suficiente fidelidad su majestuosa figura?; sí, ¿por qué no?), lo había derribado de una patada, tras la cual se habría inclinado sobre el mismo a fin de averiguar si se había dañado aquel inapreciable testimonio de su triunfo sobre el mezquino, si bien no menospreciable, rey Ajís.

El capitán de su guardia y los soldados que lo acompañaban, todos ellos jadeantes y tan poco vestidos como si la repentina alerta los hubiera arrancado de sus lechos —lo que no era posible, ya que su obligación a aquella hora consistía, precisamente, en permanecer bien despiertos ante los aposentos privados del rey para proteger a éste de cualquier amenaza—, no dieron, sin embargo, señal de haber oído sus «qués» desconcertados, ni de haber sacado ninguna conclusión del hecho de que el rey se encontrara echado sobre el espejo caído en el suelo cuando ellos llegaron, o del hecho de que ahora se abrazara a su túnica con el fervor de quien estrecha entre sus brazos a una amante desfallecida de amor o deseo, a fin de proteger de miradas inoportunas la zona más íntima de su adiposa anatomía; se contentaban con mirarlo bovinamente, sin decir palabra e inmóviles como estatuas, y fue esto, el que semejaran ser no hombres de carne y hueso, sino figuras de piedra y metal, y figuras casi desnudas, como las de los dioses lascivos a los que cananeos, moabitas y madianitas daban culto mediante la ofrenda de sus cuerpos en actos de prostitución a los cuales la sacralidad de los fines no bastaba para rebajar la intensidad de los éxtasis que se seguían de los mismos; fue esto, digo, lo que motivó que Salomón mirara por primera vez a aquellos hombres que tenía ante sí, a aquellos hombres a los cuales creía conocer tan bien —y sobre todo, a quien los comandaba, que era aquel que tenía más próximo—, no con la mirada funcional del señor hacia sus servidores, sino con la mirada curiosa del que se topa con algo desconocido, lo que sumió al a partir de aquel momento perplejo monarca en un estado de excitación, ansiedad, despecho, miedo y vergüenza difícilmente soportable.

¡Oh, fantasmas de la noche y espíritus vagabundos del ardiente desierto! El cuerpo del hombre que se alzaba ante él sobre dos piernas de contenida fuerza y purísimas líneas —sobre todo, éste: los otros eran meros reflejos imperfectos suyos en aguas turbias—, ese cuerpo que semejaba haber sido esculpido por una mujer en celo para materializar sus más lascivos sueños y para ofrecer a su deseo el único objeto

capaz de satisfacerlo, aquel cuerpo que tenía la dureza del bronce y la cálida suavidad del raso —un cuerpo de prietos pezones, de vientre musculado por el que reptaba un vello rubio y tierno—, era el cuerpo que él, señor de Israel, hubiera debido tener, el cuerpo que él quería tener —¿poseer?—, el cuerpo en el que él deseaba penetrar —por donde quiera que fuera— para hacerlo suyo, para poseer por su intermedio a todas las mujeres que hasta entonces fueran suyas —pero sólo formalmente: ninguna había sentido que las piernas se le doblaban ante él, como a él se le doblaban ante el hombre que tenía ante sí— y a todas aquellas que sólo esperaban, para serlo, a que él se revistiera, por fin, de la envoltura camal —la de aquel capitán con olor a macho joven— que siempre debió ser suya: turbadora, capaz de devolver la vida a lo más muerto, como lo probaba la violenta erección de su propio miembro viril, tenso ahora, recorrido por escalofríos que anunciaban una inminente erupción del semen que pugnaba por escapar de aquello que bullía dentro de su contraído escroto.

¿Se puede sentir deseo por alguien del mismo sexo que uno o que una, y no caer en la tentación de hacer como si se fuera del sexo opuesto, para justificar la existencia misma de ese deseo, que se ve como prohibido? Sí, indudablemente. Pero, indudablemente también, Salomón, puesto en tal tesitura, no logró vencer lo que, en último término, no deja de ser una tentación de segunda categoría, una tentación para almas subalternas: rojo al modo de una amapola, quien era respetado y temido en cuanto rey de Israel, y envidiado y compadecido en cuanto gallo del corral más populoso de todo el mundo conocido, condescendió con el error vulgar de bajar sus pequeñas pestañas con la languidez extrema que sólo podría permitirse sin hacer el ridículo alguien que las tuviera largas y rizadas, incurrió en el deleznable desliz de bajar la cabeza con morosa y pudibunda timidez, y remató su lamentable faena girando lentamente sobre sus talones con objeto tanto de expresar un máximo de turbación anhelante, como de ocultar a ojos del capitán y de sus guardias la erección, aunque no espectacular sí llamativa, que abultaba

su túnica a la altura de donde debía pender lo que, sin duda alguna, no pendía, precisamente, en aquellos momentos.

¡Desgraciado! ¿Para qué lo hizo? ¿Por qué no buscó en sí redaños para resistir a tan falaz tentación e hizo lo que bajo ningún concepto hubiera debido hacer? Pero como lo hecho, hecho está, contentémonos ahora con enumerar los efectos que tuvo lo que hizo. Que fueron dos, fundamentalmente. El primero consistió en que, al girar con dificultad su embarnecido talle, Salomón vio cómo entraba en su campo de visión el espejo derribado, con los grifos de sus patas patéticamente vueltos de cara al techo, lo que le trajo a la memoria a su anterior dueño, el menguado Ajís, con el que de inmediato, y con gran vergüenza suya, se sintió identificado: ¿o es que aquel desventurado —comprobó con desconsuelo que ya no podía recordarlo con odio—, aquel lamentable rey no había incurrido, como él unos instantes antes, en el abominable delito de lanzar sobre un cuerpo masculino una mirada tan ávida como sólo, en rigor, hubiera podido lanzarla sin culpa una mujer? ¿Por ventura iba él, rey de Israel y amador famoso, a convertirse en un despojo humano semejante a uno de esos hieródulos con los ojos pintados que, durante una de sus visitas a un príncipe cananeo, se agolpaban ante el templo de la abominable Astarté para, con el pretexto de servir a la descomedida diosa, satisfacer su necesidad de ser tomados por donde no es honesto ni siquiera mencionar? El horror lo dominó en cuanto hubo pensado esto, pero no por mucho tiempo, ya que entonces, precisamente entonces, en el mismo momento en que recurría al apiadamiento de sí para intentar hacer que menguara el miedo que sentía crecer en sus entrañas, se produjo el segundo de los efectos anteriormente citados: una brutal carcajada colectiva de su guardia —en la que tomó parte, y esto fue lo que más lo ofendió, el capitán de la misma, causa inequívoca de todos sus males presentes— que se debía tanto a lo equívoco de sus movimientos, y al contraste entre lo femenino de éstos y lo varonil de su espesa y rizada barba, como al grosor de sus nalgas, que, preocupado únicamente por celar sus regios atributos viriles,

había dejado, por inadvertencia, al descubierto.

La carcajada de la guardia, como un perro que irrumpe en un trigal y provoca con sus desordenados movimientos y ruidosos olfateos la desbandada hacia el cielo de los pájaros atraídos por las espigas, alejó de Salomón, bruscamente, el sentimiento de horror que lo embargaba, dejando un hueco en su interioridad que de inmediato fue ocupado por otro sentimiento, no menos violento que el precedente: la rabia. Una rabia homicida, enloquecedora, que, teniendo como origen la toma de conciencia por parte del capitán y de sus hombres del ridículo en el cual había incurrido el monarca, y no pudiendo manifestarse de forma que pusiera de manifiesto cuál era este origen —ya que ello implicaría traer a la memoria de todos el ridículo en cuestión, los insensatos amadamientos del rey, y poner sin razón alguna en entredicho que de tal causa se siguiera legítimamente dicho efecto, como si fuera posible presenciar algo así sin carcajearse—, forzó a Salomón a buscar un pretexto que justificara su exteriorización y le permitiera a él desahogarse, encontrándolo en el desaliño vestimentario de aquellos hombres tan proclives a la burla irreverente, en la falta de maneras que les había llevado a presentarse ante su señor prácticamente en ropas menores, en una semidesnudez indecorosa que podía suscitar pensamientos lascivos en las inocentes criadas de palacio.

—No permito, no tolero —aulló, arrebolado, sin miedo a ser presa de una congestión, pero aferrado todavía a su túnica, como si lo aterrara, en cambio, que los guardias, otra vez inmovilizados ante él, pudieran entrever de nuevo sus vergüenzas— y no acepto que los hombres encargados de mi protección personal, llamados a servir de ejemplo al resto de mi ejército, se presenten ante mí como vosotros, y tú en primer lugar —añadió, dirigiéndose al capitán—, lo habéis hecho: desvergonzadamente olvidadizos de vuestras obligaciones por lo que hace a la guardarropía, como amantes que huyen del lecho donde los sorprendió un marido celoso. ¿No os dais cuenta de la gravedad del delito de desacato y de la fealdad del pecado de irreverencia que

habéis cometido contra mí, contra mí que soy rey de Israel y señor de los genios, al acudir a mi presencia tan ligeros de ropa y con tan escaso talante marcial (¡sí, he dicho eso, y no me desdigo!) como un tropel de meretrices a las que les mintieran diciendo que la dueña del burdel en el que sirven les iba, por fin, a pagar los atrasos por sus incalificables servicios? Semejantes a putas, blandos de ánimo y con femenil curiosidad, habéis venido a mí; zarrapastrosos, medio alelados y casi ausentes, acudisteis, no con el dominio de su ánimo y de sus miembros que yo exijo de quienes tienen el honor de servirme; ¿no sería, pues, justo, que os hiciera descabezar (a todos, a todos, uno tras otro) al instante? La fama de mi ecuanimidad, sin embargo, padecería con ello, es indudable, pero no es el miedo a perder esa bien merecida fama lo que me lleva a deciros: «¡Ya basta!», y «¡marchaos!», sino mi natural clemente. Volved, pues, a vuestros puestos; revestíos nuevamente de esas galas militares de las que, estando de servicio, no debisteis desprenderos nunca; agradeced al Santo, bendito sea, que yo me encuentre esta noche en una tesitura espiritual proclive a la misericordia, y borrad de una vez de vuestros labios esa sonrisita incomprensible que los afemina y a mí me exaspera. ¿Me habéis entendido? ¡Fuera, fuera!

Lo primero que hizo el rey cuando su guardia se hubo marchado fue vestirse apresuradamente —con tanto apresuramiento, y no menor torpeza, que se desgarró la túnica al intentar introducir tontamente la cabeza por una de sus cortas mangas—; luego, poner de pie el espejo —que, extremadamente pesado, se vino abajo, una vez enderezado, porque una de sus patas se había roto como consecuencia de la caída, lo que por poco provoca la muerte por aplastamiento de Salomón, quien, si no había llamado a algún servidor para que lo hiciera por él, como hubiera sido lo correcto, lo decoroso, fue, por una parte, porque quería probarse que aún conservaba fuerzas para levantar algo que pesara más que su propio sexo, y por otra, porque temía que, de llamar, acudiera algún miembro de su guardia, y aún no había recuperado la seguridad en sí hasta el grado necesario

como para encararse sin turbación con un testigo de su traspiés erótico frente al espejo, primero, y frente al capitán y sus huestes, después—; y por último, decidió, en uno de aquellos súbitos arranques suyos que tanto bien decían acerca de su natural espontáneo y desprejuiciado, ir a su harem a probarse a sí mismo —de lo que, supuestamente, no tenía ninguna duda— que aún era capaz de beneficiarse a cualquiera de sus casi innumerables —y, según las insidias del jefe de sus eunucos, insatisfechas— mujeres con el glorioso desparpajo que siempre lo caracterizara.

Parecido a un sonámbulo que hubiera olvidado lo esencial de las leyes del sonambulismo, Salomón caminó mecánicamente, al modo de un autómata sin problemas psíquicos, en dirección a los aposentos de sus concubinas y esposas, pero extraviándose en su recorrido, lo que lo turbó. ¿Se debía aquel fallo inexorable de su memoria a que aún seguía revuelto interiormente, perdido en el laberinto de sus sentimientos encontrados, o a que no acudía con la necesaria frecuencia a aquellos lugares que el cumplimiento de su débito no ya matrimonial sino de varón hubiera debido hacer que le resultaran más familiares? No tuvo tiempo para decidir cuál de las dos causas previsibles de lo que, después de todo, apenas era un fallo —¿quién hubiera podido extrañarse de que a un monarca tan atareado por los asuntos públicos como él se le fuera de pronto el santo al cielo?—, podía haber sido mayormente operativa, pues el deseo de medir intrépidamente sus fuerzas no tanto con una mujer como con su creciente —tuvo que confesarse que sí, que creciente era la palabra justa— falta de seguridad en sí lo dominaba: antes de que se diera cuenta de lo que hacía, estaba empujando la puerta que daba acceso a las estancias donde se amontonaban sus mujeres, y en un santiamén, dentro de lo que él, con disculpable irreverencia, llamaba en su fuero interno el *sancta sanctorum* de su virilidad inmarcesible.

Más que la oscuridad, previsible y absoluta, fue el calor, espeso, y aquel extraño olor, dulzón y agrio a un tiempo, inidentificable, que lo envolvía y lo penetraba todo, la causa de que el rey, una vez en la primera de las estancias

comunicadas entre sí por arcos y puertas de diversos tamaños y tipos, se encogiera y se inmovilizara como quien teme estar a punto de caer bajo el peso y las garras de una bestia agazapada no se sabe dónde. Y es que la oscuridad, al ser tan completa, desnortaba radicalmente —¿dónde estaban el norte, el sur, el este, el oeste?, o dicho con otras palabras: ¿dónde estaba el muro cuyas ventanas daban al torrente del Cedrón, dónde el jarrón de piedra caliza donde sus eunucos guardaban los afeites con los que ocultaban la lividez de sus rostros o la pequeña puerta que daba acceso a la terraza en la que sus mujeres, por riguroso tumo, tomaban el sol a resguardo de cualquier mirada, lasciva o no?—; y es que, por otra parte, el calor antinatural e inexplicable que imperaba en el interior de aquellas estancias, por lo común bien aireadas, arrastraba irresistiblemente por vía de la imaginación a quien se veía envuelto por el mismo hacia una de esas selvas meridionales, sólo conocidas por los más audaces viajeros, de las que se contaban tantas terribles y sangrientas maravillas; y es que, en fin, el olor que atufaba al rey en aquel momento, haciéndolo boquear, era un olor a fiera, un olor de donde lo humano —si por humano se entiende el predominio de la mente sobre los sentidos, del animal político sobre el animal a secas— estaba ausente.

—¿Acab, Acab? —bisbiseó, con un hilo de voz, Salomón, llamando al jefe de sus eunucos.

No contestó el interpelado, ni ser humano alguno, pero la invocación del monarca no quedó, por ello, sin respuesta: como si su voz, prácticamente inaudible, hubiera sido un guijarro dejado caer al fondo de un pozo muy hondo, poco después de que éste se hubiera dejado oír encontró una respuesta inesperada: hubo un gemido, inequívocamente de mujer, y un ruido semejante al que hace un fardo al ser arrastrado por el suelo, y por último, algo que hubiera parecido una risa contenida si una risa contenida hubiera sido imaginable allí y entonces.

¡Qué horror! ¿Habría entrado en su gineceo uno de los grandes lagartos que, según se decía, habitaban las entrañas fétidas del mar negro y espeso que se tragara a las ciudades

malditas de Sodoma y Gomorra? ¿Estaría ahora regurgitando, ya ahíto, los delicados miembros de una de las muchachas del harem real, u olfateando el cadáver de otra, al tiempo que salivaba desenfrenadamente, listo para triturarlo con sus desmesuradas mandíbulas de dientes incontables? ¿O sería, más bien, que, habiéndose aproximado sin hacer ruido con sus escamas de cobre a una de aquellas mujeres que sólo a él, Salomón, pertenecían, y habiéndola despertado con la intensidad insostenible de su negra mirada de reptil, se aprestaba ahora a cubrirla con aquella baba suya de la que, según es fama, se servían los de su especie para ablandar el cuerpo de sus víctimas y, así, hacer más fácil su posterior digestión, y que ello había hecho que su presa despavorida cayera en la cuenta de cuál era su previsible futuro, y osara emitir una queja, modesta y sumisa, con la esperanza de que su verdugo, apiadándose, la librara de la terrible suerte que indudablemente le reservaba?

«¡Pobre, pobrecita! ¡Desventuradas todas!», dijo para sí el rey, sin atreverse a mover ni siquiera un dedo. «Yo os juro que tomaré venganza de vuestra muerte atroz, criaturas entrañables y enternecedoras. Y que tendréis una tumba digna de mi grandeza: esa bestia, ese animal inmundo que os sirve de sarcófago, será depositado, una vez que mis guardias le hayan dado muerte, en un mausoleo que causará, por sus dimensiones y por su belleza, la admiración del orbe. Lo único que lamento ahora, y supongo que también vosotras, es que la creencia mía en que una mujer sólo es apetecible y deseable en tanto en cuanto me da un pretexto para afirmar mi capacidad de conquistarla —con lo que, una vez que la he poseído, dejo de tenerla en cuenta— me haya vedado el ofreceros más veces el acceso a los vértigos que mi cuerpo con su sola proximidad propicia. ¡Oh, desventuradas!».

Y ya iba a enjugarse la furtiva lágrima que corría por una de sus mejillas, cuando una suma desconcertante de sonidos, procedentes de los cuatro rincones de la estancia, y, quizá, también, de las estancias sucesivas, le hizo permanecer inmóvil, con los ojos desorbitados y las orejas muy abiertas, petrificado de espanto, pues aquel coro de ronquidos,

mugidos, gorjeos, bramidos, relinchos, barritos y bufidos varios no podía deberse —y, así, de inmediato renunció a su anterior interpretación de lo que estaba ocurriendo en aquel lugar— sino al hecho de que un escalofriante batallón de espíritus de las ruinas, con cuerpos tomados en préstamo en algún cementerio vecino, y por lo tanto, portando los estigmas de la corrupción, se había posesionado no sólo de aquella ala de su palacio, sino también —y lo que era mucho peor— de sus propias mujeres, a las que debían de estar iniciando, en aquel mismo momento, en alguno de sus sacrílegos ritos nefandos: cantar sin palabras a la oscura diosa de la fertilidad, prestar juramento de sumisión al bestial señor de los infiernos, por ejemplo.

«Qué razón tenía mi madre cada vez que me dijo (y no se recataba de hacerlo a todas horas, delante de quien fuera) que, aparte de ella, no había mujer buena, ni hembra que mereciera la atención de mi alma apasionada», musitó Salomón, con un escalofrío, apenas consiguió reponerse del sobresalto sufrido y retomar el control de sus miembros, durante unos segundos eternos presa de movimientos espasmódicos. «Todo en ellas, verdaderamente, las aboca al mal y al desenfreno, a la inmoralidad, cuando no al pecado más reprobable de todos: la turbia y torpe idolatría. Ahora mismo, estarán postrándose, serviles y viles, ante un burdo simulacro de varón o de hembra, hecho en madera o piedra berroqueña, al que tomarán por uno de esos dioses o diosas que aseguran el bienestar (a veces, considerable, por qué no decirlo) de impíos y *goyim* de todo pelo. ¿O no?».

¡Ay, lamentablemente para él, la respuesta a esta última pregunta suya, para más inri indubitablemente retórica, era y no podía ser más que no!

No, lo que la luz de la luna, al penetrar de golpe por todas las ventanas de la estancia —una vez que el astro consiguiera alzarse por encima de la cortina de nubes que hasta entonces lo ocultara a ojos de los escasos habitantes de Jerusalem despiertos a aquella avanzada hora—; lo que la luz de la luna, al irrumpir sin aviso en aquel santuario de la honra del rey, había puesto al descubierto era que, por supuesto, en su

gineceo no había entrado ningún deforme lagarto gigante, y menos, un tropel de espíritus obstinados en hacer prosélitos para sus cultos nefandos, sino que todos aquellos ruidos hasta aquel momento incomprensibles, sino que el sobrecogedor coro de voces cuasianimales causante de lo que un testigo imparcial hubiera podido tomar por una crisis epiléptica del monarca —siempre excesivo, tanto en sus accesos de miedo como en sus manifestaciones de alegría—, no eran sino la exteriorización más natural posible de las pasiones que agitaban a los hombres y mujeres que se entremezclaban, en una coyunda lúbrica múltiple y desconsiderada, sobre las alfombras proporcionadas por Salomón a sus mujeres para que pudieran caminar descalzas sin dañarse las delicadas plantas de los pies con el roce contra las losas de piedra que pavimentaban las grandes salas a ellas reservadas.

¿Podía creer el rey en la realidad de lo que estaba viendo? ¿Era posible que los hombres de su guardia, y aun sus supuestamente fieles eunucos, sin consideración para con el buen nombre de su señor, estuvieran poseyendo —y de qué forma tan brutal— a las mujeres de éste? No, Salomón no podía dar crédito a sus ojos, y tampoco a sus oídos. Sin embargo, ¿cómo negar la evidencia? Aquel olor que tanto lo desconcertaba era olor a semen mezclado con el que emana, enervadoramente aromático, del sexo de las hembras cuando éstas son presa del deseo, y con el que se desprende de las axilas y del pubis de hombres y mujeres cuando los cuerpos de unos se atarean sobre los cuerpos de las otras, y viceversa. Y aquellos gritos desarticulados e informes que tanto lo inquietaran, y que dieran pie a tantas y desmedidas elucubraciones por su parte, eran los propios del placer más extremo: ni más ni menos. Y la tensión —ahora cobraba el rey clara conciencia de ella— que electrizaba el ambiente no era más que la generada, de manera obligada, por una actividad tan desenfrenada y gozosa como aquella a la que se entregaban, con entusiasmo digno de mejor causa, los hombres y mujeres que se chupaban, se mordían, se besaban, se arañaban, se acariciaban, se pellizcaban y, en suma, copulaban ante él.

¿No era Abigail, *su* Abigail, aquella infame que clavaba sus uñas cada vez con más fuerza —él se lo tenía merecido— en las espaldas demasiado anchas del hombre de talle demasiado estrecho —gracias a sus interminables jornadas adolescentes de autocontemplación ante los espejos que se ponían a su alcance, Salomón había establecido un código estético muy estricto al que mecánicamente sometía a todo hombre— que contraía el esfínter y cerraba las nalgas, con tal maníaca velocidad, con tal apresurada violencia que cualquiera —incluido el rey— hubiera podido creer, de no estar en el secreto de lo que estaba haciendo, que aquel energúmeno pretendía romper con su pubis el pubis de la tierna muchacha que lo retenía con los pies cruzados sobre sus riñones, lo que era desmentido, no obstante, por los ojos de ésta, estrábicos de gozo lúbrico, peces absortos que aparecían y desaparecían al ritmo inmedible marcado por sus cabeceos de excitación ansiosa y por el desmayado aleteo de sus párpados cada vez más espesos? Sí, lo era; indudablemente, lo era; era Abigail y, al mismo tiempo, no lo era; era una Abigail que él, Salomón, no reconocía como suya, aunque su apariencia fuera la misma —desenfreno y consecuencias del mismo aparte— que la de la desdeñosa o inapetente Abigail que premiara con un desconcertante, ininterpretable suspiro los esfuerzos suyos para enervarla de placer en unos segundos —hazaña de la cual él se vanagloriaba cada vez que la repetía, con la mujer que fuese — la única vez que le cupo en suerte, dos o tres años atrás, disfrutar del honor de compartir el sudado tálamo con quien era su rey y su señor, y hubiera debido ser el único hombre de su vida.

Bueno, después de todo, a Salomón nunca le había gustado mucho aquella adolescente cándida prometida a un futuro no se sabía bien si de ramera bizca o de epiléptica con sueño invencible. Su caso, indudablemente, era muy distinto del de Anatu, la virgen cananea de rizosa cabellera de color azabache por la que sintiera debilidad desde el día en que, habiéndole mostrado como al desgaire sus regias vergüenzas —para alivianar con un poco de sexualidad desinhibida el

aburrimiento que parecía dominarla— en el curso de una recepción oficial al rey de los hititas a la que ella asistiera, por capricho suyo y por amorosa debilidad de él, disfrazada de eunuco, aquella adorable hembra fuera presa de un ataque de risa incontenible con el que, sin duda posible, quiso manifestarle a su hombre que éste, él, Salomón, era para ella fuente perenne de inagotable alegría. ¿Y cómo, en consecuencia, no sentir algo de indignación y un poco de rabia —por mucho que uno, en cuanto rey de Israel, estuviera por encima de las debilidades humanas, y no pudiera ser deshonrado sino por sus propios y personales actos— al ver lo que estaba haciendo, en aquel mismo momento y ante él, ¡ay!, aquella —¿por qué no calificarla como se merecía?— casquivana criatura?

Ella estaba sentada sobre sus talones, erecta e inmóvil, en medio de un laberinto de cuerpos entrelazados cuyo contorno cambiaba de continuo bajo el impulso del deseo, ahora en expansión y seguidamente satisfecho. Ella, desnuda, observaba con fijeza el sexo del hombre que, con las piernas abiertas y las manos en la cintura, permanecía de pie, con una sonrisa congelada en los labios, a corta distancia de ella, y parecía maravillarse de que aquella cosa pequeña y fláccida, que tanto placer le diera momentos antes, pudiera crecer y afirmarse tan decididamente como estaba empezando a hacerlo: ya era un músculo, y un músculo tensado máximamente, de súbito surcado por gruesas venas, transmutado por arte de magia en un curvo cuerno de metal palpitante, que había dado en cabecear, y que ella, como obedeciendo a un impulso irresistible, tomó de pronto entre los dedos de su mano diestra, inmovilizándolo, dejándolo que creciera un poco más, y que soltó inesperadamente, de forma que rebotara sobre el vientre tenso del hombre, y que retomó de nuevo, con un movimiento lánguido y preciso, para, de seguido, empezar a acariciarlo con lentitud enervante, haciendo que la piel se deslizara sobre la tensa carne, cada vez más roja y dura, a la cual envolvía, mientras que con la otra mano daba en palpar, con infinita delicadeza, los testículos que, arrastrados por el escroto cada vez más

arrugado y oscuro hacia la raíz misma del músculo que seguía latiendo entre los dedos serviciales de la mano que lo recorría, semejaba ahora formar una sola pieza con éste. Antes de que la eyaculación se iniciara, Anatu se detuvo, y, volviendo la cabeza, sonrió a otro hombre, muy próximo a ella, que, fascinado por sus turbadores manejos, respiraba entrecortadamente sin dejar de tironearse salvajemente los atributos de su virilidad, para, a continuación y en un solo movimiento, coger entre sus labios el glande del primer hombre, sobre el cual hizo resbalar su ensalivada lengua, y respingar y abrir las nalgas, en una invitación inequívoca que el segundo aprovechó con premura, introduciendo su miembro entre los muslos abiertos de la mujer, primero, y luego, con una especie de gemido ahogado, entre los labios trémulos de su carne más íntima, perfumada y ardiente.

No pudo Salomón seguir soportando la contemplación de aquel espectáculo bochornoso —sentía vergüenza ajena de la estúpida mueca de éxtasis del hombre succionado y de la falta de decoro con que agitaba sus caderas el otro, entre quejidos de gozo sólo permisibles en una hembra—, así que, desviando su mirada del oprobioso trío, la dejó deslizarse sobre los cuerpos de los hombres y de las mujeres que, inexplicablemente entrelazados sobre las alfombras, lo rodeaban, sin encontrar uno siquiera en casto reposo: allí, en aquel revoltijo de piernas, senos, ojos en blanco, nalgas sudorosas y largas cabelleras, la licencia más reprobable era ley, y las manos buscaban por igual la carne ardiente de uno y otro sexo, y todo lo que podía entrar en un orificio —dedos de pies y manos, lenguas, vergas—, un orificio cualquiera donde entrar.

Era como si aquellos hombres y aquellas mujeres, sin demasiados remilgos a la hora de satisfacer lo que hubieran debido ser sus legítimas apetencias, hubieran decidido abdicar de su individualidad y de su especificidad sexual para integrarse en un conjunto amorfo carente de fronteras en cuyo seno el placer pudiera peraltarse hasta el infinito y las resistencias al mismo diluirse por completo, y esto sobrecogió tanto a Salomón cuando alcanzó a darse cuenta de su sentido

último, que, retrocediendo unos pasos para acogerse a la oscuridad de un rincón desde donde podía estar seguro de ver sin ser visto, buscó con los ojos algo que pudiera librarlo de la fascinación oscura que tan reprobable espectáculo le producía, encontrándolo en una pareja entregada a un ejercicio cuyo carácter, a primera vista infantil y lúdico, lo sedujo y lo mantuvo bajo su seducción hasta el momento en que reconoció la identidad de quienes participaban en el mismo.

El hombre, un esclavo negro en cuya compra interviniera el propio Salomón, impresionado por su fortaleza extrema y por la ternura inocente de su mirada, se alzaba sobre sus dos grandes pies, que se engarfiaban sobre la alfombra semejantes a las garras de un águila real a causa del esfuerzo que estaba llevando a cabo el cuerpo al cual sustentaban. La mujer, casi una niña a efectos prácticos —según le aseguraran—, era una egipcia de estirpe real, muy dotada para las danzas que exigieran contorsiones de difícil realización de acuerdo con el catálogo de sus virtudes y habilidades que adjuntaran a ella los casamenteros que se la proporcionaron al rey —aunque éste nunca tuvo la ocasión de verificar por sí mismo tal afirmación—, y, aparentemente, de una fragilidad sin límites: de huesos delicados y encarnadura suave, muy tierna de alma, tenía pies largos, estrechos y turbadores. Esos pies, de plantas más claras que la piel del resto del cuerpo, se agitaban ahora en el aire como pequeñas mariposas que aletearan a uno y otro lado de las espaldas cuadradas del negro, quien, con los brazos doblados, sostenía en vilo a la muchacha por los muslos, y permanecía inmóvil mientras ella, con la cabeza tan echada hacia atrás que parecía tener el cuello roto, se aferraba con sus dos manos entrelazadas a la nuca del hombre, y, tirando de éste hacia sí y dejándose caer luego, estaba poseyéndolo con un encarnizamiento asombroso: el miembro de él, que debía de ser desmesurado y de inusual fortaleza para poder resistir tan frenéticos embates y no salirse del pequeño y voraz sexo de ella, no desfallecía por más que éste, chorreando, se deslizara incansablemente, una y otra y otra vez, arriba y abajo, a lo largo de toda su

pujanza, y cuando, por fin, eyaculó —lo que arrancó un grito semejante a un seco ladrido de la que con tanto frenesí se había atareado para conseguirlo—, permaneció enhiesto, asombrosamente, todo el tiempo que la mujer necesitó para pasar del frenesí a un estado de abandono merced al cual el placer precedente se fue extendiendo, cada vez más suave y sensual, por la totalidad de su cuerpo.

«No tengo derecho a quejarme de lo que estoy viendo», musitó el rey para sus adentros, «pues ya sabía a lo que me arriesgaba al conceder un lugar en mi lecho a una hembra extranjera. ¿Acaso mi madre no me previno contra la tentación de buscar mujer fuera de la casa de Israel? Si ella hubiera sido judía, no se habría sentido atraída por un energúmeno tan grosero como ese negro, y hubiera sabido valorar en mí lo que yo solo puedo darle y ella hubiera debido valorar por encima de todas las cosas: la inquebrantable certeza de que conmigo ninguna mujer se verá incitada a convertirse en una fiera en celo, en una bestia abominable; de que, jugándome la vida en ello, yo defenderé a la mujer que yazga bajo mi cuerpo, cualesquiera sea, del peligro de despeñarse hasta el fondo de ese abismo de su baja condición sexual del que sólo estaba libre mi difunta madre».

El negro y la egipcia se habían extendido, cuan largos eran, sobre el suelo, instalándose en un abrazo con vocación de eternidad. Su quietud, prácticamente absoluta, contrastaba con la motilidad exagerada de los cuerpos que se encarnizaban, unos contra otros, en su entorno, y el perfecto equilibrio entre la masculinidad de él y la femineidad de ella, con la duplicación de gracias y redondeces que se daba en una pareja, situada pocos metros más allá, que, como Salomón descubrió de a poco, con repulsión, era una pareja contra natura, era una pareja lesbiana, y —máxima injuria— era una pareja formada por dos jóvenes, de natural silencioso y muy esbeltas, por las que él siempre se había sentido especialmente atraído —aunque, la verdad es, muy raramente lo hubiera demostrado—. Ruth y Ada, que por estos nombres respondían ellas, eran discretas, recatadas, si bien en aquellos momentos no daban muestras de ser depositarías de tales

virtudes, ya que la primera, originaria de una pequeña aldea del valle de Jezrael, estaba hurgando con el largo índice de su mano derecha entre los labios del más íntimo sagrario de la otra, quien, nacida en la remota Babilonia, pellizcaba tiernamente un seno de su compañera, al tiempo que estertoraba sin pudor ni maneras. Sí, aunque parezca increíble, aquellas dos mosquitas muertas parecían gozar —¡y hasta qué punto!— con los arrumacos que se prodigaban entre sí, lo que hubiera sido explicable, dada la ternura nacarada de sus cuerpos, la morbidez de sus carnes, la belleza irresistible de sus rostros ahora transfigurados, y la sabiduría sobrecogedora con que se servían de sus manos, de sus pies, del conjunto de su esplendorosa anatomía, de no ser porque estaban realizando un acto absolutamente prohibido entre seres del mismo sexo, unos manejos nefandos en los que sólo los demonios, fueran íncubos o súcubos, podrían complacerse y regodearse sin ser fulminados de inmediato por el más justificado de los sentimientos de culpa.

«Nada podría hacerme sentir tanta vergüenza de ser un ser humano como ver esto», masculló un instante antes de que sus ojos fueran atraídos por algo que, a juzgar por su reacción gestual, aún suscitó en él una aversión superior. Y era que el jefe de sus eunucos, con la falda de la túnica arremangada, ofrecía la monstruosa excrecencia de sus nalgas grasientas, el anillo negro de su esfínter anal, a la penetración de la verga increíble —única lo suficientemente larga para alcanzar el nido que de tan grosera forma se le ofrecía— de un muchacho nervudo, mero sirviente de tercera categoría, del que Salomón nunca hubiera podido sospechar, dado que era pequeño y enteco, que tuviera un miembro tan considerable y que supiera usarlo tan hábilmente y con tanto ardor: lo hundía y lo sacaba con sabia morosidad, regulando con cuidado sus fuerzas a fin de evitar que la incomprensible satisfacción que este movimiento de vaivén le procuraba no diera al traste con su decidido propósito de prolongar lo más posible la infame coyunda.

¡El muy canalla del eunuco rebuznaba de gusto a medida que el otro se enardecía! ¡Aquel putón desorejado, aquella

vulpeja sin principios, aquella rabiza despendolada trinaba de placer sin tomar en consideración la posibilidad de que alguien, un tierno infante por ejemplo, inocente hasta aquel momento, pudiera verse atraído hacia el fornicio contra natura gracias a la estentórea propaganda del mismo que con tales gritos estaba llevando a cabo! Y esto sublevó a Salomón: ¿se imaginaba por ventura aquel individuo mantecoso, aquel infame centón de adiposidades, que el gineceo del rey de Israel era una casa de lenocinio para adolescentes e intelectuales en paro? ¡Ya le daría él, y no precisamente por retambufa, a aquel maníaco lascivo! Pero darle, ¿cuándo?, ¿y cómo? Él no podía llamar a sus guardias para que lo castigaran cumplidamente, porque aquellos ciudadanos rijosos que, ¡ante sus propios ojos!, estaban cubriendo sin problemas de conciencia a las mujeres de su señor, eran sus guardias. Él no podía llamar a otros guardias para que dieran buena cuenta de éstos, del eunuco y de su bujarrón enervante, porque, de hacerlo, en pocos minutos todo su reino estaría en posesión de la noticia de su deshonra. Y él, en fin, no podía hacer ni una cosa ni otra, además, porque, ¿acaso no era responsable, por la desatención de que hacía objeto a sus hembras a causa de su dedicación prioritaria a los asuntos de Estado, y por haber hecho capar a tantos hombres a fin de que pudieran proteger sin veleidades competitivas a dichas hembras de la lascivia de otros hombres, de los excesos que de tanta energía reprimida o dilapidada pudieran seguirse? Realmente, la única salida airosa que le quedaba, ¡a él, que había sabido salir con garbo de situaciones políticas y diplomáticas mucho más comprometidas!, era quejarse muy seriamente a Nefer, su favorita, de que, a causa de su natural inocente, hubiera hecho factible tanto relajo en el harem, y exigirle que, en adelante, vigilara con más atención a las mujeres sobre las cuales reinaba.

Dicho —o mejor, pensado— y hecho: caminando con sigilo a lo largo del muro para no ser descubierto —esta precaución era inútil, el detectar la presencia del rey no se contaba entre las prioridades del gentío que se apelotonaba

sobre las alfombras—, Salomón se dirigió hacia la puerta de la estancia reservada a su esposa preferida, la abrió sin hacer ruido y la cerró seguidamente tras de sí, y no se extrañó de encontrarla en tinieblas. «Nefer, ¡bendita sea!, debe de estar dormida, a mil leguas por lo menos de todo exceso, de todo putiferio, de toda perversión».

—¡Nefer, Nefer! —llamó.

Una patada —coz más bien— fue la única respuesta que encontró, en un primer momento, la llamada del, como consecuencia, asombrado monarca: alguien que no podía ser su querida esposa, alguien en posesión de un pie grande y de una musculatura excepcional, había reaccionado —sin duda, sobresaltado— de tal comprensible manera —con un brinco— al oír su voz, que Salomón, ahora, hubiera querido no haber dejado que brotara de entre sus labios. Luego, pasados unos segundos de desconcierto, tanto para el rey como —era de suponer— para quienes habían escuchado la llamada de éste, se anudó el siguiente diálogo entre Nefer y un hombre cuya voz resultaba conocida para el rey, quien, sin embargo, no lograba identificar a su dueño:

—¿Has oído? —dijo ella.

—Sí. Y uno de mis pies ha tropezado con algo blando cuando fui a incorporarme para comprobar si había oído realmente lo que creí oír: que alguien te llamaba. Parecía la voz del rey.

—¿Del rey? Ése no viene por aquí a no ser que quiera exhibirme o vanagloriarse de mi belleza ante uno de esos otros reyes, amigos suyos, que de tarde en tarde lo visitan. Viene, entonces, para aconsejarme qué vestidos debo ponerme para que mejor luzca mi belleza; y por supuesto, nunca tan de noche.

—¿A quién he pateado yo, si no ha sido al rey? ¿Has dejado suelta a tu pantera?

—No. Ella duerme, encadenada, en la terraza. Habrás dado con el pie en un cojín o en la pantorrilla de una esclava obsequiosa que, habiendo venido para ver si yo necesitaba de sus servicios, se habrá ido furtivamente, temerosa de molestarme, al darse cuenta de que no estaba sola. Anda,

vuelve a mi lado. De nuevo siento esa picazón en el arranque de mis muslos de la que nadie como tú sabe aliviarme con tanta fuerza y con tanta delicadeza.

—Deja que antes verifique si estamos solos. Voy a encender una luz.

Salomón, dolido aún por la afirmación que Nefer había hecho a su respecto, y que no era cierta —él cumplía el débito conyugal con ella, él había yacido por lo menos dos veces durante el último año, en aquella misma estancia, con la que así se quejaba—, se apresuró a ocultarse tras una de las columnas que sostenían el techo de la dilatada habitación, y desde allí vio, para su estupefacción, cómo el capitán de su guardia, tan desnudo como el día en que su madre le diera a luz, se alejaba andando en cuclillas de la lámpara que acababa de encender, con las descomunales —o así, al menos, le parecieron— vergüenzas al aire.

—¡Dios mío! —exclamó en un susurro. Y nadie hubiera podido decidir si había dicho esto por lo que acababa de ver (las grandes partes pudendas del hombre balanceándose como campanas) o por una premonición de lo que de inmediato iba a suceder.

—Lo primero que me gustó de ti —dijo la reina al capitán, quien, habiéndose arrodillado ante ella, la contemplaba con ojos de ternero sentado sobre sus talones— fue tu nuca. Nunca antes había visto una nuca tan extremadamente viril. Luego, me prendé de tus ojos tristes. Después, de tus manos, turbadoras, y de tus pies admirables. Y por último, de tu barba, tan rubia como la del rey David, y de esto —uno de sus pies acariciaba ahora el pene del hombre—, de esto que vibra y vibra cuando está dentro de mí y yo tomo entre mis dedos tus diminutos y duros pezones.

—Yo sentí que el mundo se borraba y tu crecías y refulgías cuando te vi por primera vez. La llama negra de tu pelo, el bosque verde de tu mirada, la brisa ligera de tu paso que hacía temblar la rama cargada de hojas finas de tu breve cintura y afirmarse la leve rotundidad de tus senos cándidos, me hicieron perder el aliento, y cuando conseguí llegar hasta ti y pude oler tu carne, y presentir la suavidad de tu piel, e

imaginar, sin desviarme de la realidad, cuál sería la consistencia y el peso exacto de tu culo de mujer entre mis manos, la resistencia que tu sexo ardiente opondría al mío antes de abrirse desmayadamente al empuje de lo que sería tanto deseo como amor, la respuesta de tu pecho firme a los repetidos besos de mis labios, y la entrega de tu cuerpo todo y de tu alma al hombre por fin sin macula que yo sería en el momento en que vaciara por primera vez en ti el semen blanco y espeso que tu proximidad, el roce de tus manos sobre mis espaldas y la presión de tus muslos sobre mis ijares haría brotar de mis testículos, supe que estaba perdido, supe que estaba salvado, y que tú, mi reina, serías para siempre señora de mi corazón y de mis riñones, eje de mi vida y clave para mí de los arcanos de este mundo y de las maravillas del mundo por venir.

—Si es así, ¿a qué esperas, ahora que me tienes para ti?

—Mira —musitó él, extendiéndose sobre la mujer y abrazándola tiernamente—, lo que voy a hacer es no poseerte —se inmovilizó un instante, al percibir el sobresalto instintivo de ella al ser penetrada—, lo que ya estoy haciendo es entregarme. Tómame, pues, y llévame de la mano a donde yo no podría ir por mí solo, por mí mismo: al reino de lo femenino, del que tú eres, para mí, única e indiscutiblemente señora.

Salomón, a quien la mención por Nefer del nombre de David, su padre, había removido hasta las lágrimas, pero a quien la seguridad del capitán al tomar a la que era su mujer había agraviado más allá de toda medida, presenció con ánimo confuso lo que siguió: sintió rabia al sorprender la mirada tierna con que la mujer observaba el rostro de ojos cerrados del hombre que se atareaba sobre ella, ternura al advertir la candidez con que ella gozaba, una ira incontenible cuando los movimientos desordenados del hombre le indicaron que éste se encontraba a punto de eyacular, y una excitada, una vergonzosa y excitada identificación con él a partir del momento en que resultó inequívoco que el semen se derramaba ya en el interior de su esposa. Quiso morir entonces, quiso matar de seguido, pero se contentó con

escapar, atribulado, de aquel lugar que había sido testigo de su deshonor y de su tristeza.

Atravesó apresuradamente la otra estancia, donde los ánimos parecían estar más calmados, sin preocuparse de ocultar su presencia.

«¡Que tiemblen, que tiemblen esperando lo que les aguarda!», mascullaba mientras recorría a grandes trancos el espacio que lo separaba de sus habitaciones privadas. «Mi venganza será tal, que me asegurará un puesto perenne en la memoria de los siglos venideros».

Y es que, desechando como castigo, por afeminadamente inferior en entidad a la magnitud del agravio de que fuera objeto, el degüello, el despellejamiento en vida, la inmersión en bronce fundido de todos y cada uno de quienes lo ofendieran, había decidido poner su venganza en manos de los genios de los que era señor, con la esperanza ardiente de que la imaginación de éstos llegara en el horror allí donde la suya no llegaba.

—¡Oh, vosotros —salmodió cuando, una vez encerrado en las estancias que le estaban reservadas, y tras haber revestido las vestiduras reales que sacara de un arcón de marfil con adornos de plata embutida y puesto en uno de sus dedos el sello al que debía su soberanía sobre los genios, se hubo (sentado ya en su trono) sosegado y concentrado en la invocación que iba a hacer—, vosotros que, hijos de la esperanza y de la mentira, hacéis fustas con los grandes élitros de los insectos de los pantanos, y golpeáis luego con ellas al rayo que os sirve de cabalgadura para atravesar con prisa la llanura que se extiende entre Ur y Lagash, la dorada; vosotros, sempiternos enamorados del canto del jilguero y del silbido de la serpiente, del verde revestimiento córneo de los cocodrilos y del rojo fulgor de los ojos de los lobos en las noches sin luna, del escalofrío que invade al campesino extraviado entre las ruinas de una ciudad muerta cuando su nombre es pronunciado por una voz semejante a la del viento y del retumbar de las olas, al alba, sobre las paredes cortadas en pico de los acantilados inaccesibles; vosotros, que extraviáis al viajero en el desierto, por puro juego, y que,

cuando la insolación y el miedo lo enloquecen, lo guiáis (suma de espejismos) hasta el pozo donde el agua y una presencia amiga le devolverán el equilibrio interior y la voluntad de vivir, el gusto por las mujeres y el sentido del tiempo! Sí, a vosotros hablo: oídme. Yo, vuestro señor, Salomón, que reina en Jerusalem, os convoco, alzo mi voz a fin de congregaros a mi alrededor, os conmino a venir desde donde quiera que estéis, os ordeno despertar si os encontráis dormidos y poneros en camino de inmediato, y acudir a postraros ante mí para escuchar mis quejas y deseos, y para satisfacer éstos. ¿Es que no me oís? ¿Acaso tendré que recurrir a otros medios para conseguir vuestra obediencia?

Un rumor semejante al que acompaña el vuelo de un enjambre de enfurecidas abejas, y tan amenazador como éste, invadió la estancia no bien fueron pronunciadas estas últimas palabras. La luz de las cuatro lámparas que Salomón había dispuesto en torno al trono, antes de tomar asiento en el mismo, se apagó bruscamente. Y una voz escalofriante, procedente de las profundidades de la tierra, se dejó oír por tres veces: «¿Ya estáis aquí? ¿Ya estáis aquí? ¿Ya estáis aquí?».

—Sí —contestó alguien detrás de Salomón.

Y éste no pudo contener un alarido.

—¿No os he dicho y repetido, y no una sino mil veces —balbuceó cuando pudo controlar su miedo y dominar el temblor de sus miembros—, que no quiero que os presentéis ante mí con tan atroz apariencia? ¿No os he prohibido que os dejéis ver por mí en la desnudez de vuestra verdadera naturaleza? ¿Tanto os cuesta complacerme? ¿Tendré que amenazaros de nuevo con ese castigo que tanto teméis (ser convertidos temporalmente por mí en meros hombres) para conseguir vuestra obediencia? Anda, sal de ahí, que estás perdonado, y muéstrate a mis ojos con una encarnadura placentera: de muchacha núbil o de fiero guerrero.

Obedeció el genio, adoptando la figura y la apostura de Narduz, señor de Ur, e inmediatamente desapareció, absorbido por la fosforescente masa disforme y variopinta de los otros genios que, en un santiamén, habían colmado la

capacidad del recinto materializándose todos a la vez, y desbordaban ahora por las habitaciones vecinas.

—¡Alto, alto! No entréis más. ¿No veis que vais a reventar los muros, a hacer estallar las puertas? —gritó el rey—. Callados y sin hacer ruido —esta orden era necesaria, pues la anárquica asamblea de los recién llegados había originado un pandemónium de risitas, cloqueos, llantos y pedorretas— dispersaos por el resto del palacio, por sus alrededores, que yo hablaré de modo que todos podáis oírme.

Hubo a continuación un breve silencio, que rompió uno de los genios —semejaba ser un león con cabeza humana o, alternativamente, un caballo con cabeza de gallo—.

—Amo y señor nuestro, pesadilla y pasmo de los descreídos, luz que a todos nos guía, etc. —dijo—. Permíteme que, como portavoz de mis compañeros y en mi propio nombre, te exponga lo que sigue: la última vez que nos reunimos contigo en cónclave, hace ya varios meses, y como quiera que te encontrabas en un inhabitual estado de ánimo benévolo para con los demás, incluidos nosotros, tuviste la gentileza extrema de asignamos una tarea con la que, ni que decir tiene, nos hemos apresurado a cumplir con la inmediatez que nos caracteriza. «Haced el bien en mi nombre, hijos míos», nos dijiste. Y nosotros lo hicimos. En consecuencia, para que compruebes que así ha sido, mis compañeros y yo te rogamos que nos permitas darte cuenta de lo realizado por cada uno de nosotros, antes de que tú, haciendo uso de tus prerrogativas reales, te dignes explicamos cuál es el origen de ese rictus de rabia y tristeza que afea tu, por lo común, hermoso rostro, y, a continuación, condesciendas a ordenarnos lo que hayas planeado que hagamos para solucionar el conflicto interior del que indudablemente eres presa. De esta forma, quizá conseguirás distraerte, distanciarte de aquello (sea lo que sea) que te conmociona, y a nosotros nos será más fácil, luego, aliviar tus cuitas. ¿Accedes a ello, mi dignísimo dueño?

—Sea —le respondió desmayadamente Salomón, aturdido por el torrente de palabras que acababa de salir unas veces de boca de hombre, y otras, del curvo pico del gallo monstruoso

que, a intervalos, el genio parlanchín había hecho suyo.

Clamó, entonces, la asamblea toda de los genios su entusiasmo por la autorización recibida para narrar sus andanzas, y no se aplacó el griterío hasta que uno de ellos, destacándose del resto, tomó la palabra. Era un ser crepuscular, de apariencia vagamente humana, provisto de grandes garras con uñas azules.

—Presto siempre a satisfacer tus deseos, Majestad —gruñó o hipó—, abandoné celérico esta sala en cuanto nos diste autorización para ello, y volé rumbo a la lejana Sefarad, batida por tantos mares, en la que, según mis noticias, habitaba un hombre, de edad ya madura, acongojado desde que despuntó su deseo por las mujeres a causa de la brevedad de su pene. Era, en verdad, un pene minúsculo, según comprobé no bien llegué al pueblo donde vivía, pero me pareció excesivo que atribuyera a ello la falta de entusiasmo que su persona suscitaba aun en las hembras menos agraciadas o más provectas. (Puedo asegurarte, mi señor, que, aun con tal insignificancia entre mis ingles, yo hubiera hecho maravillas). No obstante, y obedeciendo sin rechistar tu orden de obrar el bien aun con quien menos pareciera merecerlo, decidí dotarlo con un miembro a la medida de sus deseos, lo que llevé a cabo sin esfuerzo: susurré un par de palabras que sólo yo sé sobre aquella insignificancia, mientras su dueño dormía, y al despertarse éste, quedó sorprendido de la metamorfosis por mí provocada. ¡Dignísimo señor! ¡Cómo te hubieras reído de haber visto su posterior reacción ante el nuevo y desproporcionado juguete que yo acababa de proporcionarle! Le hizo adquirir, de inmediato, sus dimensiones máximas, lo admiró, lo piropeó, lo manoseó, lo agitó; babeando de ilegítimo orgullo, hizo subir y bajar repetidas veces la piel incircuncisa que cubría su roja musculatura. Y, cuando (muy pronto) ya no pudo seguir reteniendo su placer, siguió con los ojos, en éxtasis, la trayectoria de los tres chorros de semen que brotaron sucesivamente, con apenas un segundo de diferencia, de la carne que se erguía entre los dedos engaritados de una de sus manos; finalmente, mientras yo me limpiaba, con algo de

repugnancia, el lamparón pegajoso que, en una de sus tres embestidas, el líquido hirviente dejara sobre mi espalda (había girado sobre mis talones y me había agachado, con insuficiente rapidez, para protegerme), aquel hombre vehemente salió apresuradamente de su casa con objeto de probar las virtudes de su monumental excrecencia con la primera mujer ajena que se le pusiera a tiro. ¡Pobre de él! ¡No sabía el mezquino lo que le aguardaba! Verás: la gruesa lavandera que golpeaba colérica contra una piedra, en la orilla del río, la ropa tras cuya blancura se afanaba, y que fue aquella de su sexo que tuvo la primicia de la exhibición del fabuloso apéndice, reaccionó de manera imprevista, una vez recuperada de su inicial sobresalto, con una carcajada, y de tal calibre, que el hombre, avergonzado, no tuvo que esforzarse mucho para hacer desaparecer entre sus manos el causante de tanto regocijo: éste se había aflojado, arrugado, empequeñecido con una velocidad desconcertante; y la misma escena se fue reproduciendo, a todo lo largo de aquel día aciago, con las diversas mujeres ante las cuales nuestro menguado amigo hiciera mostración de su portentoso pitraco, el cual, preciso le fue reconocerlo, sólo logró granjearle la admiración del tropel de chiquillos que lo seguía por todas partes vociferando para darle ánimos y de un tintorero algo equívoco que no dudó en abandonar su trabajo para unirse a la vocinglera cohorte de sus incondicionales y pequeños turiferarios. Aprendió, así, mi protegido, que no es el tamaño del sexo lo que provoca la adhesión de las mujeres; que la repugnancia que él inspiraba a éstas debía de deberse a su mal aliento, a su irrazonable garrulería o a su tendencia a la jactancia priápica; y que sólo un estulto puede confundir la velocidad con el tocino, la gimnasia con la magnesia, y la virilidad con la hipertrofia muscular.

Aplaudieron con entusiasmo algunos de los genios este relato; otros mantuvieron el desdeñoso silencio con el cual lo habían escuchado; y Salomón daba señales de no saber a qué carta quedarse al respecto. Pero ya una voz nueva se alzaba en medio del tropel de los allí congregados, concitando el interés de todos, su atención expectante.

—Noble señor y digna concurrencia: prestadme oídos —quien hablaba, un genio del que emanaba una luminosidad verdusca, con cara de pocos amigos, carraspeó mansamente antes de proseguir su discurso—. No me preguntéis cómo tuve noticia de la mujer de la que voy a hablaros, porque mi respuesta alargaría desmedidamente este informe, que quiero conciso y austero. Contentaos con saber que la encontré muy al sur de donde estamos, en un país selvático cuyos habitantes se ufanan del color azabache de sus cuerpos y de los pequeños rizos que engalanan sus cabezas, y que su problema consistía en que su marido, que lo era también de otras veinte o treinta hembras, la cortejaba y hacía el amor con tal desmayo, con tales melindres, que no lograba despertar en ella los ardores requeridos para gozar a fondo de aquellos ejercicios vagamente gimnásticos a los que él la convocaba, por las noches, con no excesiva frecuencia. «¡Sé más hombre! ¡Brutalízame! ¡Viólame! ¡Vence tú por mí las prohibiciones internas con que mi santa madre, la pobre, me vedara el acceso a este placer que debería ser supremo! ¿Por qué te amadamas en mi proximidad? ¿Por qué te afeminas en cuanto me tocas? ¡Quiero ser poseída, no calafateada como una piragua de cañas semipodridas!», gritaba en cuanto su paciente esposo comenzaba a hurgar con su sexo en el suyo. «¿Es que nunca conseguirás acalambrarme de gozo, como hace nuestro vecino hasta con la última de sus concubinas?». Y el hombre callaba, se daba prisa en cumplir, y salía luego a darse un paseo por la jungla, sin miedo a las fieras, para calmar sus nervios y tratar de recuperar la estima de sí, totalmente perdida. Una noche en la que los reproches de su mujer habían sido más hirientes de lo acostumbrado, salí al encuentro del hombre, disfrazado de hiena, y, mirándolo de hito en hito, le enseñé los dientes con esa caricatura de sonrisa que caracteriza a tan encantador animal, y, a seguido de esto, dejé escapar de mi garganta una risa escalofriante, que él, inmediatamente, interpretó en el sentido que yo esperaba: creyendo que hasta la más desahuciada de las bestias por lo que hace a la estima ajena se tomaba a chacota su masculinidad, dio dos o tres saltitos de ira, se dio

rápidamente vuelta, y corrió hacia su choza, en la que entró gritando: «¡Si te pillo, te folio! ¡Tiembla!». ¡Oh, nobilísima asamblea y gentil señor que la presides, si supierais lo que pasó de seguido! —El genio, interrumpiéndose, paseó una mirada por los que lo rodeaban, y esperó a que alguien diera signos de impaciencia por conocer lo que había ocurrido, pero como esto no se produjera, optó por continuar hablando, lo que hizo con voz en la que, de vez en cuando, repuntaba el despecho—. Bien —dijo—, calmaos, dominad vuestra curiosidad, no tendréis que hacer cábalas al respecto, porque yo os lo contaré todo. Lo que ocurrió fue esto: que a los gritos del hombre hicieron pronto eco las voces aterrorizadas de sus otras mujeres, arrancadas brutalmente de su plácido sueño, los chillidos portentosos de sus hijos, incluidos los mamoncetes (quienes aprovecharon la ocasión para reclamar imperiosamente la leche que les era debida), y los balidos de una cabra que temió que tanto escándalo fuera señal de que le había llegado la hora de ser sacrificada; que la mujer (hablo de la esposa contestataria), cuando comprendió lo que se le venía encima (su marido, con el miembro en la mano magnificado por la ira), emitió un temeroso gemido (uno solo) y dio en correr como alma que lleva el diablo hacia el corazón mismo de la selva (cuyos habitantes, de la pantera al cocodrilo, para no hablar de la histérica raza de los monos, se apresuraron a poner pies en polvorosa), y no se detuvo hasta que un arbusto se interpuso en su camino, haciéndola caer al suelo con las piernas bien abiertas; que su esposo, que seguía repitiendo, incansable, su aviesa cantinela, cayó pronto sobre ella, confundiendo, en su urgencia vengadora, el conducto que buscaba con el otro que la mujer, al intentar escapar, había puesto en primer término («¿Ahora sodomita?», se dolió ella); y que cuando él, por fin, encontró el recto camino y la hubo poseído con la exigida violencia, ella se encontró más cerca del colapso que de aquel orgasmo variopinto y pinturero tras el que tanto se había afanado. Lo que le probó, de una vez por todas, que es inútil pretender que sea otro quien nos saque las castañas del fuego, y que hay que tener muy claro lo que verdaderamente se quiere

antes de empezar a pedirlo (y no digamos, a exigirlo). ¿O no os parece?

Se encogieron de hombros algunos de los genios allí reunidos en respuesta a tan retórica pregunta, mientras la asamblea toda se abría en dos para dejar paso a uno de sus integrantes que, muy alejado hasta entonces de su rey y señor, se sentía urgido —pequeño y oscuro como era, dotado como estaba de un rabo desagradablemente anillado— a contar su historia, la cual, a juzgar por la expresión maligna de su rostro indescriptible, prometía ser sabrosa, estimulante.

—Señor, amigos —empezó escuetamente—, dado mi natural friolento, yo busqué a quien ayudar en los bosques perdidos del lejano norte, encontrando, tras apasionadas pesquisas, a un hombre en la frontera ya de la vejez, que vivía con su esposa en una cabaña solitaria y que achacaba los cada vez más alarmantes desfallecimientos de su libido a la avanzada edad de aquella con la que compartía su cama desde hacía cerca de treinta años. «Con una mujer más joven, de quince o veinte años como mucho», se engañaba, «yo recuperaría en un santiamén mi vigor perdido. Si alguien me la trajera, yo le estaría eternamente agradecido». Yo decidí ser ese alguien, aunque tenía todas las dudas del mundo acerca de su hiperbólico agradecimiento. Valiéndome de engaños, justificados por el buen fin que con ellos pretendía alcanzar, atraje hacia la destartalada choza a una pareja de volatineros, varón y hembra, cuya presencia en aquellas desoladas regiones sólo podía explicarse como consecuencia de la huida para esquivar el debido castigo por algún turbio desafuero. Ambos eran jóvenes y bellos, signados por la desvergüenza, y por tanto, me dije que mi misión iba a ser fácil, que me bastaría con hacerles creer que conseguirían algún beneficio actuando en mi sentido para hacerles hacer lo que yo quería que hicieran. Dicho y hecho: después de dejarlos vagar a la deriva durante horas y horas, cuando ya estaban convenientemente cansados y hambrientos, con fobia a la nieve en la que se hundían sus botas, los guié hasta la cabaña, resplandeciente y acogedora en la noche, donde fueron recibidos con mirada lasciva por el marido y con

repulgada desconfianza por su sufrida esposa. Ahítos ya de sopa caliente, reconfortados por el fuego del hogar, y recuperadas las fuerzas con una prontitud sólo explicable por sus pocos años, los dos muchachos, engañados por el bienestar que los embargaba, valoraron equivocadamente, a la alza, las pertenencias de la pareja, y, pensando que podían sacar algún provecho de la lascivia que hacía bizquear a su huésped, determinaron alejar a la esposa de éste, suscitando su sueño, y para ello, no dudaron en recurrir al más bajo de los trucos: cantar a dúo todo su repertorio (si fuera preciso) de canciones folclóricas. Apenas se habían alzado sus voces destempladas, y ya la mujer estaba bostezando desmedidamente; cuando hicieron el primer receso, para tomar aliento, ella llevaba varios minutos cabeceando sin disimulo; y sin disimulo expresó su escasa valoración del gratuito concierto que se le ofrecía, con un refunfuño despreciativo, en cuanto la pareja se aprestó a seguir incordiando a la pudorosa musa del canto (Erato, según los politeístas helénicos). «¿Tampoco esta noche tienes sueño?», rezongó, dirigiéndose a su marido, mientras arrastraba su artritis en dirección a la puerta de la común alcoba. No contestó el interpelado, súbitamente ruboroso, y en cuanto se cerró la puerta tras su sardónica pareja, se echó un trago de vino al coleto, para darse ánimos, y, tras mirar de reojo al muchacho, que, presa de un súbito adormecimiento, se había echado de bruces sobre la mesa ante la cual los tres seguían sentados, sonrió con lelo embelesamiento a la joven que, casi derribándolo, acababa de brincar sobre sus rodillas. «Yo soy muy ruidoso cuando me refocilo», advirtió a ésta, una de cuyas manos estaba evaluando gravemente, en aquellos momentos, el bulto menguado formado por las cenizas del esplendor que, según él se apresuró a informarle, fue alguna vez el sistema genital del anciano. «¿No temes que tu esposo pueda despertar con mis bufidos?». «No es mi esposo, sino mi hermano, y tiene un sueño tan pesado como el de las perezosas marmotas. Preocúpate, mejor, de ésa, de tu reticente esposa. ¿Es insomníaca, aparte de malévola?». «¡Qué va! Se queda dormida en cuanto la tomo en mis brazos

(lo que hago, para guardar las formas, cada vez que nos metemos en la cama), y no consigo despertarla por más que me empeñe (que no me empeño) en ello». «Entonces, ¿a qué esperas? ¿Por qué no me has enseñado aún tu instrumento?». «Yo no enseño eso a mujer alguna si antes no ha alcanzado las dimensiones mínimas exigibles. Haz, pues, que resucite mostrándome el vello negro de tu pubis y la desnuda magnificencia de tu vertiginoso trasero». «Ya está», dijo ella, que se había despelotado en un santiamén. «Y tú, ¿a qué esperas?». Se acercó él, con paso renqueante, al largo y ancho banco sobre el que se había echado la muchacha; se desnudó lentamente, después de pensárselo mucho, y, conservando un pie sobre el suelo, apoyó la rodilla de la otra pierna junto a la pierna derecha de ella, que se apresuró a hacer presa en sus riñones, atrayéndolo con fuerza hacia su sexo abierto; e imprimió a sus caderas un movimiento tan extraño y reluctante, que la joven, saliendo del adormecimiento en que había caído por culpa de la morosidad general de su huésped, no pudo menos que preguntarle: «Pero, bueno, ¿qué es lo que quieres, rascarte los pendejos o hacerme tuya?». «¡No puedo, no puedo!», se lamentó él entonces, lúgubremente. «¿Qué es lo que no puedes?», preguntó ella. «No puedo traquetearte, ni puedo reincorporarme. La ciática, con manto de púrpura, y el inflexible destino han puesto sus manos en mí». «¡Asmodeo, Asmodeo, que se me anquilosó el provecto!», susurró la muchacha al oír esto. A lo que su compañero, dejando de fingir que dormía y levantándose de un salto, contestó: «Eso lo arreglo yo en un periquete. Ya decía yo que este hombre me parecía un poco proclive al amor que no osa decir su nombre». Y en diciendo esto, desenfundó su miembro, lo sopesó orgullosamente, y lo hundió de un solo golpe en el orificio posterior del anciano, quien, tras dejarse ir a una queja débil (y explicable, dado el tamaño del espetón que lo ensartaba) con la cual pretendía guardar las apariencias, no tardó en regurgitar de placer, en recuperar la flexibilidad de sus miembros y el esplendor de sus carnes, y en eyacular (sin necesidad de moverse) con una abundancia y un entusiasmo de los que él no recordaba precedentes, a medida que el

muchacho trepidaba dentro de su recto y, cuando al fin se dejó ir, bañaba sus entrañas de ardiente y amorosa lava. Tuvo, así, que admitir (a mi protegido me refiero) —concluyó el genio— que si no deseaba a su mujer no era porque ésta hubiera envejecido, sino porque su cuerpo esperaba desde siempre la visita del cuerpo de otro hombre para salir del letargo que lo dominaba desde que su madre rompiera aguas, o poco menos. Y, al admitirlo, a más de reconciliarse con su verdadera naturaleza, se puso en disposición de alcanzar ese placer por causa de cuya ausencia languideciera y se diera a la cólera aparentemente inmotivada a lo largo de tantos y tan insatisfactorios años.

—Pero, bueno —gritó Salomón a fin de atraer la atención de sus genios, alborotados y discutidores después de lo que acababan de oír—, ¿estáis locos? ¿Esta es la manera que tenéis vosotros de obedecer mis órdenes? Os mandé que hicierais el bien en mi nombre, ¿y qué es lo que vosotros hicisteis? Hundir en la más negra miseria, en la infelicidad, a aquellos a los que supuestamente estabais ayudando; privarlos de aquellas mentiras que hasta entonces aseguraran su equilibrio interior, arrojándolos en brazos de esa arpía tan temida: la desesperanza, y haciéndoles mirar de frente una verdad que los humanos no están hechos para soportar: la naturaleza exacta de sus dolores y de sus deseos.

—Sólo la verdad puede hacernos libres (dicen que dirá alguien a quien atribuirán descender de ti, Excelencia) —le replicó, incontinente, el portavoz de sus genios.

—Un hereje será quien eso diga. Y, desde ahora mismo, abomino de él. Aunque, si bien se mira, quizá tenga razón al hacer tal aserto. Yo, sin embargo, no pensaba en la libertad cuando os impelí a hacer el bien, sino en la felicidad: en esa pequeña felicidad que únicamente se consigue cuando uno logra contemporizar con la patología que alienta en el seno de todo hombre bien nacido. Y no me arguyáis que qué tengo yo que decir frente a vuestra inmemorial sabiduría, pues, si bien es verdad que ésta es grande, no olvidéis que mi poder es mayor. Munido, pues, de este argumento de autoridad, desautorizo a los tres genios que ya han hablado, y os

pregunto al resto: ¿hay entre vosotros alguno que haya traído felicidad a sus protegidos? ¿Tres? Consideradas las circunstancias y vuestra empecinada cerrazón mental, no está nada mal. Que empiece a hacer su deposición, en la más noble de las acepciones de esta palabra, uno cualquiera de vosotros. Tú, por ejemplo.

El aludido tuvo una reacción inusitada al escuchar lo que antecede: se irguió cuan largo era, se arrancó la cabeza de un tirón, la tiró luego al suelo, y se volatizó de seguido, no consintiendo su cabeza en abrir la boca hasta que el más sepulcral de los silencios hubo descendido sobre la expectante asamblea.

—En la ciudad de Karkemís, famosa de antiguo a causa de sus magos —dijo entonces—, vivían un hombre y una mujer, ambos de edad mediana, signados por la desgracia: ella estaba malcasada con un energúmeno cuya brutalidad en el lecho le vedaba el acceso, por miedo, a esa entrega confiada que es condición *sine qua non* del orgasmo; él, como consecuencia de un accidente (al parecer, se había caído del andamio de un templo en construcción), estaba paralítico, vivía a cargo de sus padres, y no encontraba, consiguientemente, esposa ni medio de dar satisfacción a las exigencias de su sexualidad, aún pujante. Sabiendo yo de la existencia de ambos, del sufrimiento de uno y otra, cuando tuviste a bien, ¡oh, señor nuestro!, primarnos con la última hasta ahora de tus siempre bien venidas órdenes (que por una vez, y sin que esto sirviera de precedente, hiciéramos el bien sin mirar a quien), no dudé un instante, apenas te hube oído, en decidir que aunque el hombre, a causa de su incapacidad para moverse, descuidara su aseo personal (lo que era causa de que trasminara como una cloaca), y aunque la mujer, por mor de su frustración genital, incurriera con fastidiosa insistencia en accesos de histeria, airados sofocos y tormentosos voceríos, yo debería hacerlos beneficiarios de mi generosa capacidad de ayuda. Volé, pues, hacia Karkemís, y, antes de llegar a tan renombrada ciudad, ya sabía (lo que no os sorprenderá, sabiendo, como sabéis, de mi legendario dominio de la repentización mental) lo que tenía que hacer

para lograr mis objetivos: poner a la pareja en contacto visual, hacer que se conocieran. ¿Cómo conseguir esto, sin embargo, dado que él permanecía de continuo alejado de toda posible mirada de insultante (para la familia, que era muy orgullosa) conmiseración, en el húmedo sótano donde la solicitud de sus progenitores lo había reducido? Enseguida, obviamente, encontré la respuesta a esta pregunta: en cuanto la noche descendió sobre la ciudad, lo que tuvo lugar una hora después de mi llegada a la misma, soplé con tal fuerza sobre la casa en que vivía el desventurado paralítico, que ésta se derrumbó como si hubiera sido un castillo de naipes; me dejé ver, de seguido, tras haber adoptado la apariencia de un pavo real, por los doloridos, llorosos y polvorientos damnificados por la catástrofe, y les hice señas de que me siguieran (ellos se apresuraron a obedecerme, atraídos por el lujurioso colorido de mi plumaje o aterrorizados por los graznidos mediante los cuales les manifesté mi voluntad de que se pusieran en marcha, eso no lo sé con precisión), guiándolos, luego, hasta la casa que yo había hecho alzarse, momentos antes de que echara abajo la otra, en el descampado que había frente a la vivienda de la mujer carnalmente insatisfecha, y haciendo que sacaran al inválido del carrito en que lo habían transportado y que lo subieran a la habitación que yo había elegido para él, la cual estaba provista de una ventana con celosía tras la cual podría mirar a su vecina sin ser visto; finalmente, después de amenazar a sus padres con volver y sacarles los ojos a picotazos si, impulsados por su comprensible vergüenza de tener un hijo incapaz de mantenerlos, lo desposeían de su privilegiada estancia, me alejé, majestuosamente, pavoneándome del bien hecho.

»El tullido, a quien el enervamiento gozoso causado por la recuperación de los vastos espacios del mundo había mantenido despierto toda la noche, fue despertado al mediodía por las exclamaciones de asombro y los comentarios corales de la muchedumbre de vecinos de la ciudad reunidos ante la casa para convencerse de la realidad de su incomprensible surgimiento. Desde el camastro, junto

la ventana practicada casi a nivel del suelo, en el cual yacía, dejó, complacido, que el murmullo de las voces le acariciara los oídos y, con los ojos aún entornados a causa del sueño, observó al gentío agrupado bajo él con una benevolencia que le fuera ajena hasta entonces: gozaba de volver a ver, a oír (y a oler, ¡ay!) a sus semejantes, sobre todo a los del género femenino, después de haber estado tanto tiempo a dieta de padre y madre (ambos, meras encarnaciones de instituciones sociales excepto en los momentos en que se humanizaban para reprocharle que aún siguiera vivo y con tan buen apetito). Y así hubiera permanecido ilimitadamente, pues el personal ante la casa se renovaba sin cesar, de no ser porque, en un momento dado, y fortuitamente, vio algo que le hizo abrir los ojos con desmesura: era, como ya habréis imaginado, la mujer frustrada, que, semidesnuda por causa de la elevada temperatura ambiente, había entrado en su dormitorio, cuya ventana estaba situada frente por frente a la del lisiado, aunque a un nivel ligeramente inferior, y se había echado sobre la amplia cama matrimonial sin tomarse la molestia de cubrir sus vergüenzas, que habían quedado al descubierto. ¡Ah, mis queridos compañeros! Si hubierais presenciado aquella escena, no habríais podido sustraeros a la más profunda emoción, primero, y a la más inconfesable excitación, después, pues, hete aquí que, apenas los ojos desorbitados del hombre se hubieron posado en el crespo vello negro que se rizaba sobre el monte de Venus de la desprejuiciada señora, un rubor intensísimo cubrió la cara que los sustentaba, un temblor agitó el cuerpo sobre el cual se deformaban los rasgos de esa cara bajo la tensión del más imperioso de los deseos, y otro temblor (éste, de mayor intensidad, provocado y regido por la diestra del inválido) hizo presa en el músculo noble de dicho cuerpo, el cual se descontroló en cuanto el semen comenzó a trasvasarse, con casi audibles restallidos de latigazos, de los testículos del onanista a los muros, a la celosía y al techo de aquella habitación que, por primera vez, estaba siendo escenario de hábito tan gustoso y nefando. ¿Qué fue lo que permitió a la mujer origen del citado acto de desenfreno darse cuenta de

que éste había tenido lugar y, luego, gloriarse de ello (se cubrió, súbitamente, con una sábana, pero dejando fuera una pierna y un pie, cuyos dedos se curvaron como si quisieran atrapar el pene, ahora desfalleciente, de donde brotaran los torrentes de leche viril en homenaje a su femineidad)? Muy probablemente, el alarido de placer que el energúmeno de la ventana de enfrente había dejado escapar al iniciarse la eyaculación que con sus torpes manipulaciones manuales había propiciado. Y digo esto, porque fueron varios los vecinos y las vecinas que, al oír tamaño grito, sacaron la cabeza por las ventanas de sus casas, pero que, menos perspicaces que la dama causante del acceso de goce traducido por el atroz chillido, lo atribuyeron, prosaicamente, quién a un cólico miserere, quién a la degollación de un cerdo (a pesar de que no era época de proceder a tal ceremonia), mientras que ella, apenas hubieron cesado los apasionados comentarios de los vecinos acerca del ominoso aullido, no sólo se libró de la sábana de una patada, sino que, literalmente, se arrancó la tuniquilla, y, extendiéndose de nuevo en el lecho, ya tan desnuda como en el momento en que su madre la diera a luz, unió las plantas de sus pies, abrió las rodillas, escarbó en el vello púbico hasta poner al descubierto los inflamados labios de su sexo, y, con la mirada fija en la celosía de la ventana del paralítico, se acarició lascivamente la perindolita ardiente de su clítoris, para luego introducirse el pulgar en la vagina, y comenzar a mover las caderas y el culo entre jadeos, lo que, como era de esperar, arrojó de nuevo en brazos del pecado a su ardiente y yo diría que hasta romántico admirador. A partir de aquel momento, la vida cambió definitivamente y para bien, para los dos: ella se exhibía ante él (nunca a la misma hora, nunca de la misma manera, para que aquello no acabara degenerando en rutina), mantenía siempre despierto su deseo con maniobras de dilación, con juguetonas sorpresas, y por último, para probarle hasta qué punto lo deseaba, le permitió el acceso a los secretos últimos de su alcoba, encendiendo una lámpara cada vez que se sometía al débito marital, a fin de que él pudiera hacer suyo con la mirada el cuerpo de su esposo y así

poseerla, y entregándose luego a una cadena de orgasmos que, con la mirada quebrada y con gemidos cavernosos, le ofrecía como homenaje a su virilidad insaciable, a la energía sin desmayo de su mano, tan tierna y lasciva; y él, por su parte, que sólo permitía que sus padres entraran en su habitación una vez al día, para llevarle la comida, y pasaba casi todas sus horas ante la ventana, permanentemente desnudo y con la mano y la mirada alerta, se masturbaba cada vez que ella aparecía en su campo de visión, de acuerdo con un ritual enriquecido cada día con nuevos hallazgos, físicos e imaginativos: antes ya de que ella le mostrara desnuda alguna parte de su cuerpo, él había comenzado a acariciarse algún punto del suyo, siempre nuevo (consiguió, de esta manera, convertir todo su cuerpo en una sola zona erógena), y, no bien ella dejaba al descubierto algo que habitualmente llevara tapado (un pie, un seno, para no hablar de la hendidura gloriosa que daba acceso al santuario de su condición femenina), tomaba su miembro erecto con mano delicada, hacía deslizarse ésta de un extremo a otro extremo del mismo, arriba y abajo, con morosa lentitud, se detenía para admirar la longitud, el grosor y la fuerza que aquel pedazo de carne suya había adquirido entre sus dedos, pasaba uno de éstos sobre la vena hinchada que circundaba su glande desmesurado, sobre el tenso frenillo y sobre el orificio ya boqueante del que brotaría el semen cuando él lo decidiera, aceleraba los desplazamientos de la piel sobre la carne enervada, cambiaba de ritmo, se detenía un instante (sin perder de vista a la mujer) para acariciarse los pezones, para desperezarse voluptuosamente, para forzar con el índice su esfínter anal, y por último, incrementando de continuo la velocidad y la violencia de sus sacudidas, agitaba su sexo, con la rota mirada fija en el cuerpo vertiginoso de la mujer deseada y su alma de hombre pendiente de su alma de mujer, hasta que, contrayéndose, arqueándose, dejaba escapar de sí toda una vía láctea en la que se materializaba su amor por las hembras, y en concreto y excluyentemente, por aquella que era para él cifra y resumen, culminación gloriosa, de lo femenino eterno.

El genio que tomó la palabra a continuación, impidiendo concluir al precedente, era pequeño y negro, pero de movimientos garbosos, y estaba provisto, nadie sabía por qué, de un largo rabo que se agitaba por encima de su cabeza mientras hablaba.

—Escuchad, hermanos, lo que tengo que contaros —comenzó a decir—. Escuchad la historia de Sira, viuda desesperanzada, y del mancebo del que se prendó. Es una historia sabrosa y provechosa, de la que podréis extraer mucho contentamiento. ¿Estáis listos para oírla? Y tú, señor, ¿también? Empiezo, pues. En una aldea junto al Eufrates, muy cerca de la desembocadura de éste, vivía una viuda, Sira, sesentona ya, que, desde la muerte de su engorroso marido, acaecida varios años antes, había renunciado a los tantas veces sobrevalorados goces que proporcionan los varones. Y ello, no porque no sintiera la comezón del deseo, la necesidad de dejar fluir su fuente de la vida, sino porque, criada en un medio donde los hombres se permitían el lujo de desdeñar verbalmente a las mujeres apenas éstas superaban en un par de lustros el momento de la pérdida de su niñez, era de la cerrada opinión, fortalecida por su experiencia con aquel que durante tanto tiempo compartiera su lecho, de que una hembra dejaba de ser deseable en cuanto dejaba atrás la adolescencia, o, todo lo más, la primera juventud. En el fondo, ella no se rebelaba contra este supuesto hecho (que hubiera debido considerar una injusticia del otro sexo para con el suyo) por una razón muy sencilla: prefería a los jóvenes, a los hombres pujantes, desde que el suyo, ya ido, perdiera su pujanza. Lo que explica que consumiera sus años de viudedad en un penoso ascetismo conmocionado, en cuanto dejaba de vigilarse, por furiosas rachas de deseo. Ese deseo, que mal que bien acababa por embridar siempre, se le desbocó el día en que conoció a Issur, un muchacho que hubiera podido ser su hijo, y tal vez su nieto, y que, sin embargo, le removía las entrañas con su sola existencia, con la ligera gravedad de su paso y con la ignorancia manifiesta de su propia belleza. Enloqueció entonces, literalmente. Desmadejada en su lecho, con el sexo goteante de continuo y

semisofocada por ardores incontrolables, pensaba en él, se acariciaba de continuo por él, se desmayaba una y otra vez de pura apetencia de él, y pedía a la muerte que acabara de una vez con aquella vida suya que la frustración camal había convertido en un infierno. Un día, sin embargo, como la muerte no pareciera hacerle mayor caso, tomó una decisión que iba a revolucionar su vida: ya que no podía estrujar entre sus muslos y sus brazos al doncel amado, daría, al menos, satisfacción a su alma (y, ¿por qué no decirlo?, también al demonio hambriento de carne fresca que con tanta frecuencia suplantaba en su interior a ésta), abocándose a la repetida contemplación del mismo, y en especial, de aquellas partes de su cuerpo adorable que por inadvertencia pudiera dejar al descubierto. ¿Cómo hacer esto, no obstante, sin grave merma de su honorabilidad, sin convertirse en el hazmerreír de los maliciosos habitantes de su aldea? Y aquí es donde entro yo en esta historia. Veréis. Sabiendo que ella, no famosa precisamente por la abundancia de sus dotes intelectuales, podía pasarse quince o veinte años pensando y pensando sin encontrar respuesta a la anterior pregunta, opté por un remedio de caballo para sacarla del *impasse* donde se encontraba: revistiéndome de las apariencias de su padre, muerto muchos años atrás y renombrado por su rectitud moral y su insano mal genio, la desperté una noche, aullándole en una oreja, y le sugerí luego delicadamente (al ver que ella, del terror que la invadió al verme, había quedado traspuesta) que se disfrazara de hombre para así poder seguir al anhelado efebo sin provocar un escándalo que podría dañar gravemente el honor de la familia. ¡Ah, mis gentiles amigos, mi consejo era bueno, pero el modo como lo puso en obra aquella insensata no lo fue tanto! ¿Os imagináis? No se le ocurrió otra cosa, apenas se hubo recuperado del sobresalto que yo le causara, que disfrazarse de astrólogo asirio, con coturnos pintados de purpurina, amplio manteo, gorro cornudo y largas barbas rizosas (en cuya confección empleó las de todos los machos cabríos de la aldea, a los que clandestinamente privó de sus más nobles atributos capilares, con unas enormes tijeras, a lo largo de las

noches que siguieron a aquella en que por poco pierde, al verme, el poco sentido que le quedaba). El asombro del pueblo fue inenarrable cuando Sira, vestida de esta desacostumbrada guisa, comenzó a seguir al muchacho. Pero ello no fue lo más grave, sino que éste, Issur, al comprobar que el desconcertante astrólogo no dejaba de pisarle los talones, perdió la tradicional virtud mayor de su sexo, la valentía, y dio en caer en una especie de aterrado trance cada vez que veía surgir el gorro cornudo y las barbas a la vuelta de una esquina, razón por la cual, muy a su pesar, Sira tuvo que desistir de seguirlo: no soportaba ver que los genitales se le arrugaban al otro, en cuanto ella aparecía en su campo de visión, ni oír cómo la cabeza del agraciado joven repiqueteaba sobre los cantos rodados que pavimentaban las calles no bien advertía que ella se le aproximaba. Y aquí entro yo por segunda vez en esta donosa y nunca antes contada historia: por prudencia, y renunciando a mostrarme de nuevo ante ella con el rostro malencarado de su padre, la desperté revestido con la encarnadura mortal de su cariñosa aunque un poco dominante madre, y, para mi sorpresa, tampoco esta vez acerté, pues, al verme, Sira cayó, de sopetón, en una especie de trance catatónico, del que por poco no sale. ¡Para que luego digan que el cariño es el fundamento de todas las familias! Afortunadamente, una semana después, gracias a los esfuerzos de todos los físicos de los alrededores, ya estaba de nuevo en pie, ocasión que yo aproveché para materializarme de nuevo ante ella, lo que hice, acertadamente, bajo el aspecto de su difunto esposo: Sira me dirigió la misma mirada irónica con que alentaba a éste cada vez que él exhibía jactanciosamente sus diminutas partes pudendas en una invitación desinhibida a la más desenfrenada de las cópulas, y, después de oír cómo yo le aconsejaba que fuera aquella misma tarde al río para refrescar sus bajos ardientes, me arrojó a la cabeza una escudilla llena de garbanzos que estaba comiendo, pero prometió seguir mi consejo. A todo correr, entonces, fui a casa del muchacho, que, como era la hora del mediodía, también estaba almorzando, y, gritándole desde la calle, sin

dejarme ver y con la voz de uno de sus amigos, que lo esperaba, tres o cuatro horas más tarde, en el Eufrates, donde podríamos jugar un poco y, luego, bañamos, me dispuse a esperar el momento en que, por fin, Sira perdiera de una vez por todas sus absurdas ideas acerca de la juventud de la mujer como requisito necesario para que el hombre alcance la plenitud del placer sexual. Por último, llegó la tarde, y, en el río, bajo mi benévola mirada, se congregaron todos los personajes de la pieza que tanto trabajo me había tomado yo en montar: Issur, con dos o tres amigos con los que se encontró al llegar, salía y entraba del agua, nadaba, buceaba, sin más revestimiento exterior que el que le proporcionaba su innata inocencia —lo cual quiere decir que estaba tan desnudo como cuando su madre le echó al mundo—; Sira, empecinadamente disfrazada de astrólogo, para pasmo de las lavanderas con las que se cruzó en su camino, espiaba al muchacho desde detrás de unos matorrales, junto a las frescas aguas perezosas; y yo, dando satisfacción una vez más a mi afición por el travestismo, lo miraba todo, con mis circunstanciales ojos de pájaro espurio, emperchado en la rama más segura de un alto árbol. Lo que pudo haber acabado en drama, se inició en un momento: Issur salió una vez más del río, chorreando copiosamente, y, afirmándose con los dedos de los pies engarfiados en un tronco seco que flotaba sobre las aguas, expuso la gloria de su cuerpo a la brisa de la atardecida para secarse; uno de sus amigos, excitado o envidioso, se cogió el pene con mano que yo advertí que temblaba, y, comenzando a orinar, no tardó en orientar el chorro, aparentemente inagotable, hacia las nalgas de Issur, quien, al sentir que el líquido templado se abría camino entre las mismas y le salpicaba los testículos, dio un salto de sorpresa, que de inmediato se transformó en un tensarse los músculos de sus brazos como consecuencia de la ira que le producía aquel acto, fuera homenaje simbólico o mera afrenta, y, con un grito, se abalanzó sobre su compañero, cogiéndolo con rudeza por el cuello y no prestando ninguna atención al hecho de que la lengua del otro mostraba ya al mundo no menos de un palmo de su

rosada superficie; llena de envidia y de indignación por lo que acababa de ver, y considerando que desde donde estaba podía perderse algún detalle del apasionante espectáculo, Sira se desplazó, entonces, ligeramente, pero con tan mala fortuna, que uno de sus pies se enganchó en el borde del manteo que antinaturalmente la cubría y, haciéndole perder el equilibrio, dio con su cuerpo, el gorro y las barbas en el río. «Es curioso», mascullo entre dientes, sin dejar por un momento de estrangular a su ofensor, Issur, al ver la blandura y la coquetería de los movimientos con que Sira intentaba evitar que se la tragaran las ondas, «el astrólogo» no era todo lo viril que yo, a juzgar por sus barbas, creía. ¡Quién hubiera podido «imaginar», añadió ingenuamente, que un hombre de tantos saberes compartiera con Matías, el hieródulo, las nefandas apetencias que, según las malas lenguas, caracterizan a éste!; y, harto ya de apretar el cuello convulso de su amigo, iba a retorcérselo para dar por concluido el fastidioso incidente, cuando advirtió con asombro casi bovino que las barbas asirías flotaban desmayadamente a varios metros del lugar donde Sira manoteaba con las desmesuradas fuerzas que le daba la desesperación, y, comprendiendo súbitamente que la mano que ahora emergía solitaria de las negras aguas en crispada petición de ayuda era demasiado delicada para ser una mano de hombre, y cogitando con esfuerzo que por consiguiente debía de pertenecer a una mujer, aflojó la presión de sus manos del cuello del desdichado que pataleaba ante él, se tiró al río, y, nadando con su mejor estilo para suscitar la admiración de la mujer, cualquiera que fuese, que debía de estar agonizando en el lugar marcado por círculos concéntricos al cual se dirigía a gran velocidad, acertó a coger a Sira por su larga cabellera antes de que la asfixia ennegreciera definitivamente el rostro de su obstinada admiradora. Minutos después, y tras haber conseguido arrastrarla hasta fuera del agua, Issur depositó a Sira en tierra, la desvistió para que pudiera respirar y secarse mejor, y, alejando del lugar a sus compañeros, con orden de que se llevaran a la aldea al que aún yacía, desmadejado, en el lugar

donde lo acogotara, se quedó contemplando a la yacente, sin saber qué hacer. Su cuerpo, sin embargo, sí sabía que era lo que razonablemente se podía esperar de él: la proximidad de aquella hembra abandonada, la visión de sus pechos plenos y de gruesos pezones oscuros, el olor a gruta marina que se alzaba del tibio arrecife de azabache, bajo el cual confluían los frutales muslos del color de la leche recién ordeñada, provocaron una inmediata erección del pene del muchacho, que se afirmó, cabeceante, cuando Sira, entreabriendo los ojos, posó en él una mirada primero asombrada, luego admirativa y por último glotona. «Estoy vieja. No me mires», rogó ella, sin embargo, cruzando las piernas, pero sin dejar de recorrer con la mirada aquel cuerpo adorable en el que la suavidad de formas de la adolescencia apenas podía contrapesar el vigor sereno de una plenitud viril que se manifestaba ya, agresiva, en el duro contorno del pecho, en la rotundidad de los largos músculos de las piernas, en la clara delimitación de las falanges de los largos dedos de los pies, y, sobre todo, en la fuerza y la gracia aunadas del cuello, soporte de una cara aún casi infantil, a la que, no obstante, el deseo creciente comenzaba a conferir una rigidez indiscutiblemente adulta. Issur, por su parte, no se tomó la molestia de responder a tan necias y extemporáneas palabras: con ojos que parecían tornarse traslúcidos a medida que ahondaba en la contemplación gozosa de aquel cuerpo tan inequívocamente femenino; de aquellas manos y de aquellos pies cuyos casi imperceptibles e involuntarios movimientos constituían otras tantas llamadas a la posesión brutal y tierna de quien de esta forma exteriorizaba su conciencia del magnetismo animal que atraía a los dos cuerpos enfrentados; de aquellos pechos que él quería estrujar, acariciar, morder y lamer, olfatear incansablemente, y convertir, con sus besos, en dos hogueras donde arder hasta purificarse de los últimos vestigios del niño que fue; de aquel vientre y de aquellas caderas que ponían la totalidad del mundo al alcance de su mano, y que conducirían a ésta, inexorablemente, más allá del bosquecillo hirsuto que protegía el santuario, al interior de éste, al lugar indecible, fiemo y voraz, donde ofrecer a lo

femenino el tributo sagrado de la bandada de palomas que ya sentía aletear en los nidos gemelos de sus testículos, Issur balbuceó un: «Te quiero», que quería decir también: «Soy hombre tan sólo porque tú eres mujer. Ábrete a mi miembro para que, en adelante, yo sea solamente eso, un macho en adoración perpetua ante tu femineidad inextinguible, inagotable, turbadora», y la poseyó lenta y sabiamente, atropellada y salvajemente, olvidado de sí y más consciente de sí de lo que nunca antes había estado, mientras ella lo espoleaba con sus talones, se desmadejaba bajo su torso en tensión, succionaba su sexo con el suyo, se dejaba llevar por su sangre hacia el infinito, y comprendía, por fin, que nunca dejaría de ser lo que ahora era para el hombre que la estaba haciendo asumir de una vez por todas, sin reticencias, la sacralidad de su entidad sexual: el fundamento mismo de su existencia en cuanto macho.

—¡Basta, basta! —gritó Salomón, impidiendo, así, que el cuarto de los genios que habían pedido la palabra pudiera tomarla—. No estoy yo de ánimo para tantas bondades. ¿Acaso creéis que os convoqué para que hicierais exhibición de vuestros buenos sentimientos y no menos benéficas acciones? Siento, por otra parte, repugnancia de que, con el pretexto de demostrarme que cumplisteis mis órdenes pasadas, deis satisfacción a vuestro inmoderado gusto por la pornografía. De manera que prestadme atención: os he hecho venir porque he sido objeto de un descomunal agravio que exige una aún más descomunal venganza, y porque pienso que nadie mejor que vosotros será capaz de urdir aquella que, en su monstruosa desmesura, podrá devolver la calma a mi alma doliente, escoriada. Mis mujeres han entregado sus cuerpos, que eran míos, a mis servidores, que sólo por delegación lo eran de ellas, y creo que un agravio tal sólo podrá borrarse de mi memoria si vosotros, transformándoos en tigres y panteras, leones de metálicas melenas, acudís en silencio a mi gineceo para desgarrar con vuestras zarpas de curvas y gruesas uñas y con vuestros colmillos de mortal blancura las carnes indefensas de aquellos y de aquellas que antepusieron la búsqueda de su mezquino placer personal a la

gloriosa tarea de preservar mi honra, tal y como debían; o si vosotros, metamorfoseados en diestros y veloces albañiles, os apresuráis a tapiar las puertas y ventanas de las habitaciones donde se consumó mi deshonor, de manera que, carentes tanto de agua como de alimentos, ellos y ellas acaben por devorarse entre sí y por agonizar en medio de atroces sufrimientos; o si, en fin, vosotros, irrumpiendo allí con el instrumental de los carniceros, procedéis a despellejarlos vivos, uno detrás de otra, no sin antes haberlos castrado a ellos con una cizalla y haberles cortado los pezones a ellas con unas tenazas. ¿Qué os parece?

Le contestó un genio muy viejo, en nombre del resto de sus compañeros.

—Noble y dolorido señor —dijo—, sosiégate, te lo ruego. Lo único que puede permitirte sobrellevar en el futuro la carga de la múltiple ofensa que padeciste no es la venganza, por atroz que ésta sea, sino el olvido. Sí, sí, ya sé que éste te parece ahora vedado para siempre, pero, si me escuchas con un mínimo de atención, pronto convendrás en que no es así. «¿Y cómo se puede olvidar algo tan antinatural y tan atrozmente doloroso?», me preguntarás entre escéptico y resentido. «¿Cuál es tu fórmula para ello, cuál tu secreto?». A lo que yo me apresuro a contestarte: primero, distanciarse de lo ocurrido hasta conseguir ver que no es antinatural, sino vulgar y habitual; luego, mantener esa distancia, lo que no puede llevarse a cabo más que creciendo personalmente, y no aceptar relacionarse de manera íntima sino con quien también haya alcanzado una altura semejante a la propia: la reina de Saba, por ejemplo, con la que pronto vas a encontrarte y de la que previamente deberás hacerte digno. Tú sabes que el hombre y la mujer fueron creados a imagen y semejanza de Dios, pero si tomamos al hombre y la mujer del común como representantes de ese parecido con el Creador, la conclusión sería que tendríamos que tener mucho cuidado con Este, guárdanos de Él, lo que no es el caso: ávidos, cobardes, torpes, ni bellos, ni buenos, ni inteligentes en su mayoría, la media de los hombres y de las mujeres se rige por un orden que nada tiene que ver con el de Dios, y sí, y

mucho, con la negación del mismo, pero que, para justificarse, se obstinan en identificar con éste. En consecuencia, cada ser humano debe aspirar a asemejarse, no al Adán y la Eva de después de la expulsión del Paraíso, como hace la mayoría, sino al Adán y la Eva que aún no habían probado la manzana, que aún no habían intentado competir con Dios y que, por ello, aún no se habían autodegradado a un nivel por el que los propios animales no se aventuran (y siempre contra su voluntad, empujados por nosotros) sino con manifiesta repugnancia. La orgía de que fuiste avergonzado testigo hace un rato es natural desde la perspectiva de los antivalores que rigen el plano en que los ofensores, y también tú, por ahora, desenvolvéis vuestras vidas: no puedes, pues, juzgarla antinatural si con anterioridad no te alzas por encima del mismo. Y fíjate bien, si lo haces, dejarás de sufrir, pues solamente nuestros iguales pueden dañamos de una manera que no sea epidérmica, y te pondrás en disposición de reconocer en Balkis a tu alma y a tu reina.

—Es sobrehumano lo que me pides, querido genio —le contestó el rey—. Por más que quiera, no puedo renunciar a la venganza. ¿No podrías urdir una añagaza que me permitiera vengarme, siquiera un poco, sin renunciar por ello a hacerme digno de la reina de Saba?

El genio adoptó entonces el aire de quien reflexiona sesudamente.

—Creo que sí —dijo antes de haber tenido tiempo de hacerlo—. Bastará con que, envolviéndote en un silencio amenazador, multiplicando las miradas de reproche unas veces y fingiendo otras la mayor de las indiferencias, desencadenes en cada uno de tus ofensores el miedo: éste, que se alimenta de sí mismo, crecerá con inusitada violencia, y tú, desentendiéndote del mismo, podrás, con la conciencia tranquila, consagrar los días que te separan de la llegada de aquella por la que suspiras a prepararte para no decepcionarla.

—Sea —exclamó Salomón.

Y, al oír estas palabras, todos los genios, con un pavoroso

zumbido de élitros, de inmediato desaparecieron.

Lo primero que hizo Salomón al día siguiente, tras despertarse, asearse y tomar un ligero refrigerio, fue ordenar que le trajeran la pantera negra, mascota de su favorita, convenientemente encadenada, embozalada y calzada con las manoplas de cuero que protegían de sus garras: le había asignado un papel de primer orden en la representación, cuyo objetivo era llevar el espanto al alma de quienes tanto lo ofendieran —a machos y hembras por igual, pues, en casos de venganza, él no incurría en groseras discriminaciones—, que había empezado a maquinar en cuanto sus genios se despidieron a la francesa, dejándolo a solas con su ira y su vergüenza.

Y de inmediato pasó a poner en escena el primer acto de la representación antedicha: hizo venir ante él a todos los cocineros de palacio provistos de los innumerables tipos de cuchillos, hachas y espetones de que se servían para cortar, trocear y asar las grandes reses que constituían —como era bien sabido de su siempre rezongante mayordomo mayor y de su catastrofista tesorero personal— el bocado preferido de la infinita grey de nobles, soldados y sirvientes que abarrotaban permanentemente su palacio, y, haciendo que ignoraba este hecho que de tan triste modo afectaba a su propio peculio, fueran preguntando a todos y cada uno de los integrantes de la citada grey —y no sólo a sus agraviadores, pues quería que la inquietud de éstos se viera potenciada por la de los otros— qué platos desearían comer a lo largo del comente día, lo que no podía dejar de desconcertarlos y desazonarlos. Obedecieron los cocineros y la inquietud cundió por el palacio. Y es que, verdaderamente, resultaba desasosegante —sobre todo, para los que no tenían limpia la conciencia— ver llegar aquel interminable y bien armado cortejo de benévolos matarifes, y oírles preguntar a coro por las personales apetencias culinarias de cada uno, y sonreír, incomprensiblemente, tras tomar nota de lo oído. No siendo, por tanto, de extrañar que, tras recibir la insólita visita, dos o tres de los más viejos moradores del palacio sufrieran bruscos sofocos, a los que se atribuyó enseguida, por los

maledicentes, la muerte de uno de ellos.

El segundo acto se inició inmediatamente después del almuerzo, cuando tanto los guardias del serrallo, como los eunucos, los esclavos y las mujeres del rey se aprestaban a entregarse a la tibia languidez de la siesta. En ese momento mismo, Salomón, seguido de una escuadrilla de albañiles y de su arquitecto preferido, irrumpió en el gineceo y, haciendo como que no veía a la muchedumbre que lo poblaba —y que se había apresurado a cubrirse todo aquello que la vergüenza ordena en cuanto oyó que el monarca y sus ruidosos seguidores se aproximaban—, comenzó a discutir, en voz más inaudible que baja, con el arquitecto en cuestión acerca de no se sabía qué, pero sí que guardaba relación con las puertas y ventanas del harem, pues tanto Salomón como el otro manoteaban en dirección a unas y a otras, y, después de recorrer todas las estancias que lo componían, sin dejar de parlotear y agitar las extremidades superiores, se marchó, cejijunto y en silencio, seguido de puntillas por sus acompañantes, dejando sumidos a todos en la más honda y medrosa de las perplejidades.

Al atardecer, por último, un heraldo del rey comunicó al conjunto de los habitantes del palacio, con acompañamiento de pífanos y tambores, a grandes voces, que Salomón los aguardaría en el salón del trono una hora después, para hacerles una declaración institucional. Y así, con el plus de perplejidad generado por aquellas dos palabras cuyo sentido nadie entendía, se inició el tercer acto de la representación que el rey había urdido para desfogar, de alguna manera, su resentimiento.

A las siete de la tarde, hora fijada para la reunión, el salón del trono era un silencioso hervidero de hombres y mujeres con el semblante descompuesto. A las ocho, y como quiera que el monarca aún no había aparecido y nadie había dado explicación de su retraso, la inquietud general amenazaba con exteriorizarse mediante gritos histéricos. A las nueve —esta hora había llegado, pero no el rey—, varios de los asistentes yacían en el suelo, desvanecidos, y así hubieran permanecido indefinidamente, según todas las previsiones, de

no ser porque, cinco minutos después, se oyeron voces, carreras, y, luego, un largo silencio, que rompió, entrando atropelladamente en la vasta estancia, derrengado el cuerpo y demudado el semblante, el jefe de los eunucos. «La pantera se ha escapado», alcanzó a farfullar antes de hacer ademán de derrumbarse sobre las losas del pavimento. Y no había aún llegado su cuerpo a ellas, y ya el salón del trono había quedado desierto.

Salomón rió hasta las lágrimas, hasta el desencajamiento mandibular, antes de que el sueño se apiadara de él y lo acunara en sus brazos.

Como quiera que los días, aunque lentamente, iban pasando y la fecha de la llegada de la reina de Saba se aproximaba, el rey consagró todos sus esfuerzos, a partir de aquella noche, a pensar en el modo de crecer interiormente para ponerse al nivel —muy alto, al decir de los genios— de su gentil visitante. Con excepción de un par de salidas que hizo para afirmar su confianza en sí seduciendo a alguna mujer apetecible, permaneció toda una semana en palacio, enclaustrado, intentando entrar en diálogo con unos pensamientos que se obstinaban en eludirlo —lo que quiere decir que, al cabo de los citados siete días, se encontró con que no se le había ocurrido nada al respecto—. No se desanimó por ello. Confiando en que la mera visión de la —sin duda— adorable Balkis traería como consecuencia automática el crecimiento en muchos palmos de su estatura espiritual, decidió centrar su atención en la tarea de aligerarse del peso excedente que hacía de él, antaño esbelto como un junco, una caricatura de sí mismo. Y, dicho y hecho, no bien adoptó tal decisión, la puso en práctica.

Sabiendo que el ejercicio adelgaza, una mañana, poco después del alba, se lanzó a la calle, de incógnito, vestido de beduino —buscaba con ello pasar inadvertido, pues no resulta decoroso que un rey pierda las piernas corriendo a la vista de sus súbditos; pero no consiguió su propósito, debido a que la gente con la cual se cruzaba se sorprendía al ver a un beduino grueso, ya que, como es bien sabido, los hijos del desierto se caracterizan por su delgadez, por su angulosidad,

por su carencia de aquellas afeminadas redondeces que en él sobreabundaban—, y, con paso decidido, se dirigió al pie del monte Sión, en cuya cima una miríada de obreros se afanaba en la edificación del templo que él había determinado consagrar a Dios. Apretaba ya el sol cuando llegó a donde quería, lo que lo congratuló, pues estaba en el secreto de que el calor hacía sudar y que el sudor era el mejor disolvente conocido de la grasa humana. De forma que fue con buen ánimo como inició, a toda carrera, su ascensión a la cumbre. De a poco, sin embargo, este buen ánimo dejó paso al descorazonamiento: a pesar de que le parecía llevar subiendo cerca de media hora, a pesar de que sentía las piernas como si fueran de trapo, a pesar de que le zumbaban los oídos, de que el corazón se le desbocaba en el pecho y de que un espeso sudor le formaba una cortina ante los ojos, y a pesar de que no había tenido más remedio que detenerse, para tomar aliento, comprobó, estupefacto, desde el punto donde penosamente jadeaba, que sólo había recorrido veinte o treinta metros y, avergonzado, que sus esfuerzos desaforados habían atraído la atención de una multitud de testigos: la práctica totalidad de los trabajadores que participaban en las obras del templo, a más del Sumo Sacerdote y un escuadrón de levitas que integraban su séquito, lo observaban —con sorpresa, pero también con benevolencia—, congregados silenciosamente al borde de la cima. Enrojeció Salomón, y, con el aire displicente de quien de pronto advierte que, distraído, ha seguido un camino que no era el suyo, se dejó rodar hasta la base del monte, y, una vez allí, y simulando siempre una despreocupación que estaba lejos de sentir, anduvo penosamente, pero con garbo, hasta que una gran roca lo puso a cubierto de las miradas de los curiosos, momento en que las piernas le fallaron y cayó presa de un pasmo.

Lo sacaron de él unos inocentes chiquillos que, creyéndolo muerto, lo tironeaban para arrebatarle sus vestiduras. «¡Fuera de aquí!», rugió innecesariamente —y digo innecesariamente porque los niños, viendo que el supuesto muerto resucitaba, huían ya, despavoridos—. Añadiendo luego, para sí, en voz

muy baja: «Si éste es el estado de mis extremidades inferiores, ¿cuál será el de mi extremidad intermedia, que es mucho más pequeña y frágil que las otras? ¿Estará en condiciones de dar de sí lo que yo espero de ella cuando llegue Balkis, a la que tiene la obligación, por mí asignada, de pasmarla?». Y su rostro se ensombreció de inmediato, aunque sólo permaneció así unos segundos, pues la caída de uno de los niños que huían había arrancado al rey una maligna sonrisa.

Bordeando el monte, Salomón, que no cejaba en su empeño, llegó, por fin, a un lugar absolutamente solitario. No había campesinos por los alrededores, ningún nómada se balanceaba sobre su camello al alcance de la vista, los constructores del templo seguían concentrados —a juzgar por lo remoto del rumor de sus picos y de sus palas— allí donde se los topara un rato antes —muy lejos, o por lo menos bastante lejos—. Así que Salomón, sin pensárselo dos veces, se llenó de aire los pulmones, se recogió los bordes de su prestado albornoz, y empezó a subir a toda la velocidad que le permitían sus peludas piernas. ¡Oh, ascendía, ascendía con mucha más facilidad que antes! ¡Con tanta facilidad y ligereza, que, de seguir así, pronto alcanzaría la cima! «¡Vamos, vamos: un último esfuerzo! La meta está próxima. Alcanzarla supondrá volver a ser el que fui: un hombre sin igual, deseado por las mujeres, envidiado por los hombres, admirado por su madre y mirado rencorosamente, de soslayo, por su padre, aplaudido por los ángeles…».

¡Ay, la catástrofe se desencadenó en el momento preciso en que musitaba para su adentros estas últimas palabras acerca de los mensajeros de Dios! Como si éstos estuvieran poniendo en obra sus fantasiosos deseos, un horrísono retumbar de palmas alabanciosas se dejó oír en las alturas, sorprendiendo a Salomón, asustando a Salomón, haciendo caer a Salomón, quien, mientras se despeñaba, botando de roca en roca, como si fuera una pelota de goma, alcanzó, decepcionado, a entrever que no eran los ángeles los que lo aplaudían, sino la totalidad de los trabajadores del templo, que, con el sumo sacerdote y sus levitas a la cabeza,

intentaban de esta forma, entre zumbona y admirativa, premiar su tesón y darle ánimos.

Dolorido, quebrantado y rencoroso, Salomón tardó pocos segundos en incorporarse una vez que hubo dejado de rodar. Y ello no porque se encontrara con ánimos para proseguir con sus ejercicios gimnásticos —¡lejos de ello!—. La razón era que quería poner distancia entre él y uno de los levitas del Sumo Sacerdote que ya atrajera su atención, por el fanatismo obtuso que iluminaba sus ojos, en el instante que precedió a su primer, y más airoso, descenso del monte, y que ahora bajaba por la falda de éste, a toda velocidad, con el propósito inequívoco de darle alcance. Infatigable guardián de la Ley —y, por lo que se ve, también de la seguridad del reino—, aquel badulaque en perpetuo trance daba la sensación de creer que él era un espía de alguna potencia extranjera y de estar decidido a no perderlo de vista hasta comprobar si estaba en lo cierto.

«Con tal de que no me rebane el cuello antes de verificar lo bien fundado de su suposición…», rezongó Salomón, poniendo pies en polvorosa.

El rey corría y corría, subía, bajaba, siempre seguido por aquel energúmeno con un cuchillo en la boca, a través de los campos que rodeaban su capital. ¿Cuándo, cómo acabaría aquella interminable huida? De repente, tuvo una inspiración: deteniéndose, y después de mucho trastear con su albornoz en busca de su pene, que, a causa del miedo, estaba más chico que nunca, gritó a su perseguidor: «Soy judío, soy judío, y ésta es la prueba de ello» —agitaba como tal prueba su miembro circunciso—, antes de ver que el levita, arrancado demasiado bruscamente de su visión interior por la visión física del diminuto y regio sexo, perdía el sentido de la orientación y caía en un profundo pozo abandonado, y antes de perder él, de nuevo, los sentidos a causa del agotamiento con el cual el pánico a su perseguidor —hombre, sin duda, de pocas ideas, pero de certezas inconmovibles— no le permitiera hasta entonces tomar contacto.

Cuando despertó, varias horas más tarde, rodeado por

varios miembros de su guardia personal, que se habían personado en el lugar donde él yacía tras recibir aviso de un campesino que lo había reconocido, estaba privado de voz, con la ropa en jirones, sucio y maloliente, y, sobre todo, avergonzado. La vergüenza, sin embargo, se le pasó enseguida, en cuanto comprendió que sus hombres habían interpretado equivocadamente, en su provecho, la situación en que se encontraba.

«Ha tenido una visión», decían, mientras lo montaban a horcajadas sobre el lomo de una mula, sin prestar atención a los gritos desesperados del levita desde el fondo del mal señalizado pozo.

Extrajo Salomón de lo ocurrido la conclusión lógica: que el problema del exceso de peso era demasiado serio como para dejar su solución en manos de profanos —de esos profanos entre los que, indudablemente, él se contaba—. Y obró en consecuencia: hizo venir a su médico personal, y, después de confiarle sus cuitas, se puso en sus manos. No se crea, sin embargo, que llevó a cabo esto sin reticencias, pues, cuando el médico estuvo ante él, y como si lo viera por primera vez, advirtió que era un hombre extremadamente obeso, lo cual rebajó drásticamente la confianza con que hasta entonces lo beneficiara. «Es un problema de nada, Majestad», intentó tranquilizarlo el otro, sin realmente conseguirlo. Y se apresuró a fijarle una dieta rencorosa: Salomón sólo haría dos comidas al día y en cada una de ellas únicamente podría ingerir media docena de aceitunas («Bueno, que sean gordas», condescendió el físico) y una cebolla untada de aceite y sazonada con sal, aunque, eso sí, regadas con todos los vasos de agua que le apetecieran («Agua, agua», graznó el científico; «he dicho agua»).

Durante las primeras veinticuatro horas en que estuvo sometido a aquel régimen inhumano, el rey reprimió su hambre con verdadera elegancia, sin hacer trampas. Pero sus reservas de estoicismo, ¡ay!, no dieron para más: a todo lo largo de la mañana que siguió a la del día en que pusiera en manos ajenas el control de su estómago, se le vio vagar como un alma en pena, patética en su desconsuelo, por los

alrededores de las cocinas y de las despensas del palacio, sin que se atreviera a intentar un golpe de mano contra las mismas por miedo a encontrar resistencia por parte de su servidumbre —que, según se deducía de las miradas de recelo con que acogía sus súbitas y sorpresivas apariciones, debía de haber sido convenientemente aleccionada por aquel médico de tres al cuarto en quien veía ya a su peor enemigo— y perder así autoridad ante ella; corrió entre sus cortesanos el rumor de que, hacia el mediodía, había dado con sus huesos en el suelo al desfondar, debido a su excesivo peso, los cajones que había apilado para sustraer subrepticiamente un tarro de confite que alguien había escondido en una hornacina muy alta a fin de ahorrarle hasta la más pequeña de las tentaciones; por la tarde —y esto no era mera habladuría—, la cólera que su apetito insatisfecho había hecho nacer y crecer y adentrarse en la fortaleza sin fisuras de su alma disciplinada había acabado por vencer las resistencias de la misma y por desbordar, con un estallido tan aterrador como el que provoca el vapor de una cacerola al fuego al hacer saltar la tapadera que le impedía expandirse, como consecuencia de una risita fuera de lugar que tuvo su origen en el inquietante crujido que emitió el trono al dejar caer Salomón, de un golpe, toda su humanidad sobre el mismo, y que produjo un grave incidente diplomático que por poco degenera en una cruenta guerra entre el reino de Judá y el representado por aquel atolondrado embajador de risa fácil: al advertir el desahogo eutrapélico de éste, Salomón le mencionó a su madre con tan poca reverencia, y acompañando el nombre con un epíteto tan inapropiado a la indudable virtud de la misma, que el dolido y súbitamente enloquecido embajador abandonó el salón del trono haciendo ondular frenéticamente la pluma de pavo real que remataba su turbante y jurando en hebreo que su rey, el temible, sabría vengar cumplidamente tan inmotivado e injusto agravio —luego, por supuesto, como buen diplomático que era, se calmó, pero, aunque pidió disculpas al rey, en una larga y florida carta, por haberse dejado dominar por una susceptibilidad que ahora consideraba excesiva, el miedo a

que la morigeración emocional de que la carta daba muestra fuera fingida, privó del sueño, aquella noche, a buena parte de los cortesanos que presenciaron el incidente—; y por último, como siniestro colofón de aquella jornada con el sello de la gula insatisfecha, la doncella que había servido al rey su parva cena se presentó, desolada, ante el médico que con su dieta había causado tanta tensión en el entorno del monarca, y le informó, balbuceante, de que éste, cuando ella le alargó el plato con las aceitunas, la miró con ojos estrábicos y una sonrisa lunática que, habiéndole helado la sangre en las venas, le pareció a ella ligeramente inquietante, y que después de depositar ante él la cebolla con su sal y su aceite en un plato —caprichosamente decorado, eso sí, para compensarle del modo más inocuo posible por tanta austeridad—, Salomón, desdeñando el manjar, le echó mano al trasero y no, precisamente, con las que la joven hubiera considerado buenas intenciones («Parecía buscar la zona más tierna y carnosa para hincar en ella el diente»), lo que, oído por el médico, decidió a éste, tan apetitosamente grueso, a levantar la dieta a su regio paciente y a comunicárselo de inmediato en un billete que le hizo llegar acompañado con dos pollos en salsa y una hogaza de pan crujiente.

—A grandes males, grandes remedios, Alteza —dijo a Salomón, cuando éste, venciendo su resentimiento, condescendió a volver a recibirlo—. A pesar de que no me hace ninguna gracia asociar a otro la gloria de devolverte tu grácil perfil de antaño, voy a llevarte a un establecimiento, recién instalado a corta distancia de palacio, en el que se practica un innovador y nunca antes conocido sistema de adelgazamiento por vapor que, sin duda, dará excelentes resultados en un hombre de la espléndida constitución tuya. ¿Me autorizas a que pida hora a su dueño?

Le dio su aquiescencia el monarca, quien, no mucho después, se encontraba ya, luciendo su carnoso desnudo, en lo que resultó ser un antecedente arcaico de los baños turcos que tanto frecuentarían sus descendientes constantinopolitanos.

La habitación donde el ahora inseguro y, por ello, un poco

nervioso médico —los incidentes anteriormente narrados le provocaron un tic que no lo abandonaría jamás—, y el servil dueño del establecimiento de marras encerraron al rey no tenía ninguna ventana y carecía de todo mobiliario. Una antorcha encendida y fijada en la pared a gran altura del suelo la iluminaba. Había en ella un banco de piedra adosado a uno de los muros, sobre el cual desparramó Salomón sus regias posaderas, y un hogar donde se calentaban grandes piedras que un negro fornido, tan desnudo como el monarca, sacaba con ayuda de una barra de hierro y, tras haber derramado sobre ellas un gran cubo de agua, extraída de la cisterna que había en uno de los rincones de la estancia, desplazaba de nuevo hasta su lugar de origen. Espesas nubes de vapor tornaban dificultosa la respiración, el calor resultaba sofocante, y la visibilidad no era buena. A pesar de esto último, y de que la humedad y la calidez del ambiente invitaban al sueño, Salomón no dejaba de contemplar al descomunal negro. Y ello, no tanto porque era muy de admirar la fortaleza de éste —desplazaba las piedras, de aquí para allá, con una facilidad desconcertante, no obstante el gran peso de las mismas; sacaba sin esfuerzo aparente el agua de la cisterna a pesar de las desmedidas dimensiones del cubo con que lo hacía—, como porque estaba en posesión de un enorme y desproporcionado falo que, ocupado como estaba en su dura tarea, dejaba pendulear sin prestarle ninguna atención. Largo, grueso, musculado, más propio de un onagro que de un hombre, aquel miembro envidiable fascinaba a Salomón, atento al menor de sus cambios —había observado que se retraía un poco cuando el hombre se acercaba al fuego, para crecer de nuevo apenas se alejaba de él— y al más pequeño de sus movimientos —aparte de oscilar de adelante atrás, de izquierda a derecha, a veces experimentaba ligeros sobresaltos que le hacían alzar la cabeza, el rojo y terso glande—. Y hasta tal punto estaba pendiente de ellos, y del juego de los músculos de su dueño, y de la totalidad de la anatomía de éste, que no percibió la transformación que se estaba operando en su propio pene hasta que dicha transformación se hizo tan manifiesta que despertó la

curiosidad del negro que la provocara: había entrado en total erección y, por más que Salomón se esforzó en hacerle recuperar una flaccidez honesta —por miedo a que el otro le atribuyera una significación infamante—, no consiguió su propósito.

—Sobre las piedras, no; échame ese cubo de agua, bien helada, por encima, pues no soporto más el calor —se decidió, por último, a pedir al sorprendido negro, quien puso tanta energía y presteza en hacer lo que le pedía, que Salomón, aún no preparado para hacer frente al impacto del agua, fue arrastrado al suelo por ésta.

—¿Me perdonará mi señor? —balbuceó el negro, lleno de pavor, mientras ayudaba a reincorporarse al monarca—. Nunca me perdonaré no haber medido mejor mis fuerzas.

—Está bien. No ha sido nada. Pero apártate —le ordenó Salomón, turbado por la proximidad de aquel miembro portentoso—. Vuelve a tu trabajo, y hazlo con el menor ruido posible, que yo tengo que concentrarme para pensar en asuntos graves que atañen a la gobernabilidad última de mi reino.

Y, temblando, con una apariencia tan desvalida como la del pollo al que la tormenta sorprende lejos de su granja, en descampado, se sentó en el banco y adoptó el aire de quien se entrega a la más honda de las meditaciones, a la más audaz de las aventuras del pensamiento.

¿En qué pensaba Salomón? ¿Qué era lo que lo impulsaba a entregarse a una actividad tan ajena a sus gustos y a sus hábitos? Pensaba en el asombroso miembro del negro, y lo hacía impulsado por el desconcierto que le causaba no poder apartar la vista de él —mientras meditaba, lo miraba a hurtadillas, con vergüenza tan invencible como su fascinación por su desmesura—. «¿Es su carácter monstruoso, que hasta tal punto contrasta con el carácter insignificante del mío, lo que, alimentando mi congénita curiosidad, me hace seguir sus movimientos con mirada ávida?», se decía. «¿O es que, sin plena conciencia de ello, quiero calzármelo en el recto, acariciarlo con lengua lasciva y con manos ansiosas —lo que significaría, ¡Dios no lo quiera!, que me cuento entre quienes

se contonean al andar empujados por la hembra que llevan dentro y aflautan su voz para fingir una delicadeza postiza—? Pero no, pero no, lo que me pasa es que soy víctima de un espejismo: ese pene anómalo no existe; o, si existe, no tiene las dimensiones que aparenta. Y también es un espejismo el fantasma afeminado que ha surgido en mi imaginación y con el que me niego a identificarme. Si miro al negro es porque es bello. Admiración y deseo son cosas muy distintas. Y, así, no aparto la vista del miembro asombroso porque quiero asegurarme de si es o no una provocadora mentira, y vigilo de reojo el cuerpo del que pende, el cuerpo que lo sustenta, porque es inequívocamente hermoso y constituiría una prueba de que no estoy muy seguro de mi identidad sexual el que no lo observara por miedo a caer presa de sus encantos. ¿O no? Por otra parte, ¿es que una experiencia mínima y pasajera como ésta —que el negro y su odioso rabo se me hayan convertido en una obsesión— va a tener más peso que la experiencia continuada de mi vida hasta el momento en que, para mi mala fortuna, crucé el umbral de esta casa donde el vapor me ahoga —la experiencia de que reacciono ante las mujeres con la prontitud gozosa de que da muestras el león cuando se topa con una apetitosa presa—? ¡Ah, maldito negro, maldito dueño el suyo y maldito médico el mío, que me han arrastrado hacia donde yo no quería, que me han hecho caer en la tentación de poner en duda el valor del máximo regalo con que mi madre quiso materializar su inmenso amor por mí: la afirmación de que no hay hombre como yo, tan querible por las hembras y digno de disputarle y de arrebatarle a su padre la más preciada de las joyas de su corona; o sea, su esposa y reina! Esto, por supuesto, no quiere decir que yo deba arrancarme los ojos como reo del delito de incesto, pues no lo soy, ni física ni imaginativamente —mi madre me inspira, más bien, un poco de asco; un asco que intento controlar por miedo a que, de crecer, se extienda a todos los seres de su mismo sexo—, de donde se deduce que tampoco debo arrancármelos porque, sofocado por el calor y la humedad, con la vista turbia a causa de las humaredas que ese cargante negro provoca al manipular el fuego, el agua y

las piedras, aburrido como consecuencia de mi larga permanencia en esta habitación desnuda, haya tenido la debilidad de prestar a ese pene sospechoso una atención que no se merecía. En efecto, ¿por ventura no sé que las mujeres consideran con indiferencia el largo y el grosor de los penes a los que dan cobijo en sus sexos? Tania, la cortesana babilónica, me lo explicó muy claramente hace ya de esto más de veinte años: que el placer de la hembra no depende del tamaño del instrumento, sino de la habilidad con que se sirve de él quien lo maneja; es decir, el obrero, si entiendo bien su símil. Yo le manifesté mi incredulidad al respecto, escocido como estaba todavía por el modo como había echado hacia atrás la cabeza, con sorpresa, al mostrarle yo por vez primera mi arrugado apéndice —indudablemente, lo encontró más pequeño de lo que temía—, y ella, entonces, para probarme que el incremento de goce proporcionado por una verga de gran envergadura —en los raros casos en que los proporciona— es meramente psicológico, y por lo tanto de escasa entidad, me invitó a que, cuando volviera a visitarla, lo hiciera acompañado por un amigo mejor dotado que yo: fornicarían juntos, ante mis ojos, y ya comprobarían éstos, y mis oídos, cómo ella no se agitaba más bajo él, ni exteriorizaba con mayores gritos su gozo, de lo que se había agitado y había berreado conmigo. Y así fue: aunque ella brincaba como una posesa bajo el empuje del excesivo miembro de mi compañero, y ponía los ojos en blanco y tragaba aire como si se ahogara cuando él le golpeaba el afeitado sexo con sus también excesivos y peludos testículos, no por ello dejó un instante de proclamar a voces la indubitable verdad de que era sólo psicológico, ¡psicológico!, el placer que la desmondongaba».

—Majestad, ¿eres tú? Esta piltrafa descarnada que yace a mis pies, ¿es realmente mi señor, mi rey y mi guía?, —oyó Salomón que una voz preguntaba.

Abrió los ojos el monarca y se supo extendido boca arriba sobre el duro suelo. Distraído en la contemplación del negro, ¿habría dejado pasar la hora de salir de aquel homo y el exceso de calor y la humedad ambiente le habrían producido

un desvanecimiento? Supuso que sí, pero no se molestó en confirmarlo.

—¿Tan delgado he quedado que ya no me reconoces, mi buen médico? —fue lo que preguntó, en cambio.

—Debes de haber perdido no menos de veinte kilos.

—¿Y los recuperaré?

—Por supuesto que no —sentenció el otro.

Y esta serena confianza no abandonó al afamado galeno hasta que, dos horas después, Salomón, para celebrar su triunfo sobre los rodetes que habían afeado su en otros tiempos —y ahora ya de nuevo— esbelta figura, se abandonó al vértigo de un banquete que, planeado originariamente para diez personas, lo tuvo a él como comensal único e insaciable.

Después de desterrar a su médico bajo la acusación de no haber previsto que la brutal pérdida de peso tenía que provocar el surgimiento de un apetito monstruoso e indomeñable, y el triunfo de éste, poner en entredicho, a ojos de todos, el prestigio de su soberana voluntad, Salomón renunció a seguir combatiendo su excesivo peso —la perpetua cópula con la reina de Saba, durante toda una semana, en la que se demoraba su fantasía, tenía necesariamente que acabar con sus excedentes de grasa—. No renunció, en cambio, a un sueño que lo perseguía desde la noche en que se consumó su vergüenza: darles una lección, armas en manos y como quien no quiere la cosa, a aquellos que lo habían agraviado, al capitán de su guardia —para éste reservaba un mandoble con el dorso de su sable de cuyo secreto se consideraba el único posesor— y a sus rijosos subordinados. Se preparó, así, en secreto y sólo mentalmente, para la prueba que, por propio deseo, le esperaba, y una mañana, cuando el sol estaba ya muy alto, irrumpió, armado hasta los dientes, acaparazonado de hierro, en el patio donde sus supuestas futuras víctimas se ejercitaban con el sable, con el arco y las flechas y con las puntiagudas lanzas, y, dando un gran grito y sin dignarse declinar su nombre —no hacía falta, por otra parte, que lo hiciera: no había guerrero tan grueso como él en todo su reino—, los invitó a atacarlo —no de uno en uno, sino en bloque—, lo que, pasado un primer momento

de perplejidad, los otros se apresuraron a poner en obra: como un relámpago, cayeron sobre él, proyectándolo con sus gruesas lanzas contra el más cercano muro, incrustándolo en el mismo, abollando de mala manera su escudo, y no dejando de presionar sobre el mismo hasta que un pataleo del monarca les indicó que, de seguir así, aplastado entre el muro y el escudo, no tardaría en pasar a mejor vida.

A Salomón, este fracaso, curiosamente, le levantó los ánimos. «De uno en uno, los hubiera vencido a todos», se dijo. «Si ellos me atacaron conjuntamente no fue porque yo les pedí que así lo hicieran, sino porque sabían que sólo de este modo, unidos en un más cobarde que prudente u obediente revoltijo de muchos brazos y otras tantas armas, podían vencerme». Y, dando por resuelta y conclusa esta cuestión, consagró los días que lo separaban de aquel en el cual saldría al encuentro de Balkis —a fuerza de pensar en ella, había acabado por considerarla una especie de amiga de niñez, y la trataba, en sus repetitivas fantasías, con una familiaridad y un desparpajo quizás excesivos— a mentalizarse para la conquista de aquella fortaleza prestigiosa —aunque señoreaba un país cuyos habitantes eran de color modesto, no por ello dejaba de ser una reina— que enriquecería de modo decisivo su carrera de seductor.

Y, al fin, llegó el gran día de la partida. Salomón lo había declarado feriado y, así, un ocioso gentío tumultuoso llenaba las calles de Jerusalem cuando él salió de su palacio a la explanada que había ante el mismo. Piafaba, inquieto, su caballo blanco favorito, caprichosa y bellamente enjaezado, y una multitud de mujeres y niños entonaban lánguidamente cantos en alabanza del rey.

—¿Quiénes son esos pequeños tenores que con sus voces desafinadas asustan a mi noble cabalgadura y hacen germinar en mi ánimo la semilla de la ira? —preguntó el monarca al jefe de los eunucos, con quien, se había reconciliado, pero sólo interiormente, al caer en la cuenta de que, en el fondo, no había por qué castigarlo, ya que bastante castigo tenía con ser como era.

—Tus hijos (o, por lo menos, algunos de ellos), mi

respetado señor. Aunque, dada tu juventud, su edad y su número, nadie lo diría.

Al oír esto, Salomón lo miró con suspicacia, pero no pudo encontrar ni rastro de sorna en los ojos del taimado castrado.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Tanto, como de la honra de tus intachables esposas.

Tomó el rey a escudriñar su semblante, con ojos aún más desconfiados, y su naciente inquietud creció al añadir el otro:

—¿No ves que todos ellos se te parecen?

—Pero si los hay de todas las gradaciones del negro y del amarillo, y predominan en sus caras las narices pequeñas, mientras que yo las tengo grandes y soy de tez lechosa.

—Pues yo les encuentro un indiscutible aire de familia, y, si me esfuerzo, un cierto parecido contigo. Todos ellos tienen cabeza gorda y brazos cortos, y guiñan los ojos cuando el sol, como ahora, se los lastima…

—¿Te estás burlando de mí, viejo camello de nalgas abiertas?

—Sólo pretendo ayudar a mi señor a sobrellevar, y si es posible a superar, sus infundadas dudas. ¿Piensas, acaso, que hay más niños que madres, y más madres que cópulas recuerdas? Pues si es así, confórtate pensando que los partos múltiples existen, que esas mujeres que los acompañan no son sus madres (como bien deberías saber), sino sus criadas y nodrizas, y que no debes avergonzarte de no haberte dado cuenta de ello porque son tantas las mujeres que a lo largo de tu corta pero intensa vida te pasaste por el arco de tus musculosas piernas, que es prácticamente imposible que puedas recordarlas a todas.

—Bien, bien: te creo. Y para premiar tu voluntad de sostenerme en los más duros trances, de alejar de mí lo que llamas mis infundadas dudas (dudas de las que eres tú, y no yo, quien habla), ahora mismo voy a concederte un preciado don, un don inestimable: el de permitir que me acompañes y seas testigo de mi histórico encuentro con Bailas, la delicada y, según dicen, autoritaria reina de Saba.

—Mi respetado, reverenciado y amado señor, agradezco tu generosidad, pero te ruego que me eximas del ejercicio de

su disfrute: no podré soportar el calor, el incansable traqueteo del camello, el azote del viento sobre mis carnes tiernas.

—¡Vaya si lo soportarás! —Y ya con voz menos rencorosa —: Anda, apresúrate, haz que te preparen un fardo con lo más imprescindible para poder pasar con decoro unos días fuera de casa y no te olvides de incluir en él tus afeites, tus pomadas y tus abominables perfumes. ¿No me has oído? Vuelve enseguida. Y, ahora, ¡marcha!

Se fue, mohíno, el eunuco, y con tanta precipitación, que a poco derriba al gran chambelán de la corte, un hombre alto, moralmente adusto, que descendía pausada y majestuosamente las escalinatas de acceso al palacio, con una sonrisa complacida al ver cómo los habitantes de Jerusalem afluían sin interrupción a la explanada, congregándose tras las prietas filas de los niños y de las mujeres que incordiaban con empeño digno de mejor causa a la musa de la música y el canto.

—¿Qué le pasa a ése? —gruñó, despreciativo, cuando estuvo a la altura del rey.

—Que lo ha enloquecido de entusiasmo la noticia de que podrá acompañarme a recibir a la reina de Saba.

Reverberaba el sol sobre las piedras doradas de Jerusalem, arrancaba destellos cegadores de los cascos de los soldados que, escoltando a una hilera de ancianos macilentos, cubiertos de harapos y con grilletes y cadenas en tobillos y muñecas, estaban abriéndose paso ahora entre la muchedumbre agolpada ante el palacio.

—¿Y quiénes son esos despojos humanos —tornó a preguntar el chambelán— que con tanta desgana acuden a despedirte?

—Son prisioneros, heredados de mi padre, que desde hace muchos años viven a mi costa en cómodas mazmorras subterráneas. Y no vienen a despedirme, sino a seguirme: quiero que vengan con nosotros y canten ante Balkis mis proezas guerreras.

—¿Qué proezas? Tú eres un rey pacífico, no has participado en ninguna guerra. Como Balkis sabe esto, su

sentido de la justicia y del decoro se vería agredido si te presentaras ante ella aparentando ser otro, y no mejor, que el rey al cual ella aguarda. Yo te aconsejo, pues, que liberes a esos desgraciados (los cuales, sea ésta la que sea, ya tienen que haber purgado su culpa), y te presentes ante Balkis no adornado ridículamente con plumas ajenas, sino con un regalo de valor insuperable entre las manos: el perdón a esos hombres concedido en homenaje a ella.

—Bueno, bien. Después de todo, esos hombres iban a ser para nosotros una carga, una rémora que nos impediría llegar a nuestro destino en la fecha fijada. Pero espero que no me prives, con tus oportunos aunque irritantes consejos, del placer de viajar con esos dos contingentes de hermosas muchachas que acaban de aparecer en la explanada.

—Son bellas, pero ¿para qué las quieres? O más concretamente: ¿para qué quieres tantas?

—¡Ah! No las llevo con la finalidad que tú, por una vez malicioso, sospechas. Las de la derecha, vestidas de blanco, recitarán ante la reina, con el menor pretexto, el vasto catálogo de las virtudes amorosas que me adornan; las otras, con túnicas azules, se limitarán a bailar, amenizando con arte las horas de reposo que Balkis tenga a bien concederme.

—El Santo, bendito sea, te perdone (que yo no puedo). ¿Pretendes acaso seducir a una dama haciendo gala de anteriores conquistas? ¿Crees que será tan tonta como para sentirse espoleada al amor por la fatua relación del nombre de aquellas mujeres que te entregaron su corazón y su sexo para sólo conseguir que tú las emplees ahora como señuelo con el cual engañar a otra que vendrá a engrosar tan utilitaria lista? No, no y no. Yo te desaconsejo tajantemente que hagas tal cosa.

—¿Podré llevarme, al menos, a mis bailarinas?

—Aunque desde la perspectiva de mi gusto personal (al que tú tachas de excesivamente carcunda y retardatario) esas encantadoras chicas resultan más risibles que sugestivas en cuanto levantan la pierna para ajustarse a la coreografía que tú mismo estableciste para sus danzas, estimo que su presencia allí donde vamos no puede causarte daño.

Llévatelas, pues, y que, si se les presenta la oportunidad de bailar, Dios te proteja.

Un clamor de la multitud acogió la entrada en la explanada de una docena de esclavos que transportaban a duras penas jaulas monumentales de madera llenas de blancas palomas.

—Soltaré una de esas palomas cada vez que Balkis y yo consumemos un acto amoroso a fin de que mi séquito y el suyo tengan noticia de mis proezas carnales —informó el rey, mientras caminaba con prosopopeya hacia su blanco corcel, al chambelán, que lo seguía—. Llevo tantas —se apresuró a puntualizar, para salir al paso de la reticencia que había visto apuntar en el rostro de su acompañante— por miedo a que alguna se insole durante el largo y caluroso trayecto que nos aguarda.

Y, con objeto de no dar tiempo al otro para desaconsejarle un acto de exhibicionismo tan grosero, apresuró el paso, y, llegado a presencia de su piafante caballo, que manoteaba nerviosamente a causa del estruendo circundante, intentó brincar graciosamente a su lomo, sin conseguir, a causa de lo complicado del corte de su túnica de púrpura y el peso de las joyas que lo revestían, sino dar la impresión a quienes lo observaban de haber sido presa de un súbito ataque de hipo y hacer que el caballo, asustado, se alzara de patas.

# II

Al atardecer del día que siguió al de la partida de Jerusalem, los exploradores enviados por delante de la comitiva regia atisbaron el campamento de la reina de Saba en las proximidades del extremo sur del Mar de la Sal, y regresaron de inmediato para dar cuenta a Salomón de la buena nueva. Se congratuló convenientemente el rey al oírlos y, como la curiosidad lo acuciara, dio orden de acelerar el paso del cortejo. Un revuelo, una polvareda y muchos gritos que con un poco de buena voluntad cabía calificar de jubilosos acogieron la orden, pero la verdad es que la velocidad de la enorme caravana no se modificó apreciablemente por ello, lo que resulta comprensible dado que tanto los camellos, como los caballos, como los hombres y, en especial, como las mujeres, estaban fatigados, desmineralizados y deshidratados debido a las casi treinta y seis horas que llevaban de caminar sin tregua, bajo un sol de justicia y una luna propiciadora de catarros y constipaciones, por tierras semidesérticas y, últimamente, en la vecindad sobrecogedora de las espectrales aguas negras que cubrieran siglos atrás las ciudades malditas de Sodoma y Gomorra. En consecuencia, era ya noche cerrada cuando el rey consiguió ver, con aquellos ojos suyos que, con sospechosa unanimidad, todos los habitantes de su reino, hasta los invidentes, tenían por hermosos, lo que los ojos mucho menos fascinantes de sus exploradores habían visto dos horas antes: no menos de veinte grandes tiendas de cuero alineadas en cuatro filas que configuraban un rectángulo, ante el cual se alzaba, más alta y adornada con tremolantes gallardetes, la de seda donde Balkis lo aguardaba.

—¡Música, música! —rugió el monarca.

Y, cansinamente, su orden fue obedecida: se alzó un clamor de trompetas vacilantes, de tambores desganados y de

sistros un sí es no es afeminados, que, sembrando el terror en las adormiladas gentes de Saba, las hizo salir precipitadamente de sus tiendas y desorbitar recelosamente los ojos ante aquel cortejo, mitad circo en desplazamiento y mitad avanzadilla de las fuerzas del infierno, que con tan innecesario —y por ello, incomprensible e inquietante— pandemónium se les aproximaba.

—¡Alto! —tornó a rugir Salomón al ver que alguien que, a la distancia aún grande que lo separaba de ella, parecía ser la reina, pues era delicada y segura a la vez, e iba escoltada por numerosos soldados, acababa de hacer irrupción fuera de la majestuosa y codiciable tienda de seda—. ¡Alto he dicho! —añadió sin que nadie lo oyera, pues sus anteriores gritos lo habían enronquecido. Y, de seguido, a su chambelán que cabalgaba rodilla contra rodilla junto a él—: Ayúdame a desmontar (¡no, así no: sin que se note!), que quiero impresionarla con la majestuosidad de mi descenso y no me fío de la firmeza de mis rodillas.

¡Ah, como los hechos probaron de inmediato, no era vana esta desconfianza! Pues sucedió que, a pesar del apoyo recibido de su chambelán —quien, para camuflarlo, tuvo que entregarse a toda una serie de contorsiones extrañas—, el rey se vino al suelo en cuanto pisó éste, lo que todos advirtieron no obstante su intento de apartar la atención de lo ocurrido mediante dos o tres extravagantes zapatetas.

—¿Se ha reído de mí, se ha reído de mí?

—¿Quién, Majestad?

—Ella, Balkis. ¿Quién va a ser?

—Yo juraría que no.

—Y yo, que sí.

—Bueno, es posible.

—No, no. Convénceme de que no. Si se hubiera reído, tendría que descabezarla.

Este diálogo, que Salomón y el chambelán habían mantenido en voz baja mientras caminaban hacia Balkis, se interrumpió bruscamente aquí, al advertir el rey que ella no había dado un solo paso en su dirección. Y, con el diálogo, también se interrumpió la grata —para las entumecidas

piernas de ambos— paseata.

—¿Qué pasa ahora, señor? —preguntó, bisbiseante, el chambelán, con los ojos fijos en el descompuesto rostro de su regio compañero.

—Que yo no acepto que una niña, que encima de hembra es negra (meras comprobaciones objetivas ambas que en mis labios, como bien convendrás, no tienen connotación alguna ni de machismo ni de racismo), me toque la recia cojonadura al insinuar, con su inmovilismo, que soy yo quien, de los dos, debe rendir pleitesía al otro.

Siguió un silencio violento —todos, no sólo ellos, callaban — que rompió Balkis con voz semejante a un pájaro de plata:

—¿Estás cansado, señor? ¿No te quedan fuerzas para llegar a mí? ¿Es que las mujeres no te atraen tanto como se dice? ¿O es que pones tu condición de rey por encima de tu condición de hombre, como haría un advenedizo no muy seguro del poder de seducción de su mirada?

Se sonrió, infautado, Salomón.

—¿No ves? —susurró al oído del chambelán—. Ya sucumbió a mis encantos. —Añadiendo en voz alta, sin solución de continuidad, a la intención de Balkis—: Si me detuve, señora, fue porque quedé deslumbrado por tu hermosura esplendorosa.

Dijo, y, pisándose el reborde de la túnica al adelantar impetuosamente un pie en dirección a su gentil interlocutora, se entregó a una escalada de trompicones que sólo acabó cuando cayó, sin buscarlo, de rodillas ante la reina.

—Bien está la admiración y el respeto, pero no hay que pasarse en las manifestaciones de reverencia —mascullό Balkis, echándose prudentemente hacia atrás, mientras los miembros de las dos comitivas lanzaban al aire un unánime y retumbante grito en loor de los dos monarcas con el propósito de neutralizar la risa histérica que un instante antes, al ver a Salomón trastabilleando con garbo y falta de control en las piernas en dirección a la sobresaltada Balkis, amenazara con dominarlos.

Aupado inmediatamente por seis o siete muchachas, todas ellas de color, surgidas de detrás de Balkis, Salomón, todavía

alterado por su traspiés, pudo, por fin, contemplar de cerca a la reina de Saba. Que era mucho más bella de lo que esperaba, mucho más fascinante de lo que soñara a partir de su leyenda: de piel muy negra, con infantiles y grandes ojos verdes y el largo cabello muy rizoso, tenía manos y pies largos y delicados, caderas anchas y cintura estrecha, y una elegancia inequívocamente femenina hecha a partes iguales de seguridad en sí y de ignorancia de sí, de gravedad camal y de ligereza espiritual en absoluto equilibrio. Las primeras palabras, sin embargo, que le dirigió el rey no fueron palabras de admiración, tal vez porque, considerando que había perdido un punto en la partida que entre los dos acababa de establecerse, quería compensarlo psicológicamente, descolocándola.

—Eres más oscura de lo que yo suponía —dijo, con una sonrisa mala.

A lo que ella replicó, con voz que sonó irónicamente maternal:

—No deberías estar fuera de tu casa tan tarde, aunque, como ahora, haya luna llena, pues, al parecer, de noche no ves bien, y por eso tropiezas.

Sonrieron las muchachas que la acompañaban, al oír esto, y ello a punto estuvo de abocar al rey al desahogo de un exabrupto: si se contuvo fue, tan sólo, porque se encontraba demasiado cerca, para su gusto, de los fornidos guerreros inmóviles que protegían a la reina y porque no sabía si éstos considerarían como una agresión verbal lo que para él únicamente hubiera sido una réplica ingeniosa, ni si estarían adiestrados para responder con picas y sables, sañudamente, sin respeto por las jerarquías, a la misma.

Se limitó, en consecuencia, a seguir sonriendo, sin conseguir evitar que su sonrisa fuera adquiriendo un aire forzado e incongruente —como si fuera un cadáver, y no él, quien sonriera—.

Brotaron, entonces, rosas rojas en la noche —antorchas portadas por los servidores de la reina—, y Balkis, a quien su respeto de siempre por la necesidad de respetarse a sí misma de cualquier ser humano la movía ahora a tratar de borrar

aquel rictus mecánico con el cual el hombre plantado ante ella exteriorizaba indebidamente que se sentía dividido entre la necesidad de asumir su derrota y la voluntad de afirmar su dignidad frente a la misma, quiso hacerle ver que, para ella, su pretendida derrota no era tal, y que, por lo tanto, ya no tenía por qué seguir esforzándose para salvaguardar su dignidad, y, para ello, dijo:

—Me gustaría ser tu amiga. Así que ven: entra en mi tienda. Hablaremos en ella, cómodamente sentados, mientras tus hombres montan la tuya. ¿Te parece bien?

Él asintió, recuperando instantáneamente la flexibilidad de su sonrisa y la alegría de su mirada, y ya iba a seguirla, cuando un molesto incidente le hizo desandar el camino recorrido interiormente hacia ella, y recuperar su viciada posición de siempre frente a la mujer, cualesquiera que ésta fuera: la del ave de presa frente a su futura víctima.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Balkis después de ver cómo Salomón había derribado de una patada al enano que corriera hacia él, procedente de las filas de su séquito, para ofrecerle una copa de oro llena a rebosar de una bebida extrañamente jaspeada y maloliente.

Él no contestó. Rabioso por haber perdido el control de sí o rabioso contra el enano por haberle recordado cuál era el papel que de ordinario asumía ante las mujeres, tardó en recuperar el uso de la palabra, y cuando por fin consiguió hablar, lo que dijo levantó una barrera entre él y la reina.

—En cuanto hombre, y en cuanto soberano de estas tierras, es a mí a quien corresponde recibirte en mi tienda. Entrar antes en la tuya me disminuiría a ojos de mis hombres y a los propios ojos tuyos. ¿Es eso, dime, lo que con tu invitación pretendías?

Ella desdeñó contestar a esta pregunta acusatoria.

—Hay que estar muy poco seguro de sí para preocuparse por una tan fútil cuestión de protocolo —se contentó con decir—. La virilidad y la autoridad se afirman de otra manera.

Y, en diciendo esto, y sin volverse, entró en su tienda.

Pasaron cinco, diez minutos como máximo, durante los

cuales un silencio preñado de violencia se abatió de nuevo sobre los séquitos del rey y de la reina. Y, como quiera que Salomón, sin saber qué hacer, empezara a sentirse en ridículo, alzó la voz, para llamar a su chambelán, y tras ordenarle que se encargara de dirigir el montaje del campamento judío, se dirigió, con paso muy seguro, a la entrada de la tienda de la reina.

—¿Puedo pasar? —musitó con voz escasa, que nadie oyó—. ¿Puedo pasar? —repitió (ahora, casi gritando).

Sin aparente intervención de nadie, se abrió de par en par la entrada de la tienda.

Fascinado de siempre por la parafernalia de lo femenino, Salomón se sintió renacer en cuanto sus pies se posaron en el interior de la inmensa *haima*: todo en ella era lujo, calma y voluptuosidad; todo en ella se ajustaba a un orden orgánico, por así decir, muy distinto del mecánico y geométrico mediante el cual se afirma la singularidad masculina. La tienda, de cuero bajo su revestimiento exterior de seda, no era visible en toda su extensión por estar dividida en multitud de espacios distintos mediante cortinas de brocado y tupidos o translúcidos velos que, pendientes de argollas, podían ser desplazados sobre las barras de bronce que sustentaban a éstas, abocando la superficie total del recinto a las más variadas transformaciones y constituyendo así un laberinto hecho no para perderse sino para encontrarse, para guiar en todo momento hacia su, de otra forma, ilocalizable centro.

—Que es donde se encontrará Balkis —susurró Salomón, dando unos pasos y deteniéndose luego para admirar de lejos el gran farol de cristales multicolores, con varios hachones encendidos dentro y pendiente de un grueso cordón negro, que se alzaba por encima de las barras y las cortinas, sobre el lugar exacto donde la reina (estaba seguro) lo esperaba.

—¿Te gusta? —oyó que ésta le preguntaba desde un punto situado a sus espaldas.

Y ya iba a volverse, cuando las cortinas se pusieron en movimiento, acotando una estancia en la que había dos grandes sillones enfrentados, un pebetero del que brotaban a

intervalos ligeras humaredas perfumadas y una muchacha muy negra, cubierta por una túnica muy blanca, que se arrodilló al ver que Balkis, surgiendo de detrás de Salomón, se dirigía hacia uno de los sillones y tomaba asiento en él.

Sonrió Balkis ante la metamorfosis que acababa de operarse en el rey: como si la presencia de dos mujeres ante él sólo pudiera dar como resultado una lucha entre ambas para disputárselo, y como si dicha lucha fuera la más alta posibilidad a su alcance de afirmar esa condición de seductor absoluto en la cual veía la única justificación de su existencia, Salomón, inflado, galleaba, se iba en guiños picarescos a la muchacha vestida de blanco, buscando el modo, con una sonrisa en la que el más infantil gusto de sí disputaba la primacía a una maníaca voluntad de seducción, de enfrentar a las dos mujeres, de azuzar a una contra la otra, de hacer que se enzarzaran en una pelea escasamente decorosa que tuviera como premio para la ganadora su alma enigmática y su cuerpo asombroso.

—Vas a ahogarte si sigues sacando el pecho y metiendo el estómago de manera tan crispada —le advirtió la reina—. Si guiñas ese ojo una sola vez más, te va a quedar en él un tic del que ningún médico conseguirá librarte. ¿No te das cuenta de que con tu sonrisa das dos mensajes contradictorios y que ello hace que inspire más miedo que amor o alegría? Anda, relájate y siéntate; descansa. Ya no tienes por qué seguir esforzándote, ya has seducido a la muchacha. ¿No es verdad, Yanka?

La aludida contestó con una risita ambigua que tuvo la incomprensible virtud de complacer a Salomón, quien, arrellenándose en el sillón que le correspondía, recuperó como por arte de magia su insignificante apariencia habitual: era un hombre gordo, no malintencionado pero vacuo, por completo ignorante de sus virtualidades mejores.

—Y ahora —preguntó—, ¿qué hacemos?

—A mí, lo que me apetece en este momento es beber. ¿Quieres tú acompañarme? —Y como él asintiera desganadamente, añadió—: Yanka, trae dos copas con la bebida que especié hace un rato.

Salió la muchacha, con paso sorprendentemente premioso.

—¿Estamos los tres solos? —inquirió Salomón, entonces, de un modo que dejaba entender que no daba importancia a su pregunta, ni, prácticamente, le interesaba la respuesta.

Le contestó un coro asordinado de risas femeninas procedente de una zona de la tienda que no pudo localizar. Pero esto último no le afectó en lo más mínimo: creciéndose al saber que otras mujeres lo contemplaban ocultas entre los cortinajes, se entregó a un curioso juego, aparentemente inocente, cuya intencionalidad maliciosa Balkis —como probó su reacción ante el mismo— indudablemente conocía.

Ocurrió que Salomón, como quien no quiere la cosa, haciéndose el distraído, comenzó a desplazar su sillón. Milimétricamente al principio, a saltos después —el rey, fingiendo admirar el techo de la tienda y silboteando descortésmente, aferraba de pronto con las manos los brazos de su asiento y brincaba, visto y no visto, llevándoselo consigo—, el sillón iba cambiando de posición, alejándose de su pareja, donde se encontraba Balkis, que a duras penas conseguía sofocar una sonrisa, mientras se oía un furioso correr y descorrer dé cortinas.

Este ruido acabó por inquietar a Salomón, quien, deteniéndose bruscamente, preguntó a su anfitriona a qué se debía.

—Previendo que ibas a hacer lo que estás haciendo (es decir, intentar situarte en un punto desde donde pudieras marcar tu pretendida preeminencia sobre mí) —dijo la reina —, ordené a mis esclavas que fueran moviendo las cortinas, en función de tus desplazamientos, de manera que siempre hubiera la misma distancia entre nuestros dos sillones, y entre cada uno de éstos y los muros de tela que delimitan el espacio donde nos encontramos.

—¡Ah! Muy interesante —murmuró Salomón. Y se apresuró a coger entre sus manos la copa que Yanka, ahora ante él, le ofrecía—. ¿No será muy fuerte esta bebida para ti? —agregó después, mirando con suspicacia el bebedizo ambarino que oscilaba dentro de la copa al impulso del ligero temblor de su mano.

La contestación de Balkis fue echarse al coleto su bebida sin concederse una pausa para respirar.

—¡Espléndido! —se entusiasmó el rey. Y, alzando su copa en un brindis a la reina (levantó el brazo tan violentamente, que parte del líquido ambarino salpicó a Balkis), se echó a la boca un gran trago que de inmediato salió, espurreado, de ésta.

—¿Qué haces? —protestó Balkis, limpiándose, semiincorporada por el sobresalto sufrido, la manchada cara.

—¡Esto es fuego, esto es fuego! —se quejaba el rey, en un vano esfuerzo por excusarse del ridículo en que había incurrido ante un tribunal inexistente.

—Se te ha puesto muy mala cara —se inquietó la reina, acercándosele—. ¿Te habrá sentado mal la bebida, lo poco que de ella te llegara al estómago? ¡Oh, qué color tan espantoso tienes! ¿Padeces del hígado? ¿No? Entonces, ¿por qué estás tan amarillento por aquí, y tan verdoso por allá? Yanka, trae una vela. Con las luces de colores de ese farol, una siempre corre el riesgo de creerse daltónica.

Volvió Yanka con la vela, que Balkis le arrebató para acercarla a la cara del monarca.

—¡Pero si son afeites! —dijo—. ¿Cómo se te ha ocurrido maquillarte sabiendo que ibas a hacer un largo viaje y que el sudor daría al traste con tus esfuerzos embellecedores?

—Los afeites eran de buena calidad, no creas.

—Mira, déjate de tonterías. Tienes que quitarte de encima ese colorete descompuesto y ese mal olor. ¡Un baño! —gritó —. ¡Un baño para su Alteza!

Hubo de nuevo un correrse y descorrerse de cortinas.

—¿Adónde vas? —se alarmó Salomón—. ¿Adónde me llevas?

Habían llegado ante un gran baño de piedra tallada alrededor del cual se atareaban, echando agua caliente y apilando toallas, media docena de oscuras muchachas.

—Ya está preparado —dijo una de ellas.

Pero no hizo, ni sus compañeras tampoco, movimiento alguno que delatara intención de marcharse: semidesnudas antes, procedían ahora a acabar de desvestirse, como si

fueran a ser ellas las beneficiarías de los efectos relajantes del agua tibia con que habían llenado la bañera.

—No, no —explicó Balkis—, mis esclavas no te van a quitar lo que es tuyo. Están aquí para lavarte y masajearte.

—Pero a mí me da vergüenza desnudarme ante ellas y ante ti —se quejó el rey—. ¡Yo no muestro mi pene, si no está en erección, ante una asamblea tan deliciosa!

—¡Desnudadlo! —ordenó Balkis a las muchachas.

Y así lo hicieron ellas, sin prestar atención a las quejas del rey, a las bofetadas, patadas y mordiscos con que éste intentaba hacerles desistir de sus humillantes propósitos.

—¿Ves? —dijo Balkis, satisfecha, una vez que hubo acabado la penosa operación de desnudarlo—. No lo tienes tan chico como hacían suponer tus exabruptos, tus convulsiones, tus gritos. Si te dejas guiar por mí, ya verás como alcanza pronto el máximo desarrollo de sus posibilidades, que son más de las que tú te imaginas. —Se volvió a sus esclavas—. Y ahora, muchachas, al agua con él. No lo dejéis salir hasta que pierda ese aroma que lo envuelve, no sé si de macho cabrío o de cerdo.

Una hora después, Salomón y Balkis se sentaban ante una gran mesa cubierta de manjares preparados por Yanka, que era quien les servía.

—¿Te gusta ese cordero asado que devoras con tanta saña? —indagó la reina.

—Bastante —le replicó Salomón—, pero echo a faltar el cilantro y el romero con que lo aderezaba mi madre.

—Hijo: no consigues desprenderte de tu fascinante infancia. —Siguió comiendo—. Y tú, ¿qué quieres? —preguntó luego a una de las muchachas que un rato antes pusieran a prueba sus dotes atléticas bañando al rey, y que ahora le hacía señas, para atraer su atención, semioculta tras una de las cortinas.

—Ahí fuera hay un enano que quiere ver al rey para entregarle una copa llena de un líquido humeante y repugnante.

—¿Otra vez el enano? —se quejó Balkis—. Espero que si lo haces pasar, no será para rematarlo.

Salomón maldijo al enano:

—¡Maldito Salmanasar! —dijo.

—Bueno. Pero ¿lo hago pasar o no? —insistió la muchacha.

—No —le contestó el rey después de pensárselo bien—. Dile que espere, que ya le avisaré yo cuando lo necesite. —Y, dando cara de nuevo a Balkis—: ¿No sientes curiosidad por saber lo que contiene esa copa? —indagó con voz cargada de entonaciones altamente maliciosas.

—En absoluto —replicó ella—. ¿Un poco más de asado? Aunque no lo haya preparado tu madre, me parece que es digno de tus regias papilas gustativas.

Acabó la comida.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —se inquietó otra vez Salomón.

—¿No te gustaría escuchar un poco de música?

—Si la toca Yanka, sí —contestó el rey, lanzando a la aludida una mirada picaresca.

A pesar de que Yanka era una muchacha más bien bovina, dotada de grandes pechos y de ojos bastante pequeños y casi absolutamente inexpresivos, atesoraba en sí un venero secreto del más alquitarado romanticismo: acompañándose de una cítara, y sin prestar atención a los guiños y visajes mediante los cuales el repetitivo Salomón trataba de atraer hacia sí la atención que ella quería dedicar exclusivamente a lo que estaba haciendo, cantó con voz purísima la triste historia de dos amantes originarios de Saba, que murieron de muerte violenta antes de haberse conocido carnalmente.

—¿Te ha gustado, Salomón? ¿Quieres que Yanka la repita? —preguntó Balkis, con los ojos arrasados de lágrimas —. ¡No, por Dios! Esto es demasiado —se irritó luego, una vez que se hubo secado los ojos con un diminuto pañuelo, al ver que él se había quedado dormido—. Y tú no te preocupes, Yanka, que has cantado maravillosamente; si se quedó traspuesto es porque tiene el alma embarnecida y embotada la sensibilidad, y porque canaliza toda su capacidad de amar hacia su rechoncha figura. Anda, trae al mono. Sí, trae al mono Joaquín. Ya verás cómo se embelesa con sus gracias,

cómo le presta esa atención que a nosotras nos niega.

El mono Joaquín, una criatura de aire beato y ojos rojizos, escasa de pelo y provista de un largo rabo que hacía restallar de continuo, a causa de los nervios, como si fuera un látigo, contempló largamente al monarca, aún semidormido, antes de hacer lo que ni Balkis ni su compañera se esperaban: masturbarse febrilmente, mientras mantenía fijos los ojos en el despatarrado Salomón, con el rabo, por una vez, completamente quieto, muellemente abandonado sobre la alfombra que cubría el suelo de la *haima*.

—¡Le gusta, le gusta! —se asombraron a coro las dos mujeres.

—¿Qué habrá visto en él?

—Debe de haber una razón tipológica.

Entretanto, Salomón, sacado del sueño por sus voces, había entreabierto los ojos y observaba complacido los manejos del simio.

—Simpático animal —comentó cuando éste hubo alcanzado el orgasmo—. ¿Qué más habilidades tiene?

Eran muchas: aquel mico desagradable podía fingir que leía y que se enteraba de lo que leía; podía darse golpes de pecho y simular que de esta forma buscaba el perdón de unos imaginarios pecados; podía hacer como que sabía jugar a las canicas con el exclusivo propósito de quedarse luego con ellas; podía simular indiferencia hacia quien hubiera designado como víctima suya para poder morderle luego en el cuello sorpresiva e impunemente; podía evacuar sus intestinos encima del que tuviera la debilidad de darle acogida en sus brazos y buscar luego la complicidad de los testigos con gritos alocados que movieran a risa; podía, en fin y además, hacer lo mismo que cualquier otro mono —brincar, bizquear, colgarse con el rabo de una percha, utilizar los pies como si fueran manos y andar sobre éstas, gruñir, regoldar, despiojarse, sonreír estúpidamente e incordiar—, pero todo ello con más torpeza y con peor intención, como si su coeficiente intelectual fuera infinitamente inferior al del resto de sus congéneres.

—No te fíes de sus maneras sacerdotales, de su aire

santurrón —advirtió Balkis al rey—, pues es un macaco perverso, un ser que trae la desgracia a quien con él entra en contacto, y, sobre todo, a aquellos por los que manifiesta o debiera manifestar cariño. Provocó la muerte de un hijo suyo de corta edad, que no pudo soportar la aversión que su supuestamente tierno padre le manifestaba sin palabras, y arruinó la vida de su propio progenitor, un mono noble y bueno, culpable de quererlo, con las continuas humillaciones cobardes a que lo sometía (pues, además de malvado y vil, carece por completo de valor: lleva los testículos de mero adorno). Y todo ello, sin otro objetivo que ganarse los favores de su monstruosa madre, una mona diabólica que lo convirtió en brazo armado suyo, en cómplice de sus abominables planes (enloquecer de sufrimiento a quien con ella se topara), mediante la promesa, informulada y nunca cumplida, de dejar de culpabilizarlo si se convertía en un monstruo a su imagen y semejanza.

—¿Y por qué, si es así como dices, lo conservas junto a ti? —inquirió, entre alarmado e incrédulo, Salomón.

—Por piedad. Por un resto de culpable piedad. Sé que si lo abandono, lo matarán (los otros miembros de su tribu han jurado hacerlo), y no quiero echar sobre mi conciencia la responsabilidad de su muerte.

—Yo creo que exageras. ¿Cómo puedes saber tú que los otros miembros de su familia (obviamente, también monos como él) se proponen ajustarle las cuentas? A mí, la verdad, me resulta simpático: es imposible que con esa cara de bueno sea malvado. Y, a propósito, ¿dónde se ha metido?

Lo averiguó de inmediato: aprovechando que Salomón y Balkis estaban enfrascados en la conversación que mantenían, el mono se había aproximado subrepticiamente al rey, se había metido debajo de su túnica y procedía ahora a cerrar con rabia sus colmillos sobre el indefenso glande del monarca.

—¡Que me lo corta, que me lo corta! —aulló Salomón, antes de caer desvanecido de dolor sobre el horrible macaco.

Y así, sin proponérselo, salvó, *in extremis*, la integridad de su miembro. Pues sucedió que el siniestro Joaquín, al advertir

que su víctima se le venía encima, abrió con fastidio y renuencia sus homicidas mandíbulas, pero se dio con presteza a la fuga, sin poder evitar, no obstante, caer en manos de Yanka, quien de inmediato lo aplacó con el método que de ordinario se servía para conseguirlo, y que era infalible: apretarle el escroto hasta que el mono, comprendiendo que la cosa iba en serio, adoptaba una rigidez y una inmovilidad catatónicas.

—¿Me habrá dejado incapacitado para siempre ese miserable? —se alarmó Salomón en cuanto se hubo recuperado de su síncope.

—No, no —lo tranquilizó Balkis, que estaba aplicándole un bálsamo en el miembro.

—¿Seguro?

—Sí.

—Quiero comprobarlo.

—¿Estás loco? No te encuentras en disposición de hacerlo.

—¿Que no? Eso lo arreglo yo en un periquete. Anda, haz que traigan al enano a mi presencia.

—¿Con el enano?

—Por Dios, no. Pero haz que venga.

Había tal mezcla de determinación y locura en los ojos de Salomón al decir esto, que Balkis, aunque a regañadientes, terminó por ordenar a Yanka que pusiera en obra sus deseos. Y, apenas lo había hecho, cuando ya estaba allí Salmanasar, con la lengua fuera por la premura en acudir a la llamada de su señor y con la copa de antes, que ahora no humeaba, bien cogida para que su contenido no se derramara.

—¡Dame! —exigió el rey, sin mirar a su enano, desplazando con violencia un brazo en su dirección.

Y lo que tenía que ocurrir, ocurrió.

¿Recordó dicho gesto imperioso al enano aquel del cual se servía su padre para manifestarle, con cualquier pretexto, la repugnancia y la vergüenza que le inspiraba? ¿Le recordó aquel, aún más amenazador, con el cual se materializaba en sus pesadillas el rechazo de la sociedad a su respecto? ¿Le recordó aquel —una mera broma, sí— al cual recurría Salomón cuando se encontraba de ánimo festivo y quería

advertirle que no se aprovechara del mismo para decirle alguna impertinencia? En cualquier caso, el resultado fue el mismo: que el enano, al ver la mano —para él, enorme— desplazándose a toda velocidad hacia él, saltó hacia atrás con tan poca fortuna que dio con el contenido de la copa en el suelo.

—¡Dios misericordioso! —musitó mientras se acariciaba el carrillo golpeado.

Y salió trotando, para volver, con la copa de nuevo rebosante del fétido líquido, en un tiempo inverosímilmente corto. Tan corto, que no permitió a Salomón darse cuenta de lo ocurrido.

—Dame —repitió, volviéndose hacia el enano ahora—. ¿No me habías oído?

Y trasegó, con rapidez y repugnancia, el bebedizo, orgulloso de la admiración que su acto despertaba en su servidor.

—¿Qué te pasa, mi señor? Te estás poniendo azulado… —dijo la reina.

—No es nada —la tranquilizó Salmanasar—. Se le pasará enseguida. Éste es el efecto habitual del reconstituyente filtro.

Y, haciendo una zalema, se retiró, brincando alegremente.

—¿Te encuentras mejor? —se interesó Balkis cuando Salomón dio muestra de empezar a retornar a la vida.

—Sí, sí: espléndidamente. Y estaré insuperablemente dentro de un rato, cuando la bebida haya acabado de remover, para bien, todo mi organismo. —Añadiendo, al llegar a oídos de ambos un grito estridente, inacabable—: ¿Qué pasa ahora? ¿A quién estarán degollando?

—El mono —dijo Yanka, que traía a Joaquín atado con una correa y que arrastraba con la otra mano un sillón idéntico a los que ocupaban Salomón y Balkis, aunque de mucho menor tamaño— no soporta estar solo, y protesta ensordecedoramente. ¿Puedo dejarlo aquí, sentado en su sillón y ligado a un brazo de éste con su correa?

—Curioso personaje el mono —dijo Salomón una vez que Yanka se hubo retirado—. Y más curioso aún, que se llame igual que el subjefe de un departamento de mi colegio de

escribas encargado de filtrar al pueblo las noticias y las ideas que mejor pueden aplacar sus ánimos levantiscos, hacerlo receptivo al hecho de que mis intereses son sus intereses. ¡Mira, mira cómo se sienta! Echa los pies al aire y se arrellana en su sillón con la misma falta de modales que el otro, mi burócrata, cuya mirada es tan roma y taimada como la suya. El personajillo de que te hablo, por otra parte, es, a lo que yo sé, tan malvadamente insoportable como tu simio.

—Guárdate de él, entonces: te apuñalará por la espalda en cuanto pueda. Éste, ahí donde lo ves, a más de todo lo que te he dicho de él, es lesbiano y antisemita. Y tu administrativo con pujos de líder también debe de serlo.

—¿Lesbiano? ¿Dices que el mono es lesbiano? ¿Qué significa eso?

—Significa no que se pueda excitar con individuos de su propio sexo (lo que es normal en machos y hembras de la especie animal y de la especie humana, aunque tu religión y algunas otras lo nieguen); significa que, por miedo a su madre, se ha identificado con ella, y como ella es lesbiana, él también desea a las mujeres, pero no al modo de los hombres, sino como una hembra desea a una hembra. Y significa, también, que experimenta por los hombres que se parecen a su padre (lo que, tranquilízate, no es tu caso) lo mismo que su madre experimentaba por su esposo: un deseo de poseerlos para mejor destruirlos y hacerse la ilusión de que se es tan poderoso como para poner el sexo, cuya finalidad es la exaltación de la vida, al servicio de la muerte.

—Pensándolo bien, tanto éste como el otro Joaquín tienen una pinta erótica ambigua. Pero, dime, ¿por qué el macaco es antisemita?

—Por la misma razón que lo será el fantoche que pone cara de trabajar cuando sestea en tus oficinas. Porque el judío representa para él la plenitud de lo humano (sí, no te rías: yo sé que la mayoría de los judíos están muy lejos de esa plenitud, pero sé también que hay entre vosotros algunos que, por haber hecho suyo ese orden de Dios que Dios os reveló, están muy cerca de la misma), y porque él se ve en el espejo que es todo judío realmente tal como lo que

verdaderamente es: un monicaco malévolo e insignificante que se ahoga de envidia. El judío auténtico (el judío sin más, para él, pues para él todos los judíos son iguales) le señala con su existencia el camino que lleva al orden de Dios, y como él, simio que se niega a la vida verdadera, no quiere seguir ese camino y se siente culpable cuando le recuerdan que podría seguirlo si se lo propusiera, propugna la destrucción del judío para poder afincarse en su actual condición fecal con buena conciencia.

—¡Hija —murmuró Salomón, anonadado por lo que acababa de oír—, eres un pozo de ciencia! —Y a continuación, con voz ya alta y con tono petulante—: ¡Qué! ¿Estás ya preparada? ¿Estás ya dispuesta?

—Preparada, ¿para qué? Dispuesta, ¿para qué?

—¡Anda, no disimules! Eres más lista que el hambre y tienes que saber a qué me refiero. ¿Por qué no reconoces de una vez que te arde la sangre cada vez que me miras? Además, ya sabes que te necesito: tengo que averiguar si aún me funciona el instrumento del que me sirvo todos los días para justificar mi heredada realeza.

—No sé si eres más vulgar que fanfarrón, ni si más pretencioso que manipulador —replicó Balkis, sin perder la calma—. ¿Crees que voy a dejar que me uses como unos zancos desde lo alto de los cuales puedas hacerte la ilusión de que estás por encima de los demás sin tomarte la molestia de crecer? Pues, si es así, te equivocas.

—¿Y qué hago yo, entonces, con el afrodisíaco que acabo de tomarme?

La reina no pudo contener una carcajada.

—¿Era un afrodisíaco ese mejunje maloliente que te trajo el enano? —preguntó, sin dejar de estremecerse a causa de la risa.

—Por supuesto. Y muy efectivo. ¿Quieres ver cómo ha fortalecido aquella parte de mí que causó el pasmo de tus muchachas hace un rato, cuando me bañaban?

—Espera. A lo mejor, Yanka acepta hacerte ese favor. A pesar de su plácida apariencia, y aunque te parezca mentira dada su parsimonia al moverse, en todo lo que se refiere al

sexo es una mujer muy muy apasionada. ¡Yanka, Yanka! Ven un momento.

La muchacha, que debía de haberla oído, compareció convenientemente desnuda.

—¡Iiiii! —chilló el mono Joaquín, revolviéndose en su asiento.

Por su parte, Salomón desnudó los dientes en una resplandeciente sonrisa.

—Mira lo que tengo aquí para ti —dijo—, nena.

Pero antes de que pudiera enseñárselo, Balkis había tirado del cordón que desencadenaba el dispositivo para apagar las luces del gran farol, y la oscuridad más completa se había hecho en la estancia.

—¡Qué! ¿Gozaste? —se oyó decir inmediatamente al rey —. ¿Verdad que sí? Yo sé bien lo que le gusta a las hembras.

—¡Luces, luces! —exigió Balkis, entonces, curiosa por saber lo que estaba pasando.

Y, en un plazo brevísimo, los tres pudieron mirarse de nuevo las caras. (El mono, sorprendentemente, había desaparecido).

—¿A que sí que te gustó? —preguntó Salomón, guardándose bajo la túnica el sexo con la grave concentración del médico que recoge el instrumental del que se ha servido para confirmar su previo diagnóstico.

Yanka, con un destello de estupefacción en sus ojos inexpresivos y aún despatarrada en el suelo, no contestó nada.

—Pero ¿ya acabaste? —preguntó Balkis a Salomón. Y, como éste asintiera, lleno de orgullo—: Anda. Yanka —dijo a la muchacha—, sal de la tienda y busca por ahí alguien de tu gusto capaz de llevar a cabo lo que su Majestad se limitó a prometerte que haría: darte placer. —Salió la muchacha; por una vez, presurosa—. Le he dicho eso —aclaró entonces la reina a Salomón— por tu bien. Ella, según te dije, es muy pasional, y, como la has dejado frustrada, sería capaz de darte en la cabeza con un taburete de piedra si siguiera oyendo tus fanfarronerías.

—Verdaderamente —dogmatizó el rey—, las mujeres sois

insaciables. ¿Sabes dónde se ha metido el mono? —preguntó luego, dejándose caer en su sillón con cara de fatiga.

Antes de que Balkis pudiera contestarle, como era de esperar, que no, entró una muchacha con los brazos y las piernas llenas de arañones, y con Joaquín, lívido, acogotado entre sus manos crispadas.

—Aprovechando la oscuridad —dijo, al borde de los sollozos—, el mono se escapó, me buscó, me mordió, me arañó, y ahora, por más que aprieto su cuello, se niega a morir, como debiera hacer si tuviera una pizca de decencia.

—Déjamelo a mí —intervino el rey—, que sé cómo tratarlo —se lo puso sobre un hombro—, pues soy varón, como él. Y vete a pedirle a mis servidores que me traigan corriendo la jaula con las palomas.

—¿Palomas? —se extrañó Balkis cuando la otra hubo salido—. ¿Para qué quieres tú ahora esas palomas?

Levantó Salomón una mano para impedirle que siguiera atosigándolo con sus preguntas.

—Es muy simple —dijo cuando creyó que su interlocutora no podría seguir soportando la curiosidad que, a su buen saber y entender, la dominaba—. Prometí a mis hombres que soltaría una paloma cada vez que hiciera lo que hice con Yanka, a fin de asociarlos así a mi gloria. Es que ellos —añadió bajando con modestia los ojos— consideran suyas mis proezas, mis victorias.

—¿Y cuántas palomas te imaginaste que ibas a tener ocasión de necesitar durante los días que pasaras conmigo?

—Trescientas o cuatrocientas. Pero no, no te preocupes: a causa del calor y de las incomodidades del viaje, murieron muchas. Deben de quedar, como máximo, unas cincuenta.

—¿Y crees que te bastará con esa cantidad ridícula?

—Espero que no. Y espero que tú tampoco lo creas. Ni que lo quieras.

La llegada de las palomas, que alborotaban enloquecidamente dentro de una jaula de enormes dimensiones portada por ocho esclavos, impidió a Balkis dar al rey la respuesta que éste se había ido ganando a pulso con su escalada de despropósitos.

—¿Dónde las dejamos? —preguntaron simultáneamente, a coro, los ocho esclavos.

—Aquí —dijo Balkis.

—Aquí —dijo Salomón.

La obedecieron a ella.

—Ayúdame a escoger la más bella —pidió Salomón a Balkis, con un sospechoso trémolo en la voz, no bien sus servidores y la muchacha se hubieron marchado—. Y tú —riñó a Joaquín, que saltaba sobre su hombro y le azotaba la cara con el nervioso rabo—, a ver si te calmas, a ver si te calmas.

Se inclinó sobre la jaula, dentro de la cual aleteaban, desesperadas, las palomas.

—¡Cuidado! —advirtió Balkis—. Ve con cuidado. Si no dominas tus nervios, se te van a escapar todas.

Ya lo habían hecho: aprovechando que Salomón, en su premura por hacerse con una de ellas especialmente rozagante y gruesa, levantara con exceso la tapa de la jaula, las palomas la habían abandonado precipitadamente y ahora revoloteaban con desenfreno, subiendo y bajando, en un ciego intento de escapar de aquella otra prisión que no por ser más vasta, y de cuero y seda, dejaba de ser tal a ojos de ellas.

—¡Cerrad la entrada y bajad los vientos de la tienda! ¡No dejéis que escape ni una sola! ¡Y no gritéis así o mis guardias y los de vuestra reina acudirán, alarmados, a ver qué pasa! —aullaba Salomón a las muchachas, las cuales, antes ya de que él diera estas órdenes, habían comenzado a perseguir, brincando, a las pobres aves aterrorizadas—. Si ven salir a todas las palomas juntas, de golpe —continuó el rey, dirigiéndose a Balkis, con voz más sosegada—, mis hombres van a creer que estoy burlándome de ellos, y puede que todos juntos, de golpe, caigan sobre mí (capaces son de ello), golpeándome quién con una porra, quién con una espada.

Una hora después, todas las palomas estaban de vuelta en su jaula, y Salomón, Balkis y las muchachas, derrengados.

—Lo malo de este mono —comentó el rey, echado como un fardo sobre su sillón y refiriéndose a Joaquín— no es que

sea perverso, es que no para de serlo. Se repite más que las gachas frías de la libertina Babilonia. Miradlo. ¿No os imagináis lo que ha hecho?

Todas las mujeres volvieron la mirada, con un grito de horror, hacia Joaquín, que estaba cubierto de sangre y con la boca llena aún de trémulas plumas.

—Espero que no haya matado a más de un par de palomas —añadió Salomón, sobresaltándose al oír que Balkis gritaba: «¡Cogedlo!», y al ver cómo las muchachas se apresuraban a obedecerla.

—¡Ah, estúpido homicida! —dijo la reina después de que el mono hubiera sido capturado—. Ahora vas a saber quién soy yo. ¡Al agua con él! —ordenó a las muchachas, que se lo llevaron de inmediato—. Es que no hay peor castigo para Joaquín —aclaró a Salomón, mientras, a lo lejos, el mono se desgañitaba de horror e naque darle un buen baño, pues por encima de todas las cosas ama el olor de su propia suciedad. —Se echó a reír—. ¡Mira cómo lo han dejado! —Las muchachas acababan de regresar, arrastrando tras de sí al mono, aún chorreando agua y envuelto en una toalla—. Parece un pollo desplumado, pero sólo en momentos como éste, a pesar de la inquina que se lee en sus ojos, puedo mirarlo sin sentir un escalofrío de repugnancia. Atadlo a su sillón, pero con una cadena —dijo por último a las muchachas—, y marchaos luego a descansar. Con tanto ajetreo y tantas emociones, debéis de estar agotadas.

—Bien —dijo Salomón en cuanto se encontraron solos de nuevo—, ¿vamos a ello?

—Vamos, ¿a qué?

—A echar afuera a la paloma, para que todos compartan mi triunfo.

—¡Dios mío, eres tan incansable, más incansable —Joaquín dormía ya entre los pliegues de su toalla, con expresión adusta y obtusa— que el mono! ¿Lo consideras imprescindible?

—Claro. ¿Qué sentido tiene acostarse con una mujer, vencer sus resistencias, si los demás no se enteran?

La paloma gorda, que estaba dormida, se dejó atrapar

ahora sin ofrecer resistencia. Con ella entre las manos, Balkis, seguida por Salomón, se dirigió a la entrada de la tienda.

—¡Paloma va! —rugió el rey, al tiempo que entreabría los dos paños de cuero y seda, con voz cavernosa.

Y a Balkis por poco se le escapa la paloma a causa de la risa frenética que, pasado el primer momento de estupor, le entró al oírlo.

—¡Vamos, lánzala afuera! ¿A qué esperas?

Obedeció Balkis, y ella y su acompañante retuvieron el aliento por miedo a que la paloma, dado el frío que hacía en el exterior, decidiera retornar al cálido interior de la tienda: revoloteaba a baja altura de acá para allá, se posaba en el suelo, remontaba el vuelo de nuevo, sin dejar de mirar, de reojo, al hombre y la mujer que la observaban anhelantes.

—Nadie —observó Salomón, quejumbroso, refiriéndose a sus hombres, los cuales continuaban atareados, a la luz de las antorchas, montando lo que habría de ser el campamento judío—, nadie se ha dado cuenta de que la paloma ha salido, con vuelo triunfal, de la tienda. ¿Por qué no haces como si fueras una de las mujeres de tu séquito, y estuvieras hablando con otra, y le dijeras (pero a gritos, para que todos te oigan bien): «Nefertiti, mira qué palomita cruza el azur», u otra frase parejamente poética?

—¡Nefertiti, mira… mira…!

—¡Vamos, un poco de seriedad, niña!

Incapaz de decir una sola palabra más, Balkis se llevó una mano al hígado al tiempo que abría la boca como un pez fuera del agua, sin aliento a causa de la risa que la paralizaba.

—Bueno, tendré que hacerlo yo —rezongó Salomón. Y alzando asombrosamente la voz—: ¡Cabrones —gritó—, mirad la paloma!

Un desganado aplauso resonó en la lejanía como respuesta a estas palabras. Un aplauso que ni Salomón ni Balkis oyeron: ella, porque la risa la había puesto en un estado casi cataléptico; él, porque, asustado, se afanaba torpemente por hacer que la acalambrada reina recuperara la respiración y la flexibilidad de sus miembros.

—¿Te sientes mejor? —preguntó el rey a Balkis, de vuelta ya al interior de la tienda, después de depositarla en su sillón y de acercarle a los labios una copa llena de agua.

Asintió ella, cerró los ojos y bebió largamente.

—¡Fuera de aquí! Puta, puta, puta —oyó que Salomón farfullaba.

Y esto le hizo alzar los párpados, las largas pestañas, sobresaltada.

—¿Qué pasa?

—¡Qué va a pasar! —gruñó Salomón—. Que la paloma ha vuelto, que la paloma está aquí de nuevo. ¡A que le retuerzo el cuello! —amenazó, enfurecido, al ver que la risa amenazaba con volver a posesionarse del cuerpo y del alma de la reina—. ¡A que te lo retuerzo a ti, si vuelves a reírte! —Se arrojó a los pies de Balkis, súbitamente seria—. Te quiero —susurró—. Te quiero —añadió un segundo antes de que sus labios se unieran a los de ella.

De nuevo de pie, venciendo una y otra vez el impulso que lo empujaba a ponerse en movimiento, a alejarse de Balkis, a utilizar la distancia entre él y ella para afirmar con más facilidad su yo de siempre, Salomón habló y habló, monocordemente, como si temiera que, de soltar las bridas de su subjetividad, ésta lo arrastrara en una desenfrenada carrera durante la cual olvidaría lo que quería decir, lo que tenía que decir.

—Eres la mujer más bella que he visto nunca —salmodió—. La única cuya belleza no se parece a la de ninguna otra. Tu cuerpo ha sido hecho para mis manos; tus verdes ojos, para mirar el mío: nunca dejes de hacerlo, que ya me encargaré yo de que mis dedos y mis palmas sean una segunda piel para el tuyo. Cuando palpitas, tibia, al extremo de mi mirada, mi corazón se convierte en un titiritero, revestido tan sólo de una malla donde están bordadas la luna y las estrellas, que avanza de puntillas por la cuerda floja de las doce de la noche, antes de dar el triple salto mortal que lo pondrá a tus pies, con un ramo de flores (rojas, blancas y azules), y una sola palabra entre los labios: tu nombre, a la amanecida.

—Lo que significa que estás enamorado de mí.

—Lo que significa que estoy enamorado de ti y otra cosa aún más importante: que eres la primera mujer que conozco por la que no me siento amenazado, la primera mujer que conozco a la que puedo amar sin que ese amor me ponga en peligro, la primera mujer que conozco a la que puedo amar con un amor que sólo pertenece a ella.

Dijo. Y, de seguido, sus ojos se entrecerraron y un sorpresivo bostezo estuvo a punto de desencajarle las mandíbulas.

—Estás cansado, ¿verdad? —le preguntó Balkis—. No te preocupes por ello. Ahora te voy a llevar a la cama que te han preparado mis esclavas, y mañana, cuando despiertes, seguiremos hablando de lo que por mí sientes.

Minutos después, la oscuridad total se hacía en la vasta y compartimentada tienda, y una paz grande se posesionaba del espíritu de los durmientes: Salomón y Balkis, cada uno en su lecho, respiraban acompasadamente; las esclavas, a causa de la excitación que procura la novedad en los muy jóvenes, de manera irregular; y el mono, aún entoallado, se protegía con silbos estridentes y con pavorosos ronquidos de unos enemigos que sólo existían en su imaginación.

—¡Madre! —se oyó gritar, de pronto, a Salomón.

Y un escalofrío de terror recorrió la espina dorsal de todos aquellos a los que el grito había despertado, pues nadie ignoraba —ni siquiera Joaquín, a juzgar por los temblores que lo dominaron de inmediato— que Betsabé, la madre del rey, estaba muerta y sepultada —y mejor, no imaginar en qué estado de putrefacción— desde varios años atrás.

¿Era de mujer o de hombre la voz que se alzó a continuación? Ni el mono ni las esclavas, aterrados como estaban, hubieran podido determinarlo. Balkis, en cambio, sí lo hizo: habiendo comprendido de golpe lo que sucedía, no le costó trabajo deducir que se trataba de la voz de un hombre imitando la voz de una mujer, de la voz de Salomón intentando reproducir la de su madre. Y, en consecuencia, tras imponer silencio a sus esclavas y al macaco, que habían acudido, tanteando en la oscuridad, a su cama, en busca de

protección contra sus miedos y pavores, se dispuso a seguir el diálogo —interno, aunque materializado en dos voces distintas— entre Salomón y su madre, entre Salomón y el recuerdo de su madre, entre Salomón y la presencia de su madre en él, entre Salomón y las fantasías que su madre hiciera surgir en el niño que él fue, con la esperanza de hallar en dicho diálogo la clave del problema originario que impedía al rey alcanzar su plena estatura y ser un hombre en el sentido más alto de esta palabra.

—¡Hijo, hijo! ¿Me escuchas? —decía ahora la voz siniestramente afeminada—. ¿Sientes mi presencia? ¿Me ves? No, no temas. No voy a castigarte. No voy a retirarte mi cariño porque tú hayas hecho caso omiso de mis consejos. No te voy a abandonar porque hayas consentido en caer en las redes de una mujer impía y te complazcas en una entrega que a ti te degrada y a mí me humilla. ¡Mira! De la tumba misma salgo para impedir que te sigas olvidando de tus más elementales obligaciones; de la corrupción emerjo, bajo un manto de gusanos y coronada con huesos podridos, para recordarte tus deberes, para revelarte otra vez las verdades que yo te confiara siendo tú un niño y que desde entonces han regido, para bien, tu proceder con respecto a la raza de las mujeres, y han servido de soporte a tu fe en ti mismo: que eres mi hombre, y por lo tanto, el más alto de la estirpe humana; que tu grandeza depende de mi elección de ti, y que yo mantendré esa elección mientras tú te muestres digno de mí, sometiéndote a mis designios, siendo aquel que yo quiero que seas; que debes probarme y probarte tu virilidad seduciendo y domeñando al mayor número de mujeres posibles, y que debes luego probarme tu amor abandonándolas, degradándolas, ofreciéndome tu renuncia a las mismas como máximo homenaje; que puedes hacer esto con buena conciencia, sabiendo que al hacerlo sigues los caminos de Dios, porque ellas no son dignas de otro trato desde el momento en que ignoran que el único tipo de amor propio de una mujer es el amor maternal. ¡Meretrices! ¿Es que piensan que van a poder gozarte de un modo que me está vedado a mí? ¿Es que piensan que voy a permitir que hagan

de ti un hombre y me priven, así, de mi niño, de mi vengador, de mi testigo de cargo contra quienes niegan la incompatibilidad del amor y del deseo, de quien justifica mi rechazo de aquel hombre (su padre, tu padre: David) a quien deseaba a pesar de que él ponía al amor por encima de las leyes que rigen la convivencia entre los hombres, y la relación de los hombres con Dios? ¡Oh, qué horror ese deseo, sucio y viscoso, que la hace a una negarse a sí misma, hacer caso omiso de las convicciones que constituyen el fundamento de su vida!

Apelotonadas sobre la cama de su señora, petrificadas de pavor alrededor de ésta, las esclavas de Balkis eran todo oídos a pesar de que, teóricamente, hubieran dado cualquier cosa por no estar allí en aquellos terribles momentos, por no escuchar lo que estaban escuchando: un hombre (y no cualquier hombre, sino un rey, y un rey poderoso) reconvenido por su amantísima madre. Lo malo, claro está, era que la madre en cuestión llevaba varios años muerta; pero, aun así, ¿cómo sustraerse al apasionamiento escalofriado que genera siempre una confrontación de este tipo, el redimensionamiento de uno de los grandes de este mundo por aquella (una débil mujer, al fin y al cabo) que le dio la vida? Hasta Joaquín, dada su absoluta inmovilidad y el sudor frío que bañaba su cuerpo de hirsuto y erizado pelaje, parecía ser consciente de la gravedad de aquella hora tenebrosa, de aquel diálogo trascendente.

Pero ya la voz del rey se dejaba oír de nuevo.

—¡Oh, madre! ¿Por qué has venido? ¿No te das cuenta de que, al hacerlo, has roto en mil pedazos las ilusiones sobre las que yo había edificado mi vida? El terror que me inspira saber que vienes de donde vienes me hace cobrar conciencia de que tu amor por mí me aterrorizó siempre, y de que yo, para no hacer frente a ese terror, para no tener que admitir que eras tú la que me lo provocaba, lo proyecté sobre todas las otras mujeres de este mundo, convirtiéndolas, así, en enemigos personales míos a los que tenía que vencer para que no me vencieran, a los que tenía que rendir el tributo de una eyaculación (apresurada, por ese temor de que hablo)

para ganarme sus favores, para neutralizar su pretendida inquina contra mí, para darles lo único que, según tú, de mí esperaban. ¿Acaso esperas que sabiendo lo que acabo de saber pueda seguir manteniendo contigo la relación que hasta ahora, aun después de tu muerte, mantuvimos? ¿Por qué no fuiste una madre como las madres deben serlo? ¿Por qué echaste sobre los débiles hombros del niño que fui el peso insoportable de ese amor imposible? ¿Por qué no me dejaste crecer? ¿Por qué odias tanto, hasta el punto de oponerte triunfalmente a las leyes de la naturaleza y volver del más allá para separarme de ella, a la única mujer que ha pretendido hacer de mí un adulto, el hombre que nací para ser? ¡Oh, madre, madre, madre! Yo no quiero seguir siendo ese niño empachoso, ese bebito adorable, ese centón de encantos y monerías, ese homúnculo irresponsable, ese botarate prendado de sí y no sujeto a las leyes que rigen el mundo de los mayores, ese mequetrefe al que por mequetrefe todo se le perdona, en el que tú has pretendido y conseguido convertirme.

Apasionadas por lo que estaban oyendo hasta el punto de dejar en suspensión sus miedos y pánicos, las muchachas congregadas en la cama de Balkis, y en su torno, aprovecharon la pausa que hizo Salomón tras decir estas últimas palabras para preguntarle a su señora sobre algunas de las afirmaciones del rey cuyo sentido escapaba a la comprensión de sus aún no maduros cerebros. Pero ella las hizo callar.

—¡Chis! —dijo—. Ahora viene lo mejor. Oigamos qué es lo que va a responder Betsabé, esa madre abusiva.

—Yo pienso —bisbiseó la voz de una de las muchachas, en la oscuridad— que no tiene argumentos que oponer a los del rey, que no va a atreverse a dirigirle de nuevo la palabra.

—¿Que no? —aulló Betsabé por boca de Salomón—. ¡Espera y verás (o mejor, oirás), niña zangolotina! —Y, suavizando ahora la voz, comenzó a quejarse—: Yo sólo soy una mujer, una madre, una pobre madre a la que su hijo (tú, Salomón) abandona. ¿Cómo quieres que no llore, que no me desespere al oír tus reproches? Reproches que son injustos,

por otra parte; reproches que no te honran y que a mí me destrozan. ¿Acaso es malo esforzarse para preservar al niño encantador que fuiste? ¿O ponerte en guardia (a ti, tan inocente, tan bueno, tan entregado) contra las furcias y las pelanduscas que no pueden dejar de relamerse (como un lobo cuando contempla a su víctima) al verse ante un hombre tan bello, tan irresistiblemente atractivo como lo eres tú? ¿O realizar el supremo esfuerzo que supone arrancarse del sueño eterno en que estaba sumida y, emergiendo de la podre, venir a protegerte de la mujer que puede echar por tierra todos mis esfuerzos de ayer, todas mis esperanzas de hoy y de mañana, y transformarte en un ser banal, domesticado, que estaría fuera del ámbito donde puedo protegerlo, y desarmado, sumiso ante ella? No, nada de esto es malo, y sí, en cambio, lo es tu voluntad de traicionarme, de juzgarme, de condenarme por el bien (sí, por el bien) que te hice, y de convertirte en lo opuesto a aquello que yo siempre aspiré que fueras. Convencida, pues, del derecho que me asiste, de lo bien fundado de mi pretensión de guiarte, de la obligación que tengo de impedirte incurrir en notoria injusticia, estoy decidida (¡te lo advierto!) a hacerte entrar en vereda, me cueste lo que me cueste y aunque con ello te haga sufrir pasajeramente. Óyeme bien, en consecuencia: no estoy dispuesta a que tú, renunciando a ser mi protector contra tu padre, hagas que aparezca como venganza lo que yo siempre vi como un justificado intento de redimensionar a ese individuo pretencioso y débil, mi esposo, a quien, en mala hora, entregué mi vida, y de mostrarle el camino a su plenitud mediante el modelo vivo del hombre ideal que forjé en ti, mi hijo bienamado; no estoy dispuesta, tampoco, a aceptar que tú vengas ahora a decirme que mi existencia toda fue una equivocación, que perdí mis días en un empeño inviable, y que, por haber fiado en ti, ya no soy dueña de mi destino; y no estoy dispuesta, en fin, a dejar de ser adorada incondicionalmente por quien (tú) fue parido exclusivamente para ello: para dar amor a la que (yo, tu madre) no podía sentirlo hacia el hombre en cuyas manos había depositado todo lo que era, todo lo que podía ser. ¿Me entiendes? Pues si

me entiendes, ¡tiembla! Porque no voy a permitir que esa Balkis tuya me arrebate mi presa, mi hijo adorado, con su sucio sexo. Y porque, ¡no lo dudes ni un momento siquiera!, estoy decidida a combatir contra ella, por ti, con sus mismas armas, y tendrás que elegir entre su cuerpo, que pronto se ajará, y el mío, que, como vas a ver ahora mismo (¡sí, no tiembles!) ha permanecido intacto en su lóbrega tumba, es ahora más apetitoso que cuando tu padre me vio por vez primera, desnuda, en el baño, y es tuyo, ¡tuyo!, desde siempre y para toda la eternidad, y tendrás que tomarlo, y poseerlo —gritaba ahora—, aunque el hedor que aún arrastro y el espanto que produce el incesto…

Un estruendo incomprensible, un ruido a la vez enorme y delicado, interrumpió en aquel mismo momento a Betsabé, haciendo que Salomón enmudeciera, que las esclavas empezaran a sollozar, definitivamente desnortadas, y que Balkis se decidiera a tomar las riendas de la situación, la cual, como una yegua enloquecida, a punto estaba de arrastrar a todos hacia el fondo de un abismo pavoroso.

—¡Luces, luces! —ordenó.

Alguien encendió una vela.

—¿Qué ocurre? —preguntó Salomón, con rostro demudado, irrumpiendo en la estancia.

—¡Nada! Ya, nada —dijo la reina, inclinándose sobre el cuerpo inerte del mono Joaquín, a cuyo alrededor habían formado un círculo las esclavas—. Este desdichado, el simio protervo, te oyó gritar en sueños, creyó que tu madre iba a mostrársenos de un momento a otro, la identificó con la suya, e, incapaz de soportar la idea de encararse de nuevo con la mujer que le dio el ser, trepó por una de las cortinas, intentó ahorcarse con el cordón que las mueve, y, como éste no resistiera su peso, ha caído al suelo, con estrépito, desvanecido. Pero —añadió— no hay que preocuparse por él. ¿No veis? Ya se recupera.

Tomaron a gritar, aterrorizadas, las muchachas. Y es que el mono, advirtiendo que aún seguía con vida, que no estaba (como él creía) bajo el ala protectora de la muerte, se había echado las manos al cuello, y pugnaba, pataleando, por

estrangularse. ¡Tal era el entusiasmo que le provocaba la expectativa de tener un *vis à vis* con su amada progenitora!

—¡Por las barbas verdes de Baal-Zebub! —juró paganamente Salomón, estupefacto por lo que estaba viendo —. Su madre debía de ser de armas tomar.

—Por supuesto —asintió Balkis—: un monstruo. Pero no pierdas de vista a la tuya, a la que, por lo oído, también había que echarle de comer aparte. ¡Cuidado! —dijo a continuación a las muchachas, que se llevaban al mono en volandas (una lo tenía acogotado con las dos manos, para evitar que mordiera; otra le había inmovilizado los pies y le mantenía estiradas las piernas, a fin de impedir que las utilizara como un cascanueces; una tercera y una cuarta le sujetaban las muñecas, esforzándose para no caer en el radio de acción de sus aceradas uñas; y el resto daba ánimos a las que así lo transportaban, procurando ocultar con sus voces acordadas en la interpretación de una cancioncilla romántica los rugidos y las sonoras ventosidades con que Joaquín, paralizado por las manos de sus captoras, exteriorizaba su un sí es no es exagerada ira)—. Ha entrado en contacto con la rabia que le inspira su madre, y, como no tiene valor para canalizarla contra ella, intentará desfogarla contra vosotras. Encerradlo en su jaula y no dejéis que salga hasta que se haya serenado un poco.

—Me interesa mucho eso que has insinuado acerca de mi madre —murmuró Salomón en cuanto hubo salido el tropel de las melodiosas muchachas—. ¿Qué sabes tú de ella? ¿Qué, de sus relaciones conmigo? ¿He dicho algo, en sueños, al respecto?

—Para empezar: no he insinuado, he afirmado explícita y tajantemente; para terminar, no pienso hablar contigo, por ahora, de la autora de tus días. Y eso, no por respeto a tus sentimientos filiales, sino porque sé que si te dijera lo que pienso de ella y de tu relación con ella, te revolverías contra mí; sí, no te extrañes o hagas como si te extrañaras: creerías que ella y yo tiramos cada una de uno de tus brazos y en direcciones opuestas con objeto de disputarnos la posesión de tu persona, y dado que, equivocadamente, pensarías que ella

es débil, me alejarías airadamente de ti, poniéndote de su lado. Ahora bien, como yo no quiero para mí al niño de tu madre (si acaso, querría al hombre, y ni siquiera a éste voy a disputárselo); como creo que si existe un problema entre una madre y un hijo, atañe exclusivamente a ellos dos, con exclusión de cualquier otro u otra; y como estoy segura, en fin, de que acabarás descubriendo por ti mismo que ese problema, en cuya existencia crees sin confesártelo, es un problema exclusivamente de tu madre, que a ti, en el fondo, no te concierne, voy a estarme quieta, voy a dejar que resuelvas por ti mismo la cuestión, como un adulto, y voy a esperar a que te conviertas en el hombre que puedes ser para decidir luego si ese hombre es o no el compañero que busco desde que era niña.

—Yo sí sé, en cambio, que tú eres la compañera que siempre había esperado. ¿Por qué no confías un poco en mí e iniciamos una relación que podría llegar a ser maravillosa?

—No quiero parecerte prepotente, pero la verdad es que estamos a muy distintos niveles de maduración personal, y este hecho innegable, aunque lesivo para tu vanidad, nos arrastraría al fracaso si no lo tomáramos en cuenta, pues el verdadero amor sólo es posible entre iguales. Para evitar ese fracaso sin renunciar a la relación amorosa de que hablas, yo sólo veo un medio: que aceptes ser guiado por mí a lo largo de un proceso de iniciación a cuyo término habrás recuperado el sentido del amor, la confianza en los demás (y sobre todo, en las mujeres) y tu estatura de hombre.

—¿Es peligroso, es doloroso ese proceso? ¿Se realiza bajo los auspicios de alguna divinidad extraña, de la que, de antemano, yo en cuanto judío abominaría?

—Ese proceso no es peligroso, ni doloroso, ni impío; podrás abandonarlo en cualquier momento y lo encontrarás extremadamente placentero, pues se desarrolla en el plano del sexo. Y, por si fuera poco, mediante él rendirás homenaje a tu Dios, expulsando de tu corazón los ídolos que te estorban una relación directa con su adorable y sobrecogedora naturaleza.

—¿Haremos, pues, el amor como vía para poder unirnos?

—Harás el amor, pero no conmigo. Sólo nos uniremos carnalmente cuando estemos en disposición de hacerlo también anímicamente. Mientras dure el proceso, yo estaré a tu lado y te daré el apoyo preciso. Sólo eso.

—Pero, si me quieres ya, aunque sólo sea un poco, ¿no te sentirás celosa al presenciar cómo gozo con otras mujeres?

—Mientras estés con las otras, tú no serás aún mi hombre. Por otra parte, ¿crees que el goce sexual que experimentes con alguien que no sea yo me dolería más que el goce anímico que experimentaras con la misma persona? Desengáñate: los celos no constituyen una prueba de amor, sino una prueba de que uno tiene problemas con su orgullo. Si, siendo tú mi hombre, prefirieras a otra, y te fueras con ella, por unas horas o para siempre, yo sentiría tristeza por la pérdida, temporal o definitiva, de algo que era mío, no una viciosa inflación de mi orgullo. Cuando alguien se encela, no sufre porque crea que ha perdido o va a perder lo que más quiere, sino porque piensa que se está poniendo en entredicho a su persona. Los celos llevan, a veces, al asesinato de la persona supuestamente amada, lo que resultaría imposible si esa persona lo fuera realmente.

En el silencio que se hizo a continuación en el interior de la tienda, retumbaba aquel otro, más hondo aún, que señoreaba en el exterior —allí, afuera, ya todos dormían—, en la inacabable estepa desértica, cubierta por una cúpula de ébano tachonada de diamantes, donde se encontraban instalados los dos campamentos: el de tiendas negras, de la reina de Saba, y el de tiendas blancas, del rey de los judíos.

—Yo no sé, Balkis —dijo Salomón, después de vencerse para hacerlo—, si soy digno de intentar seguir ese camino iniciático que me propones. Y es que tengo la sensación de que no soy tan inequívocamente hombre como debiera.

—¿Qué no eres totalmente hombre tú? ¿No tienes pene y testículos, grasa en el estómago y barba? Es hombre, y sólo hombre, quien tiene todo eso.

—A veces (muy raras veces, no te vayas a creer) me he sentido excitado sexualmente al ver a un hombre desnudo, he cobrado conciencia del atractivo que un hombre puede tener

para una mujer.

—La identidad sexual de uno no depende de la identidad del objeto de su deseo. El sexo responde al sexo, sin discriminación, cuando el sexo está sano. Lo masculino y lo femenino son valores suplementarios que enriquecen (vertiginosamente, eso sí) la relación sexual, no el fundamento de la misma. Un homosexual no es una mujer en un cuerpo de hombre, ni un ser a medias hombre y a medias mujer, sino un hombre que, por prohibiciones internas, no puede canalizar su deseo hacia la mujer, lo que lo empobrece, pero no lo priva de su identidad sexual.

—¿Y cómo sabes tú todas esas cosas?

—Porque como judía de corazón, aunque no de sangre, yo soy muy lista.

—¿Tú crees en el Dios que se reveló en el Sinaí?

—No es que crea en Él, es que lo amo. Y apasionadamente, con toda mi alma.

Alargando un dedo enternecido, él acarició levemente la barbilla de la hermosísima muchacha negra.

—Y ahora —dijo ésta—, nos vamos a dormir: tú a tu cama y yo a la mía.

# III

Una melopea indeciblemente triste recorría, con cadenciosos andares de serpiente, el interior de la monumental tienda de Balkis, festoneada de oro por el sol matinal que entraba por los vientos alzados y por las aberturas de aireación del techo: era la melancólica canción con que el mono Joaquín lloraba su encierro en la jaula a donde fuera arrojado la noche anterior.

—Su futuro no está, desde luego, en el cante —rezongó Salomón, a quien había despertado el desgarrador treno, abriendo los ojos y entrecerrándolos de seguido para poder admirar, sin que ellas se dieran cuenta de lo que hacía, los movimientos (por ello, espontáneos) y las posturas (con un poco de suerte, indecorosas) de las muchachas que acababan de entrar portando una gran bandeja de cobre, el soporte plegable y de cortas patas para la misma, comida y bebida.

Por unos momentos, tuvo la tentación de gratificarlas placenteramente por el servicio que le estaban prestando enseñándoles al desgaire y como por inadvertencia su regio paquete sexual, pero sabiendo de la imprevisibilidad de toda fémina, y temiendo que, en lugar de expresar admiración o respetuoso pasmo, se dieran a la risa, se abstuvo virtuosamente de hacerlo, suspiró y cerró del todo los ojos.

—¿No piensas levantarte? —oyó que le decía Balkis.

Ella estaba de pie ante él, niña y mujer al mismo tiempo, casi demasiado bella para ser real y signada por la gracia de lo femenino, descalzos sus largos y sexuados pies y muy abiertos y reidores sus rasgados ojos de un verde frutal: en todo semejante a una yegua que fuera simultáneamente una diosa.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —preguntó Balkis cuando Salomón, saltando de la cama y haciéndola bruscamente a un lado, se abalanzó sobre la bandeja donde estaba dispuesto el

desayuno—. ¿Qué manera de comer es ésa? Procede, por favor, con morigeración y compostura. ¿No comprendes que si comes y engordas tanto (me imagino, a juzgar por tu envergadura, que desde hace años) es porque intentas aplacar bucalmente, por vía digestiva, un apetito que sólo puede saciarse genitalmente, al modo sexual? —Él no daba muestras de estar oyéndola—. Vamos, escucha lo que tengo que decirte y deja de masticar con esa triple hilera de dientes que pareces tener o te doy en la cabeza con esta jarra llena de agria leche de camella.

—Dejaré de comer si haces callar a ese primate antijudío empeñado en hacernos aborrecer el noble arte de la música.

Batió palmas Balkis. Acudieron sus esclavas. Y, tras recoger el servicio, se lo llevaron junto con la mesa. Luego, una de ellas volvió, llevando a Joaquín al extremo de una correa que dejó en manos de su señora.

—¿Y para qué quiere el mono ese punzón y esa tablilla que estrecha con tanto ahínco contra su velludo y deprimido pecho? —se interesó Salomón.

—Sueña con ser mi secretario y encargarse de mi correspondencia, pero como no es capaz de aprender a escribir, se contenta con pasear de aquí para allá esos trebejos de escriba que a su parecer lo caracterizan como tal, y con perseguir e incordiar a los maestros del arte de la escritura.

—Realmente, este animalito no tiene desperdicio. ¡Mira, mira cómo, mientras se rasca a dos manos la cabeza, coge la tablilla con un pie y se mete con el otro el punzón por donde no debería!

—Despreocúpate de él, olvídate de él y vamos a lo nuestro. ¿Estás dispuesto a iniciar la experiencia que ayer acordamos llevar a cabo? Bien, pero antes quiero advertirte una cosa: no debes ver en esa experiencia una prueba que yo te haría pasar para descubrir si puedes llegar a ser el hombre de mis sueños. Yo tomo mi bien donde lo encuentro y podría hacer el amor contigo un par de veces sin ningún problema, pero como sé que tú y yo podemos aspirar a algo más, y como sé, gracias al diálogo patético e imaginario entre tu

madre y tú que oí anoche, que he despertado en ti la voluntad de convertirte en el hombre que naciste para ser, y que tienes el valor suficiente para intentarlo, he decidido ayudarte a hacer frente a esos demonios interiores tuyos que intentarán impedírtelo, a pesar de que no tengo la certeza de que el adulto en ti vaya a desearme con la intensidad con que me desea ese niño patético que entreveo bajo tus ademanes fanfarrones y tus afirmaciones jactanciosas.

—¿Empezamos ya? ¿Qué tengo que hacer?

—Ante todo, seguirme.

Y, arrastrando tras de sí al mono, que se debatía, para salvaguardar su dignidad, al otro extremo de la correa, Balkis guió a Salomón hasta una estancia cuadrada, sobre cuyo suelo se amontonaban innumerables almohadones multicolores.

—Yo lo presenciaré todo desde detrás de esa cortina de gasa, sentada en un sillón al que ataré la correa del mono, para que éste no os moleste. Mis esclavas proporcionarán el acompañamiento musical apropiado a las hazañas camales que vas a llevar a cabo. Y esa cortina —señaló a la que estaba enfrente de aquélla tras la cual comentaría, corregiría y orientaría la acción— irá siendo sustituida por otras, todas ellas pintadas de manera a proporcionarte el más indicado apoyo emocional a medida que avance el proceso, a medida que accedas a nuevas etapas del mismo.

Salomón no permaneció solo en la estancia mucho tiempo: un acorde de cuerdas, surgido no se sabía de dónde, anunció enseguida la entrada de una mujer, que, sin dirigirle siquiera una mirada, comenzó a desnudarse con movimientos precisos y funcionales, aunque no exentos de una cierta voluptuosidad.

De estatura media y complexión maciza, ligeramente embarnecida, la mujer —«Se llama Kao-Ti», informó la voz de Balkis—, tenía la piel de color oliváceo y llevaba el pelo cortado muy corto, lo que hacía que sus pequeños ojos rasgados parecieran más grandes de lo que eran.

—¡Hola! —saludó Salomón con mentida desenvoltura.

Pero ella no se dignó contestar: dando dos patadas al aire, con cierta saña, se desprendió de sus sandalias, pasando luego a quitarse la túnica con lentitud estudiada. Sus piernas, bajo la ligera capa de grasa que las cubría, estaban bien musculadas, y un vello muy negro y abundante cubría su sexo. Ese vello, como el de sus axilas, olía intensamente a un perfume desconocido para Salomón, quien se sonrió aprobatoriamente al ver la rotundidad de los pechos, con gruesos pezones oscuros, que la mujer acababa de dejar al descubierto.

—Hermoso *podex* —valoró el rey después de contonear a Kao-Ti,
que, en posición de firmes, parecía un soldado al que se le estuviera pasando revista.

—Hermoso ¿qué?

—Hablo de tu traserito, rica —explicó el rey, aplicándole una estruendosa nalgada.

Más estruendosa, sin embargo, resultó la respuesta de la mujer a tan jovial agresión: dándose súbitamente vuelta, descargó tal bofetada sobre Salomón, que éste, cogido de imprevisto, no pudo evitar una caída sobre los afortunadamente mullidos almohadones, a la que, por más que se esforzó, no consiguió imprimir un mínimo de donosura.

—¡Pues empezamos bien! —rezongó el rey, reincorporándose a duras penas.

Una flautilla, con sobresaltos asmáticos, emitió dos o tres notas como acompañamiento de su sentida queja.

—Cortéjala, hombre —aconsejó Balkis, desde detrás de su cortina de gasa, al tiempo que se esforzaba para acallar un prolongado murmurio del mono Joaquín que Salomón creyó signado por la guasa—. Y si cortejarla te resulta difícil en esta para ti penosa coyuntura, acuéstate sobre los almohadones y da inicio de una vez a la ceremonia que aquí nos convoca.

Obedeció Salomón, rezongando, la primera parte de la anterior orden, tumbándose de espaldas.

—Pero —preguntó no bien lo hizo—, ¿cómo hago para

que ella deje de jugar al centinela, ahí de pie, ante el reducto derribado de mis carnes frescas?

—Pídeselo.

—¡Ah! Venga,
Kao-Ti,
pequeña. ¡No, encima de mí, no! Intervén tú, Balkis: ¡que me aplasta!

Gorjeó la reina. Aparentemente, sacudida por una risa inextinguible. A la que, no obstante, consiguió domeñar enseguida.

—Dale tiempo, hombre, a que se sitúe en la posición correcta —dijo con voz cargada de trémolos—. ¿Lo ves? Ya está. No olvides que es una mujer muy experta.

—¡Oh, no! ¡Eso, no! —rugió el rey.

—¿Qué pasa ahora? —se inquietó Balkis.

—Que esta loca aprieta y agita mi natura, y tira de ella, como si quisiera arrancármela.

—¿No será que intenta revitalizártela? Antes de que la cogiera entre sus manos tenía toda la apariencia de una lombriz de ojos tristes.

—Pues a lo mejor tienes razón. Pues es verdad. ¡Qué polla (la mía) tan espléndida!

—¿Y a qué viene ahora ese respingo, Salomón? La muchacha sólo pretende darle cobijo en su interior, y puedo certificarte que no tiene la vagina dentada.

—¡Ah, menos mal! ¡Y qué calorcillo más rico! Anda, sigue así, hija mía, que mi miembro, aunque parezca imposible…

—Imposible, ¿a quién, a quién? —se sulfuró Balkis.

—… aunque parezca imposible, digo, puede seguir creciendo, no ha dicho aún su última palabra.

Acuclillada sobre el bajo vientre de Salomón,
Kao-Ti
subía y bajaba acompasadamente sus nalgas sin permitir que el miembro del monarca, cada vez más grande y duro, se le escapara.

—¡Ay,
Kao-Ti,
Kao-Ti!

—bisbeó el rey, no se sabía bien si para galantear a la muchacha de manera indirecta o para rebajar la solemnidad del trance en que se encontraba—. Debes de ser una cocinera maravillosa, la cocinera con que sueña todo hombre, si, a la hora de hacer una sopa fría, manejas la mano del almirez, para deshacer el ajo, con la destreza de que das muestras manipulando el vástago, realmente soberbio (todo hay que decirlo), que une tu carne a la mía.

Flautas y chirimías iniciaron ahora una fanfarria triunfal.

—¡Corre, Joaquín, impide que el rey dé por terminado lo que, en sana doctrina, debería durar, por lo menos, media hora más! —se oyó que ordenaba Balkis un instante antes de que el mono saliera como una exhalación de debajo de la cortina de gasa, arrastrando la correa que pendía del collar que llevaba al cuello, se precipitara sobre la pareja y cortara en seco la eyaculación que Salomón estaba anunciando con indecorosos gemidos, mediante un mordisco propinado con saña en los pulpejos de los dedos del pie derecho del ahora ululante (por dolorido) monarca.

Para restablecer la calma —las muchachas músicas habían dejado de tocar sus instrumentos, Kao-Ti se había caído de espaldas, al empezar a desgañitarse el rey, sobre las piernas de éste, quien tan sólo pudo evitar el tronchamiento de su miembro gracias a que el dolor causado por el mordisco había dado lugar a una drástica reducción del grosor, el largo y la consistencia del mismo, pero que no por ello dejaba de lamentarse; el mono, gruñendo aviesamente, daba vueltas alrededor de la ahora desacordada pareja a la espera de la ocasión de dañar de nuevo al rey con impunidad y, lo que le ilusionaba máximamente, con aplauso de la reina—, Balkis tiró del cordón que cerraba el tragaluz por donde entraba el sol a aquella estancia de la tienda, y, una vez que la progresiva oscuridad hubo hecho su efecto —todos se inmovilizaron y enmudecieron al verse inmersos en la más impenetrable tiniebla—, pidió a grandes voces que se tranquilizaran, pues —según explicó luego, de manera más sosegada— no había habido más que un malentendido, ya

superado, y, por último, después de abrir de nuevo, poco a poco, el tragaluz, con lo que el sol invadió otra vez el recinto, salió de su reducto a conferenciar con Salomón y Kao-Ti, sentándose sobre los almohadones del suelo como los otros dos ya habían hecho.

—Esto ha sido un desastre —comenzó diciendo—. Un desastre del que soy responsable por no haberos explicado previamente qué era lo que de vosotros quería. Tenemos, pues, que empezar de nuevo, y que hacerlo por el principio, estableciendo claramente los objetivos de nuestra acción. ¿Qué buscamos conseguir con lo que estamos haciendo? Ante todo, que tú, Salomón, superes el miedo a las mujeres y dejes de considerarlas hostiles a ti por principio; luego, que te sosiegues, que dejes de intentar aturdirte yendo de una cosa a otra, de una mujer a otra, siempre en la superficie, siempre más atento a lo que va a venir que a lo que ya tienes, a fin de que puedas entrar en contacto con el núcleo secreto de ti mismo y de aquellas que compartan tus noches; después, que renuncies a utilizar tu pene como un arma agresiva contra las hembras y como un medio de afirmar una virilidad, la tuya, que nadie pone en entredicho; más tarde, que dejes de llegar al sexo con perennes prisas, ansioso por poner término a una actividad que debería ser interminable, como un niño temeroso de que su madre vaya a surgir de pronto para castigarlo por entregarse a un juego pecaminoso, a un juego prohibido; y por último, que descubras que no hay zona de tu cuerpo que no pueda convertirse en erógena, que desgenitalices tu sexo, que cobres conciencia de que tu cuerpo es un objeto de deseo para las mujeres, y de que cuando haces el amor, eres para ellas un hombre concreto, sí, pero también el principio de lo masculino, un hombre que representa a los demás hombres. Para alcanzar todo eso, es preciso que, por una vez, tú, Salomón, asumas la pasividad más completa y te pongas por completo en manos de una mujer (Kao-Ti, en este caso), reteniendo tu esperma lo más posible y

abriendo los oídos al canto de la sangre por todo tu cuerpo, asumiendo el momento presente y el hecho de que no tienes que hacer nada, ni dar pruebas de nada, ni convertirte en otro para que una mujer te desee y te goce. Y tú,
Kao-Ti,
debes, por tu parte, actuar de forma que él no pueda temerte, que él no quiera dejarte por otra, que desee darte el mayor placer posible con aquella parte de sí a la que él consideraba antes sólo susceptible de generar placer para sí, que le resulte innegable que tu no permitirás que su madre (o por mejor decir, el miedo que tiene a su madre) lo aparte de ti, que vaya descubriendo poco a poco todo el potencial de éxtasis que encierra cada partícula de su cuerpo, y que se sepa encarnación para ti de ese hombre absoluto que acelera el pulso de todas las mujeres. —Hizo una pausa—. Bueno, ¿qué decís?

—Yo —dijo Salomón, sonriendo traviesamente—, que me espera un futuro encantador, entre tú, que eres una especie de rabino, y ésa, que parece una máquina desnatadora. En cuanto a la máquina desnatadora, más que de hablar parece tener ganas de poner en práctica tus instrucciones. ¿No ves cómo se acaricia el sexo, subrepticiamente, con el talón de su pie derecho?

—Y tú, ¿a qué esperas para satisfacerla?

Separó Salomón las piernas, que había mantenido unidas mientras duró el parlamento de Balkis, y su miembro saltó como movido por un resorte. Se echó seguidamente hacia atrás, se puso las dos manos debajo de la cabeza, estiró los pies hasta conseguir que su cuerpo quedara completamente tenso, contempló por un momento cómo su sexo (que había alcanzado unas dimensiones hasta entonces por él desconocidas) se alzaba por sí mismo del vientre y caía luego, con un ruido sordo, sobre éste, para levantarse de nuevo y permanecer vibrando en el aire, y, finalmente, dijo (pero no a Balkis, sino a
Kao-Ti,
que se había levantado y lo contemplaba, erguida, con oscuros ojos inescrutables):

—Nunca había visto antes a alguien tan en contacto con la tierra como tú. Ahíncas los pies en el suelo, sus plantas se abren sobre el mismo y sus dedos lo hollan con una tal pasión rapaz, que me siento sobrecogido cuando leo en tus ojos la decisión de hacerme tuyo. Pero rotúrame con esos pies ávidos, y con tus manos insaciables, y árame con tu sexo de campesina, porque sólo de esa manera podré florecer y reconciliarme con mi condición carnal.

A una palmada de Balkis, que había regresado a su observatorio, la cortina que daba frente a aquella, de gasa, tras la cual se encontraba, dejó paso a otra, de raso negro, en la que estaban representadas la luna y las estrellas, y un rumor de arpas vino hacia la estancia donde Salomón yacía y
Kao-Ti
lo miraba como desde una lejanía insondable.

A cuatro patas ahora, como un animal salvaje, ante el cuerpo entregado del rey,
Kao-Ti
lo husmeó ansiosamente, dejando que la penetrara el aroma enervante del macho, y, sacando luego su larga y musculada lengua, muy húmeda y muy roja, empezó a lamer, morosamente, las plantas de los pies de aquel hombre a cuyo través quería rendir homenaje a todos los hombres, al tiempo que con una mano le acariciaba las pantorrillas, le tironeaba el vello que las cubría. Un gemido sofocado escapó, entonces, de los labios de Salomón, quien, cerrando los ojos para sentir mejor, tuvo de repente la revelación de la masculinidad de sus pies, de la fuerza que ellos encarnaban para la mujer que los estaba explorando con lengua avasalladora: aquella lengua, que parecía dotada de vida propia y en posesión de una plasticidad ilimitada, estaba hurgando en la raíz misma de su sexualidad; al introducirse morosa y metódicamente entre sus dedos, forzándolo a abrirlos, lo estaba poseyendo al modo femenino y él, en respuesta, se le estaba entregando al modo masculino; y cuando, como en un rapto, ella se llevó el pie a la boca, y mordisqueó nerviosamente los dedos y los bañó en saliva, él experimentó una especie de vértigo y advirtió que todas las aberturas de su cuerpo abatían sus

defensas y se ponían a esperar, ansiosamente, el momento en que la mujer penetrara por ellas, haciéndoles asumir su dimensión femenina.

Aquel momento no tardó en llegar. De pronto, la dura lengua de Kao-Ti se abrió paso entre los labios y los dientes de Salomón, que permanecía con los ojos cerrados, y provocó a la suya a una confrontación de la que ninguna de las dos resultó triunfante. Luego, la húmeda lengua de Kao-Ti hurgó traviesamente dentro de una de las orejas del rey, quien interpretó este acto como una invitación a un juego del que él y la mujer saldrían transfigurados, identificados por un momento con los abismales arquetipos de lo masculino y de lo femenino. Y por último, la lengua forzó el meato boqueante del grueso, y tenso, y curvo miembro de Salomón, al tiempo que un dedo implacable se abría paso, más allá de los glúteos, en el interior del cuerpo del rey, y éste se desposeyó de golpe de su trono, de su corona y de su nombre, y se hubiera convertido en un inacabable géiser de semen, en una estampida de caballos blancos que arrastran tras de sí toda noción de tiempo y espacio, de no ser porque Balkis salió de detrás de la cortina de gasa para separarlos (Kao-Ti, cerrando los dientes sobre el fuste del miembro, con el glande hinchado llenándole casi por completo la cavidad bucal, se obstinaba, presa de una excitación extrema, en provocar la eyaculación) y, de no ser, sobre todo, porque el recuerdo de los afilados dientes del mono Joaquín hundiéndose en su carne movió a Salomón a conseguir, con caricias (hurgó con los dedos de uno de sus pies entre los labios del sexo de Kao-Ti) y con promesas (juró que la llenaría de semen hasta que éste le rebosara por la boca), que la mujer dejara de encarnizarse con su miembro y postergara por unos minutos la consecución del éxtasis al cual los dos aspiraban.

—¿Y Joaquín? —preguntó Salomón, aún jadeante, con los

ojos clavados en el techo de la tienda—. ¿Dónde está ese mono idólatra? Hace un rato que ni se le ve ni se le oye, y eso, conociéndolo, resulta inquietante.

—Se escapó —le contestó Balkis— no sé cuando. Y no me parece mal que lo haya hecho: el miedo a que reaparezca te ayudará a mantener el control de tu sexo.

Dio una palmada seca y de nuevo se alzó el cadencioso lamento de las arpas. Al que, de pronto, se unió un sonido inesperado: el de unos crótalos agitados por alguien que carecía completamente del sentido del ritmo. (¿Joaquín, quizá?).

—Bueno —intentó autotranquilizarse Salomón—, mientras toque ese instrumento no podrá poner sus pecadoras manos encima de otros más sensibles, y la musiquita demente que de él arranca nos revelará dónde se encuentra en todo momento. ¡Estoy listo, estoy listo! —añadió luego, al advertir que su sexo comenzaba a dar señales de que renacía. Y ya iba Kao-Ti,
según todas las apariencias, a caer de nuevo sobre él, cuando, deteniéndola con un gesto, Salomón pidió a Balkis—: Querida, ¿no puedes hacer que esas dos muchachas dejen de rascar las tripas de sus soporíferas arpas? Difícilmente podrán despertarse al erotismo las partes hasta ahora dormidas de mi cuerpo si yo me veo arrastrado al sueño por tan entusiastas maníacas de la música de cámara.

Mientras tanto,
Kao-Ti,
en vez de echársele encima, como él deseaba y temía, estaba acomodándose sobre uno de los almohadones, a sus plantas: se sentó, alargó una pierna, y, no bien hubo posado sobre los testículos y el pene del rey un pie, tomó entre sus manos el derecho de éste y fue tironeando sus dedos, uno tras otro, al tiempo que abría y cerraba los suyos sobre el contraído escroto, sobre el arranque del creciente pene, con lo que consiguió que Salomón empezara a emitir tan sentidos ronroneos de placer, que Joaquín, el mono maligno, no tardó en asomar la cabeza por debajo de una de las cortinas para ver qué pasaba.

Inopinadamente, estando ya Salomón a punto de dejarse ir a un bien merecido orgasmo,
Kao-Ti,
sin perder aquel aire de no haber roto un plato en toda su vida que la caracterizaba, imprimió un brusco y, según el damnificado, brutal giro al pie de éste que tenía entre las manos, como consecuencia del cual el rey pasó, sin solución de continuidad, del decúbito supino al decúbito prono, golpeándose la boca con el suelo. Y dispuesto estaba el dolorido monarca a quejarse a Balkis de tan incomprensible agresión, cuando
Kao-Ti,
sin inmutarse al parecer por lo que acababa de hacer, hizo otra cosa —«bueno», rezongó Salomón, «vaya lo uno por lo otro»— que tuvo la virtud de cerrar la boca del, por lo común, excesivamente dado a la queja y parlanchín rey: presionó durante un momento inacabable, con el pulgar de su pie derecho, un punto situado entre el escroto y el ano de éste —que de inmediato relinchó de gusto— subiéndose luego encima de su coxis.

Al sentir las plantas y los pulpejos de los dedos de los pies de aquella hembra, que no se paraba en barras para conseguir sus fines, desplazándose lentamente por su espalda, Salomón accedió a una experiencia, desconocida hasta entonces para él, a la que inmediato dio su visto bueno —con una sonrisa beatífica—: veía con aquellas partes de su cuerpo donde se iban posando los pies de la mujer, la totalidad del cuerpo de ella; y lo que es más, veía ese cuerpo, globalmente y en cada uno de sus detalles, con una nitidez superior a la que hubiera podido alcanzar con los ojos, y con una conciencia de su dimensión sexual, sin parangón con la que tuviera hasta entonces. Lo que aceleró su pulso, hizo afluir oleadas de sangre a su bajo vientre y a su cabeza, activó sus testículos e incrementó en varios centímetros el largo y el grosor de su pene, al que hubiera empezado a restregar contra los almohadones si el peso de
Kao-Ti
no se lo hubiera impedido.

¿Qué planeaba ahora aquella mujer que tan bien sabía abrir perspectivas eróticas nuevas a los hombres? Apeándose del monarca, le posó la planta de uno de sus pies sobre la nariz y la boca, y no la retiró hasta que él, embriagado por su olor enloquecedoramente animal, excitado por su rugosidad —que le traía a la memoria los pliegues cálidos y suaves, húmedos, de los labios de un sexo femenino—, intentó morderla. A continuación, hurgó con aquel mismo pie debajo del cuerpo, siempre extendido, de Salomón, quien, comprendiendo que ella quería averiguar si su pene estaba en disposición de penetrarla, inmediatamente se puso boca arriba, mostrándoselo en la plenitud de su desarrollo. Pero aunque medía el doble del tamaño que él recordaba en sus momentos de mayor erección, ella no pareció satisfecha: acuclillándose, lo cogió suavemente con su diestra, que hizo subir y bajar, con extrema morosidad, dos, tres, cuatro veces, desde su hinchada cabeza a su tensa raíz, aureolada por el negro vello crespo.

—Si sigues así y yo resisto —murmuró el rey, viendo que su sexo, como consecuencia de tan turbadores manejos, había tenido una especie de sobresalto que añadió un centímetro más a su desmesura— voy a convertirme en un caballo. ¿Es eso lo que quieres? ¿Un caballo cuyo pene te penetre tan hondo que te veas obligada a separar los dientes para que pueda asomar entre tus labios?

—Sí —contestó ella.

Y se sentó sobre su vientre, después de haberse introducido entre los muslos —con esfuerzo, a pesar de que su sexo chorreaba— el curvo miembro humeante.

Salomón admiró su destreza, la fuerza de sus piernas. Y es que la mujer, apoyándose apenas, con las manos, en las rodillas, incansablemente se alzaba, hasta que el pene parecía a punto de escapar de su sexo —pero sin que nunca ocurriera esto—, y luego se dejaba caer sobre el pubis del hombre que la contemplaba, inmóvil, con ojos encendidos —pero sin presionar apenas sobre el mismo—, realizando simultáneamente leves desplazamientos que tenían como objeto conseguir que el grueso glande no dejara de acariciar,

con cambiantes diferencias de presión, un solo centímetro del conducto por el que de tan gozosa manera se desplazaba. Y todo ello, con una regularidad de metrónomo que exacerbaba hasta límites indecibles el deseo de Salomón, quien, de no ser por el aviso de Balkis. —«¡Quieto, Salomón. Permanece inmóvil, como convinimos!»—, se hubiera alzado con violencia, derribando a
Kao-Ti,
echándosele encima, violándola, e imponiéndole el ritmo quebrado que a él le marcaba la expectativa de aquel placer, superior al causante del actual desencajamiento de sus facciones, que, procedente de los engarabitados dedos de sus pies, subía por sus pantorrillas, por sus muslos, por su vientre y por su estómago, y le erizaba el vello del pecho, y le endurecía insoportablemente los pezones, e iba, cuando concluyera su epifanía, a dejarlo descoyuntado, desmusculado, descerebrado, babeante, y, sin embargo, en un estado de plenitud, de concordancia con el universo todo, nunca alcanzado por él precedentemente.

—Balkis —murmuró Salomón con voz velada, a punto ya de perder el control de sus testículos—, ¿no puedes hacer que esta mujer pierda su inexpresividad de máquina perfecta, de forma que yo pueda sentir su corazón en concordancia con el mío, y reconocer en mi placer un eco del suyo?

—Por supuesto —lo tranquilizó la reina, que, cambiando la ternura por la imperiosidad y la aspereza, preguntó a
Kao-Ti
de seguido—: Y tú, ¿no lo oíste? ¿A qué esperas para manifestar, de una vez, tu exaltación por la inminencia de ese orgasmo cataclísmico que con tanta porfiada obstinación y entrega te estás procurando?

Un alarido electrizante, con pretensiones de ser placentero, fue la respuesta de
Kao-Ti,
que echó hacia atrás la cabeza con la imperiosidad de una ménade en celo, a la secretamente irritada advertencia de Balkis. Un alarido ninivita, bárbaro, feroz, y sin embargo gozoso, pero no por ello menos aterrador, a cuyo conjuro el

pene del asustado Salomón se retrajo hasta límites inverosímiles, se empequeñeció de un modo grotesco, abocando a su dueño a una angustia que se transmutó en risa, en burbujeante e inacabable risa, no bien el rey, habiendo recuperado su sangre fría, comprendió que aquel aullido no era sino la manifestación pasablemente excesiva de un placer que, considerando el actual estado de su miembro, no podía dejar de considerar cómicamente desproporcionado en relación con la causa del mismo.

Su risa, no obstante, se cortó en seco al aparecer, junto a su cara, la cara del mono Joaquín, quien, con los ojos inyectados de sangre, hacía rechinar ferozmente sus buidos dientes, supremamente ofendido.

—¡No, Joaquín —gritó—, no me río de ti! ¡Te lo juro, te lo juro!

Corrió Balkis a sujetar al mono por su correa. Kao-Ti, después de despertar el miembro del rey con dos o tres sacudidas desdeñosas, volvió a sentarse sobre el bajo vientre de éste —pero ahora, dándole la espalda, pues ella sí que tenía razones para sentirse agraviada con sus carcajadas— y a subir y bajar a todo lo largo del pene que la penetraba. Y Salomón, recuperando su vigor pasajeramente perdido —y con él, su éxtasis anterior—, sintió que el tan demorado orgasmo se acercaba, y, entregándose apasionadamente al mismo —la energía de su cuerpo se había puesto en conexión con la del sol que bañaba de oro los dos campamentos, la tienda dentro de la cual él se sabía levitar—, comenzó a golpear su cabeza contra el suelo, una y otra vez, entre gemidos voluptuosos, sin advertir que no era el suelo, ni los almohadones, lo que golpeaba, sino el cráneo, los riñones, la totalidad del cuerpo, incluido el rabo, del entrometido y desagradable mono Joaquín, que, habiendo vuelto a escaparse de Balkis, quiso saciar su curiosidad viciosa y malsana lo más cerca posible de la pareja que copulaba, y recibía ahora el castigo debido a los torpes manejos masturbatorios a los que acababa de entregarse, con chillidos de desesperación, por obra de aquellos cabezazos sin freno mediante los cuales Salomón exteriorizaba su casi

insoportable goce carnal.

—¡Que lo matas, que lo matas! —gritó Balkis.

—A ver si es verdad —rezongaron, en sordina y a coro, sus doncellas.

Pero no había peligro de ello:
Kao-Ti
había dejado de brincar como una posesa sobre el rey, y éste, de remachar con la cabeza cualquier cosa que se le pusiera por medio.

—Hacedle la respiración artificial al mono —ordenó Balkis a las esclavas, tras haber recuperado su sosiego al ver que la pareja de amantes se limitaba ahora a resollar—. Traed el linimento, dadle friegas, ponedle emplastes, cataplasmas, asperjadle los bajos para que se le rebaje el ardor que lo llevó a arriesgar neciamente su vida acercándose a donde no debía. Y vosotros —hablaba ahora a Salomón y a
Kao-Ti
—, ¿es que no os vais a levantar nunca?

Antes de que los interpelados pudieran hacerlo, una voz meliflua, que se aproximaba sinuosamente, petrificó a los presentes, quienes no comprendían cómo, a pesar de la férrea vigilancia que los soldados de Balkis habían establecido para vedar el paso al interior de la tienda regia de cualquier intruso, alguien —dada la ambigüedad de la voz en cuestión, resultaba imposible determinar si hombre o mujer— había conseguido entrar y que nadie le impidiera seguir avanzando hacia ellos.

—Mi respetado rey, mi querido señor, ¿dónde, dónde te encuentras?

La gruesa cara hipócrita del jefe de los eunucos de Salomón, y su no menos grueso, fofo cuerpo se ofrecían ahora a la admiración de todos —pues, ¿qué otra cosa, sino admiración, podría reclamar quien con tan asombrosa falta de pudor e incomprensible seguridad en sus inexistentes encantos hacía mostración hasta del más insignificante de sus defectos corporales con obscena entrega?

—¡Por favor, por favor! —exclamó con expresión ultrajada y con voz que, contradictoriamente, parecía

motivada por la vergüenza de una adolescente púdica ante un inesperado desnudo varonil—. ¡Tapaos, Salomón, cubrid vuestras vergüenzas!

Instintivamente, sin reflexionar, de manera automática, el rey alargó una mano para recoger su túnica del suelo, pero Balkis se la retuvo.

—No —dijo—. Tu cuerpo, ahora, es bello, y puede ser exhibido. ¿No te habías dado cuenta? —Salomón negó con la cabeza—. Pues, entonces —tiró de un cordón, se abrió la cortina con la luna y las estrellas pintadas sobre terciopelo negro, y apareció tras ella una lámina de plata, de gran tamaño, en la que se reflejaban todos los presentes—, mira.

Asombrado, Salomón comprobó que lo que le decía Balkis era cierto, que su cuerpo había perdido parte de la grasa que lo afeaba y recordaba ahora el cuerpo, musculado y armonioso, que tenía a los dieciocho años.

—Y además —prosiguió la reina—, ¿quién es éste, o ésta, o esto, para decirte a ti lo que debes o no debes hacer, para avergonzarte y culpabilizarte, para actuar como portavoz de los prejuicios del núcleo más retardatario de la sociedad que regentas?

—El jefe de los eunucos —terció éste, impidiendo, así, que Salomón pudiera tomar la palabra—, señora —añadió con retintín—. ¿Te parece poco?

—Me parece nada, y tú, en concreto, cargo aparte, me pareces menos aún. Y, ¿qué es eso de hablar a tu rey con insolente familiaridad, llamándolo por su nombre, y, simultánea y desorientadoramente, con aterrorizado y excesivo respeto, empleando un plural mayestático?

—Yo no tengo por qué responderte —rebufó el eunuco—, yo no tengo por qué hablar contigo.

—¿Que no? —aulló Salomón, recuperando su dignidad, momentos antes pisoteada—. ¿Que no, aborto maloliente, fruto de la coyunda contra natura de un cerdo y un demonio hembra? ¡De rodillas, de rodillas de inmediato! ¡Y humilla tu afeitada cabeza ante quien, ella —y señaló a Balkis—, es tu reina y señora!

Un silencio glacial se hizo en la tienda. Balkis sonreía a

Salomón, que trepidaba de indignación. El mono seguía yaciendo, inerte, entre las ahora inmovilizadas muchachas. Y el jefe de los eunucos, con la frente en el suelo, pugnaba para no dejar escapar aquellos vientos de los que, a causa de su desmedida afición a la comida, era productor incansable, y de los que la expulsión, en aquellos momentos, lo arrastraría al peor de los ridículos.

—¿Puedo levantarme ya, mi señor? —rogó con voz atribulada—. La artritis me impide seguir manteniendo por más tiempo esta postura.

—No me lo pidas a mí, pídeselo a quien es tu reina y señora.

—Sea —dijo Balkis, sin esperar a que el otro tuviera tiempo de volver a abrir la boca.

Se incorporó el eunuco con exageradas muestras de esfuerzo, dirigió a la reina una mirada cargada de reproches, y, con expresión dolorida, se dirigió así a su rey:

—Nobilísimo señor: no descargues contra mí una cólera que nació, estoy seguro, con anterioridad a mi llegada (tú sabrás por qué). Si he venido a verte, lo que he hecho venciendo mi espontánea repugnancia a hacerlo, ha sido por tu bien, no (de eso puedes estar seguro) por interés personal mío. En efecto, llevas muchas horas aquí dentro, sin dejarte ver, y tus hombres (tu séquito, noble y ecuánime monarca) murmuran. Dicen unos que no cumples con tus obligaciones en cuanto rey: has dejado de confortarlos con tu presencia, no pasas revista a tus tropas, te abstienes de comunicarles tus planes para el inmediato futuro. Otros, en cambio, se limitan a sostener que, obnubilado no saben bien por qué o por quién, desatiendes tu fama de conquistador de hembras y, de tal manera, los frustras, no permites que gocen, por procuración, de lo que les está negado a ellos: sólo una paloma ha salido de esta tienda, y, francamente, un orgasmo es poca cosa para quienes esperaban de ti que demostraras que en esto, como en todo, los superas. Y el resto, para terminar, opina (y divulga ésta su opinión) que te desentiendes de tus deberes en cuanto hombre, pues, ¿a qué viene pasar tanto tiempo entre mujeres, solo y en compañía

de tantas mujeres? ¿Acaso no sabes, ¡oh, mi rey!, que ello afemina? ¿Acaso no sabes que un hombre debe restringir al máximo el trato con las hembras, un trato que debe limitarse a la mera exigencia de placer, so pena de convertirse en causa de malévolas y, sin embargo, justificadas sospechas?

—¿Y acaso no sabes tú —lo interrumpió Balkis— que tu discurso está preñado de insidias, de falsas verdades, de calumnias y de mentiras, a secas? Y si esa sonrisa estúpida que acaba de aparecer en tu rostro tiene como origen la convicción de que voy a incurrir en el error de entrar en tu juego y discutir contigo todas y cada una de tus arteras insinuaciones, ya puedes empezar a borrarla, pues me voy a limitar a esto: a decirte que estás tan dominado por las fuerzas malas que un día, hace mucho, desencadenaste en ti, que ya no eres capaz de percibir cuándo tu presa ha dejado de serlo, cuándo aquél o aquélla a los que desorientabas sistemáticamente mediante mensajes intelectuales y emocionales contradictorios, hurgando de continuo en la llaga más secreta de sus almas con el pretendido propósito de curarla, ha empezado a abominar de tus torpes manejos, ha visto ya tu verdadero rostro y éste sólo le inspira aversión y repugnancia. ¿Me estás oyendo? Te habla una reina y tú no tienes categoría ni para ser su esclavo. Cuídate, pues, mucho de lo que en adelante digas o hagas, ya que, ¡estás advertido!, castigaré con el máximo rigor cualquier movimiento mal hecho (gestual o verbal) en el que incurras, doblegaré tu cerviz bovina cada vez que oses hacer como que miras desde arriba a quienes (todos) doblan o triplican tu talla interior, que es la de un enano psíquico, que es la de alguien, ni hombre ni mujer (y prácticamente inexistente, por tanto), que sólo conserva aquella mínima porción de alma que permite a un ser seguir viviendo (si a eso se le puede llamar vivir), arrastrarse renqueantemente sobre los muñones de su condición humana.

—Mi señor me protegerá de ti, ¡bruja grosera, fémina malvada!

—¿Tu señor? —gritó Salomón, saltando amenazadoramente hacia él—. ¿De qué señor hablas? Porque

si es de mí, ya puedes desprenderte de tus últimas esperanzas. Sí, sí, no te sonrías con suficiencia, ni hagas ahora como si no te hubieras sonreído, que ya escapé de tus garras, que ya no me engañas. Sé quién eres, sé lo que eres verdaderamente: un eunuco físico doblado de un eunuco anímico, un fantoche insignificante que aspira a ocupar el lugar de Dios en un alma previamente (por ti) arrasada, desolada, desalmada. Y porque lo sé, no siento ante ti ni miedo ni piedad: sólo desprecio y rabia.

Alzó una mano, como para abofetearlo. Y el eunuco, en vez de protegerse el rostro, se lo ofreció, con expresión a la vez dolida y amenazadora, mientras de sus ojos, abiertos a una extensión desértica, brotaban dos lágrimas.

—¡Oh! —dijo Salomón—. En verdad que no iba a pegarte. En verdad que mi gesto sólo era un gesto de advertencia, una mera amenaza. Pero como veo, por tu reacción ante ésta, que perseveras en tu indignidad, que te afirmas en tu pretenciosa y maligna nada, que no renuncias a la blasfema voluntad de arrasar a sangre y fuego las almas para luego alzar sobre ellas el trono, hecho de calaveras y tibias podridas, desde el cual aspiras a suplantar a Dios, sustituyendo Su orden por el desorden del caos rampante, por la confusión y la desesperanza, yo te maldigo y te abofeteo —lo hizo—, y ordeno a todos los míos…

Un grito alucinante había interrumpido sus palabras: Joaquín, con todos los pelos de punta —lo que le hacía asemejarse a un extraño erizo, a un gato aterrado— y con el rabo tieso como un huso, paralelo al suelo, corría, mientras de su boca entreabierta brotaba un lamento inacabable, hacia el jefe de los eunucos.

Extendió éste los brazos hacia él, saltó el mono a ellos, y, a continuación, ambos se abrazaron con muestras extremas de mutuo enternecimiento.

—¿Has oído lo que yo? —preguntó Salomón a Balkis, en un aparte—. ¿No era *mamá, mamá,* lo que ese bendito simio intentaba articular con su estridente e interminable y balbuciente chillido?

—¡Ah! ¿Tú también lo has advertido? —le contestó la

reina—: Al parecer, ese castrado mantecoso le recuerda a su madre.

—Pues no nos interpongamos entre tan singular y repulsiva pareja. ¡Eh, tú! —añadió, dirigiéndose al eunuco—. Si tanto te gusta el mono, no tienes por qué privarte de él: te lo regalamos. Llévatelo, pues, y que no os vuelva a ver el pelo (por lo que a ti respecta, lo que digo del pelo es, obviamente, metafórico de manera exclusiva) durante todo el tiempo que permanezca en esta tienda. ¿Me has entendido? Pues, de ser así, no sé a qué esperas para sutilizarte, con ese felpudo de ojos pequeños a cuestas, y desaparecer.

—¡Uf! —rezongó Balkis en cuanto el eunuco y el mono, intercambiando sonrisas de embeleso y miradas de bellaco arrobo, hubieron salido—. ¿Te diste cuenta de que ese tipo y Joaquín huelen igual: horrorosamente? ¡Aire! —pidió; y una de sus sirvientas se apresuró a alzar algunos de los vientos de la tienda—. ¡Perfumes! —y otra de sus esclavas corrió a satisfacer sus deseos, asperjándola con un hisopo cargado de una delicada esencia—. ¿Seguimos con lo nuestro? —dijo por último.

Con un leve susurro metálico, una cortina sobre la cual había rojas llamas bordadas ocultó de las miradas de Salomón y la reina la lámina de plata que momentos antes revelara al primero el cambio jubiloso sobrevenido a su cuerpo. Regresó Balkis a su cubículo. El rey, respirando hondo, se aprestó a aguardar, con un máximo de serenidad, el inicio de la siguiente etapa del proceso de iniciación al cual se estaba sometiendo. Y cuando el diálogo, que se había iniciado casi de inmediato, de dos tambores de distinto diámetro, ocultos detrás de la cortina con decoración ígnea, empezaba a tornarse enervante, una muchacha de largas piernas y rizada cabellera rubia surgió ante los ojos admirados del monarca.

—Su nombre es Tanit —susurró Balkis desde detrás del espeso velo que impedía verla—. Arisca como la hembra de un garañón, no te resultará fácil montarla, y menos, mantenerla entre tus piernas.

Aunque, dado el potencial erótico de su cuerpo, no

hubiera tenido más que sonreír o desplazar levemente uno cualquiera de sus miembros para arrastrar tras de sí a un Salomón ya inflamado por su mera aparición y por el aroma enervante que emanaba de su sexo depilado, la recién llegada permaneció inmóvil en la posición que había adoptado al entrar, como si le bastara con percibir el acceso de lujuria que embargaba al rey para alcanzar la plena satisfacción del deseo sexual a la que éste aspiraba. Tal actitud, que ponía al descubierto un temperamento excepcionalmente ardiente, sólo sirvió, en consecuencia, para excitar aún más al rijoso monarca. Razón por la cual nadie se extrañará al saber que, un instante después de que ella se inmovilizara ante él, ambos corrían a todo correr —el hombre, rebuznando de contenida lujuria detrás de la esquiva, que no temerosa, hembra—, trazando círculos de variable radio con sus pies desnudos sobre la alfombra que cubría el suelo de la estancia.

—¡Alto, alto! Me estáis mareando —gritó Balkis—. ¿No podéis dejar de comportaros como niños, de una vez? ¡Pobrecita! —añadió, acariciando el cabello de Tanit, quien se había arrojado a sus pies, buscando refugio en su seno—. ¿Te sobresaltó esta bestia, con sus brincos y gesticulaciones? ¡Cálmate, tonta! No era la epilepsia, el morbo sagrado, lo que así lo ponía, sino la ternura, esa pasión delicada. ¿No es así, imbécil? —preguntó a Salomón, al tiempo que lo fulminaba con una mirada colérica.

—Yo no he hecho nada malo —se quejó éste.

—Bien, bien. Pero ¿quieres dejar de empuñar tu miembro, como si fuera una espada; de blandido, como si quisieras degollar con él a esta inocente; y de mirarme con inquina, como si yo fuera la responsable de tus salidas de tono? Tienes que comprender —prosiguió, con voz más suave, sin dejar de acariciar a la muchacha— que las mujeres son seres sensibles, que no soportan ser aojadas, como si de piezas de caza se tratara.

—Yo corrí —se disculpó el rey— porque ella lo hizo primero. ¿Me puedes explicar tú cuál es la causa de que lo hiciera después de haberme invitado tácitamente a que cargara contra ella?

—¡Ah, querido! Eso pertenece al secreto del sumario. ¿No entiendes que el alma humana es compleja y contradictoria, y más, si se trata de una muchacha?

—Entenderlo, sí que lo entiendo. Pero ¿cuándo podré metérsela?

—¡Pues estamos listos! —se alborotó la reina—. Si empiezas con groserías, no sé cómo va a acabar esto. Anda —prosiguió al ver que el pene de su interlocutor se estaba empequeñeciendo alarmantemente—, no te amohínes, da tiempo al tiempo. Toma —y le dio un rollo de papiro—. Échate por ahí, lee esto para distraerte, y espera a que ella se calme.

Se aproximó Salomón a Balkis, para tomar el rollo que le tendía, lo que aprovechó ella para decirle en voz muy baja, mientras vigilaba de reojo a la muchacha cuya cabeza reposaba en su regazo, y que estaba inmóvil, como muerta:

—Finge indiferencia. Esta ceporra es tan rebelde, que sólo eso, tu desdén, puede motivarla a acercársete. ¿Has comprendido?

—Más o menos —susurró Salomón.

Y, encogiéndose de hombros, se acostó en el suelo, bostezó desafiante, y se aprestó a leer el texto que le había sido confiado: un comentario jurídico sobre el derecho de los soberanos de Saba a descabezar a aquellos de sus súbditos que pusieran en entredicho lo bien fundado de la obligatoriedad de bañarse una vez al año, y antes si hubiera peligro de muerte o si fueran a cumplir con el débito conyugal con atraso inmoderado.

Lo despertó el repiqueteo de los instrumentos de percusión, y, seguidamente, tuvo un sobresalto: muy cerca de sus ojos estaban los desnudos pies de Tanit, lo que de inmediato le produjo una erección espectacular.

—¿Por qué me excitará tanto ver a una mujer descalza? —se preguntó, como siempre que su miembro lo alertaba sobre el particular.

—Escucha, Salomón —le decía Balkis, mientras tanto—. Lo que tienes que hacer ahora es muy sencillo: despertar el deseo de una mujer; ofrecerle la revelación de su cuerpo

como sujeto erótico; posponer la satisfacción de tu deseo al pleno desarrollo del deseo de ella para que, de esta forma, la cópula entre vosotros no sea una masturbación duplicada, y para que aprendas que el éxtasis carnal es más grande cuanta más distancia en el tiempo hay entre el surgimiento del deseo y su satisfacción. ¿Me oyes, me oyes, cariño? Pues deja de sobarte la natura, y de bizquear, y de babear sobre la alfombra.

—¡Por fin, por fin! —exclamó Salomón entonces, sobresaltando a las dos mujeres con su grito y dejando de manosearse el músculo priápico—. Por fin lo he comprendido.

—¿Te refieres a lo que te dije antes acerca de los abismos del alma?

—No, qué tontería. Me refiero a la excitación que me produce ver a una mujer descalza. Me refiero al deseo que despiertan en mí los pies desnudos de las mujeres.

—Explícanoslo, pero brevemente: no vaya a ser que ahora seamos nosotras las que nos durmamos. Empiezo a detectar en ti una cierta propensión a la desmesura verbal, a la peor de las verborreas.

—No me interrumpas, no me interrumpas, que no quiero perder el hilo de mis pensamientos. Calla y escucha: mientras contemplaba los pies arrebatadores de Tanit, mientras los pezones y el sexo se me endurecían e irradiaban calor a aquellas partes de mi cuerpo situadas en las proximidades de los mismos como consecuencia del hecho de que sus dedos se movían como si yo estuviera ya dentro de ella y ella desbordara de placer por mí, comprendí súbitamente…

—¡Abrevia!

—… comprendí súbitamente que la razón de que me excite tanto al ver a una mujer descalza no es otra que la siguiente: desperté a la vida sexual, sentí cataclísmica e inolvidablemente mi primer deseo, siendo muy niño, un día o una noche en que sorprendí a una pareja haciendo el amor; ahora bien, como quiera que, más que verlos a ellos, lo que hice fue ver los pies desnudos de la mujer y deducir corporalmente lo que estaban haciendo, establecí una

relación entre aquellos pies desnudos, el acto de hacer el amor, y mi deseo intensísimo, que revive cada vez que me topo con una mujer descalza y que me hace sentir de nuevo la conmocionadora y a ninguna otra comparable, por nueva, sensación que sentí entonces. —Se interrumpió, irritado, prácticamente indignado—. ¿Adónde vas, niña? —preguntó.

Y es que Tanit se había acercado a Balkis —llevándose con ella, obviamente, sus excitantes pies desnudos—, y le estaba bisbeando algo al oído.

—La muchacha estima que eres excesivamente lenguaraz. Y se pregunta si ello no se deberá a que la lengua te funciona mejor que otras partes de tu regio cuerpo —le explicó Balkis mientras Tanit retomaba a su punto de partida, situando de nuevo sus pies a corta distancia de los ojos del rey.

—¡Ah! ¿Sí? —dijo, dolido, éste—. ¿Esas tenemos? Pues, en adelante, no pienso decir ni «esta boca es mía». Y ella será la que se lo pierda.

Y, pasando sin solución de continuidad de la palabra al acto, echó mano al tobillo de uno de los pies de la muchacha.

—¡Ay! —gritó, soltándolo, al recibir en la boca la patada que con el otro pie le había propinado ella.

—¡Tanit, por favor! —la reconvino Balkis.

—Es que no tengo los pies del todo limpios, señora.

—¿A eso llamas suciedad? —rezongó Salomón casi inaudiblemente, pues no dejaba de tentarse los dientes y la lengua para verificar con certeza si continuaban intactos—. ¿A que se te adhiera un poco de polvo en las plantas de los pies por haber andado sobre unas frecuentadas alfombras? Pues oye bien lo que te digo: a mí me excitan más los pies sucios que los limpios. ¿Y sabes por qué? Pues porque durante mi infancia, después del incidente que os conté, espiaba a las criadas, mientras fregaban, para sorprenderlas descalzas. Y eso…

—Salomón —lo cortó Balkis—. Yo creo que si Tanit tuviera que escoger, preferiría el energúmeno de hace un rato al memorialista de ahora. ¿Por qué no haces un esfuerzo, dejas de darle a la lengua y te muestras un poco más activo con tus restantes miembros, y sobre todo, con aquel cuyo

nombre no creo necesario recordarte ahora, dado que ha crecido hasta convertirte en una especie de apéndice suyo?

—Está bien. Está bien. Ya me callo.

Se extendió cuan largo era —lo que no es mucho decir— sobre la alfombra, y añadió:

—Venga.

—Venga, ¿qué? —preguntó Tanit.

—Quiero decir, amable aunque dudosa doncella, que ya estoy preparado para recibir sobre mi bajo vientre tus jugosas nalgas.

—No entiendo.

—¡Mira, niña, te advierto que no debes seguir hinchándome el instrumental venéreo! Soy terrible cuando me enfado, ¿verdad, Balkis?

—¡Por supuesto, por supuesto! —la reina intentaba, con estas palabras, poner un poco de bálsamo en el escoriado orgullo de su fastidiado huésped—. Anda, Tanit, ¿por qué no lo complaces?

—Porque él quiere que yo haga todo el trabajo, como mi sufrida predecesora, y yo no estoy dispuesta a ello.

—Pues si ella no quiere montarme, yo tampoco quiero montarla a ella —exclamó Salomón, como para sí, incorporándose y sentándose a la turca, con fiereza.

—¡Calma! —terció Balkis—. No os peleéis. ¿Acaso no cabe hacer lo que, en el fondo, los dos queréis hacer sin que ninguno de los dos pese sobre el otro, compartiendo como hermanos (o si esta última palabra evoca para vosotros el peor de los fantasmas, el del incesto, y puede enfriar vuestros vacilantes ardores, como primos) el desgaste muscular y energético que necesariamente acarrea tan gozosa como agotadora actividad? Tú, Tanit, podrías, por ejemplo, ponerte a cuatro patas, apoyar luego la cabeza en el suelo, y hacer, por último, una exhibición de tu portentoso dominio de los músculos de la vulva, presionando con ritmo cambiante sobre el miembro de su alteza (a quien, sin duda alguna, sacarás, con ello, de quicio); y tú, mi señor, arrodillándote, admirar sus nalgas hasta que no tengas que avergonzarte, como ahora, de lo que hace de ti un hombre, y demostrarle a ella

que estás en posesión de un instrumento que envidiaría un asno salvaje, de un instrumento que puede darse el lujo de mantener fuera del sexo en el que va a penetrar un palmo de su extensión porque aún dispone de otros dos palmos para ir y venir dentro de él con airosa desenvoltura.

Salomón y Tanit dieron su aquiescencia en silencio.

—¿Podrías hacer —preguntó luego el rey a Balkis, mientras su compañera se ponía en posición de ser penetrada y los músicos ocultos detrás de la cortina flamígera afinaban sus instrumentos— que esos entusiastas del tambor se abstuvieran de acompañar con sus ritmos trepidantes los ejercicios a que vamos a entregarnos? A mí, la música (empiezo a sospecharlo) o me seda o me enerva, y ni una ni otra cosa convienen a la trascendencia del momento presente.

Cesó la música.

—¿A qué esperáis? —preguntó Balkis.

El blanco culo de Tanit se abría como una fruta madura —jugosa, pero dura y tersa y firme— ante los ojos extasiados de Salomón, cuyo pene curvo y desmedido, semejante a un cuerno embolado, cabeceaba convulsivamente. Desafiantemente femenino, cargado de promesas vertiginosas —era el culo de una hembra que se crecería indefinidamente ante el macho más potente—, sus dos nalgas, muy separadas, se teñían de color castaño en las proximidades del esfínter, ceñudamente cerrado, palpitante.

—¡Oh! —exclamó Salomón, tentándolas con manos trémulas, fascinado por la vitalidad agresiva de aquellas carnes trepidantes.

Intentó, a continuación, forzar el apretado anillo de bronce con la lengua, y, al no conseguirlo, procedió a lamerlo, babeante, perseverando en ello hasta que sintió que cedía a sus caricias, abriéndose. Emitió, entonces, el rey una especie de gemido, se echó ligeramente hacia atrás, se cogió la enloquecida verga con una mano, la guió hasta el pequeño sexo oculto de la muchacha, contempló cómo los carnosos labios de éste se iban tragando silenciosamente su virilidad triunfante, y cuando advirtió que la vulva se anillaba y se desanillaba alrededor de su carne más gloriosa, no pudo

contenerse, y, cerrando los ojos y amasando sin control las dos nalgas suaves, imprimió a su pelvis un movimiento de vaivén que de inmediato produjo el efecto buscado: su miembro creció aún más, hasta conseguir anular los movimientos de succión del conducto contra el cual se frotaba, y la muchacha empezó ronronear, como una tigresa en celo, al tiempo que lo topaba en el vientre con su culo endurecido y ardiente.

—Detente un momento y tócate luego los pezones, Salomón —ordenó Balkis, para impedir que el rey eyacularа tan pronto.

Y él obedeció, en lo primero, de inmediato.

—¿Los pezones? —se extrañó, sin embargo.

—Los pezones del hombre son tan sensibles como los de las mujeres, ¿no lo sabías? Acaríciatelos, te lo ruego.

—¡Tu miembro ha empezado a vibrar, Salomón! —la interrumpió Tanit—. ¡No dejes de tocártelos! Y ahora (por favor, mi señor), sigue moviéndote. Así, así. ¡Un momento! Si, manteniendo la rodilla izquierda apoyada en el suelo, levantaras la otra pierna y rodearas con ella mi muslo derecho y posaras la planta del pie correspondiente lo más adelantadamente posible, tu miembro rozaría mejor una parte de mi vagina a la que ahora apenas llega, y yo podría, así… ¡Sí: así, así, así! Bueno —dijo de inmediato, cambiando agresivamente de voz—, ¿qué te pasa ahora? ¿Por qué te has parado?

Salomón —que, efectivamente, lo había hecho— no le contestó a ella: cuando, venciendo su irritación, consiguió hablar, lo hizo dirigiéndose a Balkis.

—Esta muchacha, a la que nada le parece suficiente, se imagina que yo voy a ser capaz, a un tiempo, de traqueteármela, de estar atento a que no se me salga el pene (lo que, dada la forma en que estamos fornicando, exige un máximo de atención), de acariciarme el pecho, de guardar el equilibrio (semiarrodillado como estoy), y de impedir (¿con qué mano?) que, en su excitación, aleje su culo de mi vientre. ¿Quieres explicarle que yo no soy un titiritero, un equilibrista; que hay cosas que están fuera del alcance de un

bípedo normalmente constituido?

—Bípedo no sé si lo serás, mi señor, que yo ignoro el sentido de la palabra ésa, pero lo que sí sé que es que, hace unas horas, tú aseguraste a la reina, mi señora, que eres un funámbulo en materia de amor, u otra insensatez por el estilo.

—¿Te das cuenta, Balkis? —se sulfuró Salomón—. Esta lagarta nos espiaba.

—¡Ah, sí! ¿Lagarta? Pues toma lagarta —dijo entonces Tanit, y, echándose sin miramientos hacia adelante, adoptó la posición extendida característica de un cocodrilo.

—Y ahora yo, ¿qué hago? —se lamentó Salomón, al tiempo que contemplaba con estupor su descaecido miembro, brutalmente arrojado fuera del sexo de la muchacha por ésta.

—Cualquier cosa, menos masturbarte —le reconvino Balkis al ver que se aprestaba a hacerlo con la vista clavada en el esbelto cuerpo de Tanit—. ¡Vuelve a tomarla! Ayúdala a superar sus inhibiciones emocionales, sus manías, con tu violencia.

Un aullido doble, casi simultáneo, atronó la tienda. Salomón se había lanzado sobre Tanit, y la muchacha se defendía con uñas y dientes de los abrazos, de las presas de su agresor.

—¡Quieta! —berreaba él.

—¡Eso díselo a tu madre! —tartamudeaba ella.

Formando con sus cuerpos nudos que se deshacían y se formaban de nuevo, jadeando y resoplando, maldiciendo y jurando, la pareja botaba de acá para allá, arrastraba y desprendía de sus argollas cortinas y velos, derribaba sillones, arrugaba y desplazaba alfombras, en una caricatura desalmada del acto amoroso. Si bien se mira, sin embargo, no era tanto una caricatura como una manifestación radicalizada del fundamento ambiguo de la relación entre los sexos: la muchacha rechazaba al hombre, pero no hasta el punto de hacerle perder la esperanza de que, con un poco más de esfuerzo, conseguiría tornar su agresividad en entrega activa; él, por su parte, aunque aprovechaba la ocasión para vengar pasadas afrentas con puñadas poco caballerosas y apretones

de muslos que hasta entonces reservara para aquellos de sus caballos más especialmente indómitos, no dejaba de utilizar el pretexto de la pelea para meter mano donde sin autorización de la interesada no hubiera debido, y para poner en contacto, por fugazmente que fuera, sus zonas erógenas con las de ella. Acariciaba, así, febrilmente, mientras podía, el vientre suavísimo, tierno, de la muchacha, y sus pechos duros y delicados, de pezones gruesos, calientes, y rugosa areola; hurgaba entre sus nalgas sudorosas, pugnaba para introducir un dedo entre las dos mitades carnosas y húmedas, con olor a almizcle, de su sexo, le tironeaba del vello crespo de las axilas, se metía en la boca los dedos de sus pies y le mordía los de la mano, hincaba las uñas en la carne frágil e indefensa que cubría su rabadilla, rozaba sus muslos peludos contra los de ella, tan tersos y desnudos, y, en fin, le echaba los dientes a toda zona carnosa que se ponía al alcance de éstos.

Al fin, consiguió dominarla: estaba sentado encima de ella, le inmovilizaba las piernas con los pies, le sujetaba las muñecas con puño de hierro.

—No debes tenerme miedo —dijo, melifluo, cuando consiguió recuperar el aliento.

—¿Miedo, yo? —borboteó la otra—. Yo no le tengo miedo a ningún rey de mierda.

—¡Mira que te doy!

—No será con ese gusanillo baboso que me hace cosquillas en la entrepierna…

Exasperado, Salomón pidió ayuda a Balkis con la mirada.

—¿Qué hago con ella? —preguntó luego.

—Sedúcela y convéncela de que debe abrírsete. Arguye a tu favor. Encántala con tu verbo floreciente.

Y Salomón así lo hizo. O, por lo menos, lo intentó: poetizó, aduló, endechó —hablando de sí—, contó chistes, filosofó desbaratadamente, habló a tontas y locas; y todo ello, inacabablemente, desaboridamente, abrumadoramente.

—¡Ya basta, ya basta! —acabó por interrumpirlo la reina —. Aprovecha ahora. Métesela. ¿No ves que, escuchándote, se ha quedado dormida, como yo, ¡ay!, también he estado a

punto de hacerlo? Anda, haz cerebro y poséela. Y no te olvides luego de tomar clases con un buen maestro de retórica: en cuanto abres la boca, aburres hasta a las ovejas.

La eyaculación sobrevino tan rápidamente, que no dio a la muchacha ni siquiera tiempo para despertarse. Sólo consiguió arrancarla de su sueño —que, en honor a la verdad, hay que decir que estuvo amenizado con ronquidos, lo cual pudo ser la causa de que Salomón sólo alcanzara el orgasmo de refilón, como para cumplir con las apariencias— el ruidoso atareamiento de las otras esclavas alrededor de Salomón, quien, sentado en un sillón con las piernas despatarradas, el pecho hundido y la cabeza colgante, de puro agotamiento, apenas advertía que las jóvenes, con entusiasmo digno de mejor causa, lo jaleaban mientras le echaban aire con grandes abanicos de plumas, le secaban el sudor del cuerpo con una enorme toalla mojada, le masajeaban los hombros y los pies, las agarrotadas pantorrillas, y le daban a beber sorbos de agua que él, incapaz de tragar, espurreaba una y otra vez, como un niño malcriado, sobre su vientre.

—Viene alguien. Cúbrete —oyó que le decía Balkis—. No es decoroso que te vean así.

Y él, levantándose con los ojos entrecerrados, dejó que las muchachas le pusieran su túnica.

Quien llegaba, para sorpresa de Salomón, era el capitán de su guardia personal —el mayor de sus ofensores—. Y no venía solo: dos de sus soldados portaban unas parihuelas sobre las que el cuerpo del mono Joaquín yacía inmóvil.

—Altezas —declaró el capitán después de haber rendido pleitesía a Salomón y Balkis—, si me he atrevido a irrumpir en vuestra intimidad, ha sido por dos razones. Primera, que mis hombres han encontrado inerte sobre la arena a este simio, el cual, según mis informes, pertenece a mi señora —hizo una inclinación de cabeza como señal de respeto hacia la reina—. Segunda, que me inquietaba no tener noticias de ti, señor mío y rey mío, y quería recibir instrucciones de tu boca acerca de las misiones de vigilancia que debo asignar a mis hombres: ¿guardar nuestro campamento, redoblar la protección de esta tienda, que ya está bajo la guardia de los

hombres de armas de mi señora?

Más que la inesperada e indeseada visita de su capitán —que ya, de por sí, le había fastidiado inequívocamente—, a Salomón le incomodó el hecho de que las servidoras de Balkis se hubieran apresurado a venir a verlo, en masa, y de que estuvieran escuchándolo, con atención tan injustificada, con el alma en vilo —por así decir—. No es de extrañar, por ello, que le contestara desabridamente: «Nadie te llamó. Tus explicaciones sobran». Ni que pusiera mala cara cuando la reina, sin consideración para su explícito y regio desagrado, lo invitara de seguido a sentarse, a beber una copa de cerveza egipcia —lo que nunca le había ofrecido a él— y a explicarle qué sabía de las andanzas del cargante mono Joaquín —un mero pretexto para oírle hablar, para mirarlo, pues bien sabía Salomón que la pasada actitud ambivalente de Balkis ante el simio (irritación y ternura) se había trocado en aversión— durante las horas que pasara junto al jefe de los eunucos, fuera de la tienda.

—El mono, Majestad —explicó el capitán con pocas palabras, como si se sintiera violento por estar donde estaba, no bien se hubo bebido de un solo trago la cerveza (tanta ansiedad en trasegarla también resultaba sospechosa a ojos de Salomón)—, únicamente ha hecho dos cosas, que yo sepa, en todo este tiempo: mantener conciliábulos interminables con el eunuco y escandalizar a mis soldados sodomizándose con el rabo, práctica nefanda que al parecer le enseñara aquél. En cuanto a la causa de que se encuentre ahora, al parecer, a las puertas de la muerte —mientras hablaba, el capitán no miró directamente a Balkis ni una sola vez, lo que incrementó la desconfianza del rey—, sólo sabemos lo que dijo el físico de mi señor después de someterlo a reconocimiento: que ha sufrido un ataque al corazón del que se ignora (aunque se sospecha del eunuco antes citado) quién es responsable. Algunos sostienen, sin embargo —añadió—, que su desmayo es fingido y que pretendía servirse de él para ser devuelto a esta tienda, se ignora con qué propósito.

Oír estas palabras, abrir de par los ojos, y saltar, Joaquín, de las parihuelas, fue sólo uno: antes de que nadie hubiera

podido echarle mano, ya se encontraba haciendo equilibrios sobre una de las barras de las que pendían las cortinas que compartimentaban la tienda.

—¡Atención! —advirtió el capitán a sus dos soldados, quienes habían dejado caer las parihuelas al suelo por efecto de la sorpresa—. Ese macaco esconde algo tras la espalda. No lo perdáis de vista, pues puede ser peligroso. No me fio de alguien —añadió, a la intención de Salomón y Balkis, y apartando para ello la vista del mono— que, como él, ha entrado en un grado tal de intimidad, y en tan corto plazo de tiempo, con un ser tan retorcido y maligno como aquel que, por decisión de mi señor, es jefe de sus eunucos.

—¡Mire, capitán! —gritaron entonces, a una sola voz, los dos soldados.

Y es que el mono, como para neutralizar el mal efecto que las palabras del capitán hubieran podido producir en el ánimo de los presentes, procedía ahora a bendecir a éstos, con gravedad apostólica, desde lo alto de la barra en la que estaba emperchado.

—¡Ay, ay! —gritaron las muchachas, huyendo desordenadamente, al ver que Joaquín, aprovechando el relajamiento de la atención que se produjo en quienes lo contemplaban cuando puso término a su pantomima sacerdotal, había saltado sobre Salomón blandiendo una navaja barbera.

—¡Que lo degüella! —exclamó uno de los soldados.

Pero allí estaba su capitán para impedirlo: de un salto, se interpuso entre el rey y la homicida aunque diminuta bestia vociferante, sujetó luego a ésta por el cuello y por la muñeca de la mano que sostenía la navaja, y apretó tanto, por último, uno y otra, que el mono, desvanecido realmente ahora, dejó caer el arma y no emitió queja alguna al ser lanzado contra el suelo.

Se precipitó Balkis hacia Salomón. Le palpó todo el cuerpo, angustiada, a fin de comprobar que no estaba herido. Y cuando hubo terminado, la expresión de desconsuelo que durante esta operación contraía su semblante se mudó en otra, de rabia.

—Detrás de este atentado —dijo— se encuentra la mente del jefe de los eunucos, ese hombre atroz. Su plan, felizmente fallido, era muy simple: mi mono te mataba y ello desencadenaba el ataque de tus soldados contra los míos. Incapaz de soportar el haber sido desenmascarado, el haber perdido por ello su poder sobre ti, quiso vengarse de nosotros dos y gozar de una matanza multitudinaria de la que él y su abominable secuaz saldrían como mediadores y pacificadores, y como consejeros de elección de aquellos que nos sucedieran en nuestros respectivos tronos. ¿Nos servirá esto de lección, me pregunto? ¿Nos enseñará lo ocurrido a dejar de contemporizar con el mal, a arrancarlo de nuestro entorno aunque al hacerlo nos sintamos divididos entre nuestra voluntad de amar a los demás y nuestra certeza de que quien rompe con el orden de Dios se convierte en una amenaza para todos? Yo no sé, Salomón, si tú has extraído las consecuencias correctas de lo ocurrido, pero sí puedo asegurarte que en mi ánimo ya no cabe ninguna duda, que estoy decidida a alejar de mí, para siempre…

—Déjame, señora —la interrumpió Salomón—, que yo afirme mi orgullo tomando por mí mismo la decisión que tú ya has hecho tuya. ¡Capitán! Te ordeno que te lleves contigo este despojo lamentable, este simio incordiante y malvado, y que busques al eunuco y lo prendas, y que hagas que tus hombres abandonen a los dos muy lejos de aquí, en el más remoto rincón del desierto (de ese desierto que es una mera metáfora de aquel, mucho más desolado aún, en que han acabado por convertir sus almas), y les hagan comprender que la muerte más atroz será su lote si vuelven a dejarse ver por las proximidades no ya de este campamento solamente, sino también, de las tierras que cercan los reinos de Judá y de Saba. ¿Has comprendido?

Cabeceó afirmativamente el otro, cuyos ojos se velaron furtivamente al oír cómo Balkis le agradecía el haber salvado a Salomón, el haber preservado la paz y el haber hecho posible un futuro —el de ella y él unidos, supuso, con el cuerpo atravesado por una insospechada corriente de alegría, el rey— de felicidad y de prosperidad para los dos pueblos

allí reunidos, y de felicidad y de plenitud para los dos más altos representantes de los mismos.

—Has estado espléndido al final —dijo Balkis a Salomón en cuanto hubieron quedado solos—, pero vacilante, y aun lamentable por momentos, durante el tiempo que medió entre la llegada del capitán y la agresión de Joaquín. No, no te enfurruñes: yo comprendo que la presencia del capitán te trajera a la memoria esa escena infamante de la que fuiste avergonzado testigo y de la que, a pesar de tu silencio al respecto, todo el mundo sabe, en tu reino y en el mío; y, lo que aún debe de resultarte más desorientador, que esa presencia te remitiera a la persona de tu difunto padre, David, con quien tu madre te puso a luchar desde que eras muy pequeño, y al que, en consecuencia, has visto siempre como un enemigo, como un peligro para ti, a pesar de que él te quería y de que tú, sin confesártelo, lo quieres y lo has querido siempre. Pero, afortunadamente, ya no eres el que eras cuando entraste por primera vez en esta tienda: tu valor al aceptar que estabas enamorado de mí, tu decisión de llegar a ser el hombre que podías ser, tu tenaz empeño en seguir el camino de iniciación y de liberación a cuyo término yo te esperaba, y aún te espero, han hecho que los dos dramas de que hablé precedentemente, el de la traición de tu capitán y el de la pugna con tu padre, sean sólo eso, dramas, y no ya problemas (y problemas insolubles), como antes. Te encuentras, pues, en un trance del que depende tu futuro: si, según hiciste hace un rato, entras en el juego de tu madre y te celas de ese capitán que te recuerda a tu padre, y lo envidias, e intentas humillarlo sin motivo, abusando de tu autoridad para ello (lo has tratado como si no existiera, no lo has mirado cuando nos hablaba, no le has agradecido que te salvara), entonces seguirás siendo un niño doblado de un hombre al que el primero no deja crecer; pero si, por el contrario, te asumes como lo que eres, un rey magnífico, un hombre que sólo se compara con la imagen que Dios puso dentro de su alma, y tomas decisiones tajantes (como esa, realmente magnífica, de arrojar al desierto al eunuco y al mono Joaquín), decisiones valerosas que impliquen trazar

una frontera infranqueable entre lo que está bien y lo que está mal, entre lo que puedes y no puedes permitirte, entre lo que puedes y no puedes permitir a los demás (incluyendo a tu madre, incluyéndome a mí), te convertirás en el que naciste para ser, en mi compañero y en un rey cuya sabiduría será legendaria por los siglos de los siglos.

—Exiges demasiado —protestó Salomón—. Y si bien lo piensas, sólo a mí, en rigor. ¿Por qué no pusiste coto a las miradas de doble sentido del capitán, y me reprochas, en cambio, que yo, que me contuve para no organizar un escándalo sobre el particular, no me mostrara complaciente, o cariñoso, o yo no sé qué, con él?

—No puedes decir, honradamente, que ese hombre me haya mirado ni una sola vez sin respeto. Cuando me hablaba, lo hacía con los ojos bajos, por consideración a ti, en cuanto hombre, y a nosotros dos, en cuanto reyes.

—No me refería a ti. Me refería a esa esclava tuya, pelirroja, a la que él lanzaba miradas ardientes, con insistencia y con turbia ternura, sin tomar en consideración el hecho de que quizá yo le hubiera echado antes el ojo encima.

—Él no podía imaginarse que, estando yo contigo, tú tuvieras ojos para cualquier otra mujer.

—Yo no sé lo que él podía o no podía imaginarse, pero, por si acaso, voy a demostrarle quién es, de entre los dos, el que verdaderamente manda, aquí y fuera de aquí: quiero que esa muchacha sea mía, y ahora mismo.

—Tu camino de iniciación pasa antes por otra. Pero si los incidentes de hace un rato te han alterado hasta el punto de que busques un motivo de pendencia entre nosotros, de que intentes encelarme y de rebelarte contra una autoridad que yo en ningún momento he intentado imponerte, sea, haz con esa muchacha lo que quieras, y escoge tú, luego, por ti mismo y sin nada que puedas considerar coacción de parte mía, si quieres continuar caminando por la difícil senda que escogí para ti (por ti y por mí) o si prefieres volver a tu vómito de siempre, a tu confusión y a tus miedos cotidianos, lejos hasta de mi recuerdo.

—No radicalices, por favor —rogó Salomón—. Si quiero

hacer el amor de inmediato con ella no es sólo para quitarle a mi capitán algo que él no tiene por qué pensar, con su acostumbrada suficiencia, que es suyo, sino también, y quizás únicamente (por lo menos, ahora mismo, después de tu negativa, que me ha hecho reaccionar), porque esa muchacha pelirroja me recuerda a ti, y, ya que tú no me dejas aún yacer contigo, necesito hacerlo con una mujer que en algún sentido se te asemeje.

—Ella se llama Débora, desciende de un cautivo judío que fue vendido en Saba como esclavo, y es como yo era cuando aún no había conseguido posesionarme del núcleo de mi ser. No se te entregará si no es por voluntad propia, y yo no haré nada para convencerla de que lo haga. ¿Estás preparado para asumir tu fracaso si ella no te encuentra de su gusto? ¿Me prometes que no insistirás para que yo tuerza su voluntad (lo que bajo ningún concepto pienso hacer) si ella se te resiste? Pues si es así, espera un momento: ¡Débora! —llamó.

Y Débora acudió corriendo.

—Olvídate por un momento —le dijo Balkis— de que este hombre es quien es, y dime: ¿lo encuentras hermoso, varonil, deseable en suma?

La muchacha, sin decir palabra, examinó detenidamente a Salomón de arriba abajo, y, dubitativa, se puso a pensárselo.

Cuidando de no estorbar su meditación y de no influir en ella, Balkis pidió con un gesto al rey que se quitara la túnica.

—¿Y ahora? —preguntó, una vez que el otro estuvo por completo desnudo.

—¡Oh, señora, ahora es distinto! —replicó la muchacha—. Yo lo vi cuando llegó, también sin ropa, y lo recordaba con un cuerpo a medias varonil y a medias de niño, con depósitos de grasa propios de bebé o de matrona lustrosa, sin músculos y con expresión a la vez jactanciosa e insegura, lo que, como puedes imaginarte, no me motivaba de manera especial (más bien, me repugnaba). Ahora, en cambio, es otra cosa. ¡Mira ese cuerpo! ¡Observa cómo se le han ensanchado los hombros, cómo ha cobrado amplitud su pecho!

—Por favor —rogó Salomón—. Que no se prolongue mucho este examen. Me da vergüenza y me excita estar aquí,

desnudo, ante dos mujeres vestidas, con predominio del sentimiento de pudor herido.

—No te tapes el sexo —le reprendió Balkis—, que no hay nada en él de lo que debas avergonzarte. ¿No te parece, Débora?

—No es ni grande ni pequeño, pero sí fuerte y de bellas líneas. ¡Mira cómo crece y se curva! Sus proporciones son perfectas.

—¿Y qué piensas de sus piernas y de sus pies?

—Que me gustaría ser estrechada por ellas y acariciada por ellos, indefinidamente.

—¡Desnúdate! —rogó Salomón.

Ella obedeció, presurosa, acostándose sobre la alfombra, boca arriba y con las piernas muy abiertas.

—¡Oh, oh, oh! —se quejó Salomón, inclinado ya sobre ella.

—¿Qué te pasa, mi señor? —se inquietó Débora—. ¿Algún esguince inoportuno? ¿Alguna torcedura o distensión violenta?

—¡Qué más quisiera yo que fuera algo de eso! Es mucho peor: mi lumbago de siempre y el exceso de ejercicio con tu compañera me han dejado baldado. Pero no te preocupes, que no es nada: este dolor insoportable se me pasará enseguida. ¡Anda, abre de nuevo las piernas, y pronto, que si tardas, no sé si conseguiré llegar hasta donde debo!

—¡Pobrecito! —comentó Débora con Balkis, sin hacer lo que le había pedido el rey—. Sería inhumano permitirle hacer el amor en el estado en que se encuentra.

—Pero si estoy bien —protestó Salomón, con un lamento.

—¡Ay, señor! ¿Qué quieres que te diga? Yo soy así, no puedo soportar el sufrimiento ajeno. Por lo tanto, lo mejor es que vayas haciéndote a la idea de que no me tendrás hasta que yo no haya conseguido, a base de masajes, ponerte como nuevo. Déjate, pues, caer al suelo, gira sobre ti, ponte boca abajo, y espera a que te devuelva la flexibilidad perdida con mis manos amorosas y humildes. Será cosa de un momento.

—¡Maravilloso contacto! ¡Suavidad imprevisible! —sentenció el rey cuando Débora comenzó a acariciarle los pies

—. Si sigues tirando así de mis dedos, voy a alcanzar el orgasmo sin más preliminares, a pesar de mi cansancio y de mi anquilosamiento —añadió no bien ella dio en diversificar su manipulación de los pulpejos—. ¡Oh! ¿Quién te enseñó a hacer esto? El vello de mis piernas se eriza en cuanto tus manos lo rozan, mis músculos se desagarrotan bajo su presión, mis nalgas se distienden y mi esfínter se afloja ante la proximidad de tus dedos, y todo yo ardo, con un incendio callado y sumiso, a medida que me tocas, me presionas, me pellizcas…

—Date prisa en terminar —oyó Salomón, como entre sueños, que decía Balkis—. Parece sentirse tan a gusto, que es capaz de dormirse…

—Esto lo despertará —dijo Débora.

Y, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, golpeó con el canto de una y otra mano, como enloquecida, la espina dorsal de su regio paciente.

¡Nunca lo hubiera hecho! (O por lo menos, no tan de improviso, no con tanto entusiasmo, no tan fuertemente).

Pues sucedió que el rey, saliendo bruscamente de su duermevela y creyéndose agredido, dio un brinco mortal, tuvo un mal gesto, y de inmediato se dio cuenta, con el rostro cubierto por una máscara de angustia hecha a base de músculos contraídos, de que se había quedado paralítico.

—Dios, Dios —bisbiseó con una pierna en alto.

—¿Qué le pasará ahora? —se extrañó Balkis.

—Debe de ser —opinó la siempre optimista Débora— que le ha gustado tanto lo último que le he hecho, que no quiere moverse hasta acabar de disfrutar por completo de la acción benéfica de mis golpes.

—¿Por qué, entonces, nos mira así, con los ojos desorbitados, no sé bien si de dolor o de espanto? —se extrañó la reina.

—Quizá no haya encontrado mejor modo de expresarnos su placer que adoptando, por contraste, esa mueca desesperada.

«¡No, no!», dijeron los ojos de Salomón, al oír éste lo que antecede.

—¿Y qué será —también Balkis empezaba a sentirse inquieta— lo que lo mueve a bizquear ahora?

—¡El dolor! —consiguió susurrar, cavernosamente, el rey.

—¡Ay! —exclamó al oírlo la muchacha pelirroja, todavía sin dar pleno crédito a sus oídos.

—No te asustes, Débora —la tranquilizó la reina—. Él es de natural bromista, y debe de estar haciendo toda esta comedia para inquietarnos. ¡Bueno, Salomón, ya está bien! —añadió, empujando al rey con una mano—. Baja la pierna.

Se oyó un aullido. Luego, una maldición (el dolor que acababa de sufrir a manos de Balkis, parecía haberle devuelto a Salomón el habla).

—Estoy acabado —dijo culpabilizadoramente luego—. Paralítico, parapléjico, y encima, renco.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es lo que he hecho? —gimoteó Débora.

—En vez de llorar, échame una mano —le ordenó Balkis—. En momentos como éste, hay que conservar la sangre fría. Cuando te diga «¡ya!», tira tú de la cabeza del rey, que yo lo sostendré, bien firme, por los tobillos. Ya verás cómo, así, lograremos desenroscarlo sin esfuerzo, en un momento.

Y antes de que el alarmado alarido de Salomón pudiera impedir que pusieran en obra su propósito, ya lo habían hecho.

—Prefiero seguir paralítico el resto de mi vida que volver a ser tironeado así —acertó, por último, a articular el rey, siempre con su pierna tiesa y con los hombros engarabitados—. ¡Por el amor de Dios: no volváis a intentar ayudarme! Dejadme como estoy. Absteneos de manifestar vuestro amor por mí con golpes y violencias, que yo sabré corresponder al esfuerzo que tengáis que hacer para venceros quejándome menos de lo que corresponda al dolor que, con la mejor intención, me habéis causado, y que no me abandona.

Obedientes, Balkis y Débora se sentaron en el suelo, junto a él, dispuestas a esperar el tiempo que fuera preciso a que Dios hiciera un milagro o a que Salomón, por sí solo, se recuperara.

Poco tardó Débora, no obstante, en dejarse vencer por su

irresistible tendencia a hacer por los otros, en lugar de los otros, aquello que éstos necesitaran para alcanzar o recuperar su bienestar moral y físico.

—Yo creo —dijo de repente— que hacer el amor conmigo podría sentarle bien a nuestro rey, podría devolverle la flexibilidad de sus articulaciones.

Enderezó Salomón la oreja, metafóricamente, interesado por lo que acababa de oír.

—¿Y cómo? —dijo, sin embargo—. Estando inmovilizado de tan mala manera, no sé cómo podría yo producir ese movimiento de vaivén sin el cual no hay orgasmo posible.

—¡Qué tontería eso del vaivén! —saltó Balkis.

Débora, por su parte, prefirió ignorar la precedente muestra de la inocencia del rey.

—No te preocupes por nada, mi señor —lo tranquilizó—. Déjalo todo en mis manos, y no tendrás queja de ello.

—¿Te vendría bien, Salomón, un poco de música —se interesó la reina—, mientras permaneces entre los brazos de esta pelirroja de ancestros, con toda seguridad, samaritanos?

—¡No, no! Temo a tus músicos, querida, más que al aguijón de la avispa, que al mordisco de una bestia carnicera.

Entre Balkis y Débora, colocaron a Salomón de costado, esforzándose en desentenderse de los lastimeros gemidos que sus manejos provocaron en el desventurado rey. Después, la segunda de ellas, con un suspiro —no se sabía bien si de exasperación o de cansancio—, se extendió a su lado. Y, como quiera que al hacerlo había rozado con uno de sus jóvenes senos la cara del monarca, cuando cogió con una mano su miembro no tuvo que hacer nada para enderezárselo: Salomón se encontraba a punto.

Tanteó Débora entre sus piernas con el tenso miembro regio, y, poco a poco, fue consiguiendo que éste se abriera paso bajo el airón escarlata que flameaba sobre su monte de Venus; luego, de un solo golpe, su sexo empenachado de rojo pareció tragárselo, y ella y el rey quedaron soldados por el bajo vientre.

—¡Uf! —exclamó Salomón con satisfacción.

Miró a su compañera y sus ojos se cubrieron de lágrimas

de ternura: ella parecía tan bella, tan femenina, tan niña y, sin embargo, tan imperiosamente mujer, que uno no podía sino llorar de agradecimiento porque Dios hubiera permitido que un ser así se mantuviera incólume a través de los años y del sufrimiento que de manera necesaria éstos llevan consigo.

—Te quiero —dijo. Y sintió que ella, en respuesta no tanto a sus palabras como al fulgor de sus ojos que las acompañara, apretaba aún más su sexo contra el suyo.

—No, no te muevas —le pidió Débora seguidamente, al ver que él, a pesar del dolor que ello le causaba, no podía controlar su pelvis y pujaba con su miembro en su interior.

—Cuando se tiene entre los brazos a una mujer así —le explicó Balkis— un hombre no necesita moverse para alcanzar el orgasmo. Le basta con no dejarse ir a fantasías, con alejar de sí el miedo a no dar la talla, con asumir que sexo y amor no son incompatibles ni aun durante los segundos en que el semen brota. ¿Por qué, Débora, no le ayudas tú a superar su inseguridad, desencadenando el proceso que acabará con todas sus resistencias?

Y Débora puso en práctica lo que su señora le había sugerido: rozó los labios de Salomón con los suyos, se los lamió lentamente, abrió con su lengua la boca de él y lo provocó para que le respondiera, mordió la lengua que por fin salió al encuentro de la suya, retiró la suya al interior de su boca, y cuando la del rey la buscó, se la mordió de nuevo, antes de abandonársela, mientras sus pechos rozaban el pecho de él, y sus pezones buscaban los suyos, con los que estableció un contacto que puso a latir el miembro del hombre en su interior, y a jadear a ambos, y a babear a uno y otra, y que, por último, hizo que la sangre de los dos se encrespara como un torrente de montaña, y que el semen de él entrara en movimiento y la humedad de ella se incrementara, y que, durante unos segundos arrebatados al orden del tiempo, él y ella, un macho y una hembra, y sólo eso, accedieran al ámbito, guardado por ángeles, de la eternidad.

Una vez que él hubo cesado de contraerse, y ella, de sumar orgasmos cada vez más tiernos y abarcadores, cayeron

en una quietud que era sólo aparente: todo en sus cuerpos estaba en movimiento a nivel molecular, todo en el interior de ambos se regeneraba y florecía.

—Pero yo, ¡ay! —se lamentó Salomón, intentando bromear—, sigo tan anquilosado como si aún no hubiera sido concebido.

Decir esto fue una equivocación: invitada de tal forma a retroceder a su posición salvadora de un rato antes, Débora se puso en pie de un salto y, después de mascullar: «A grandes males, grandes remedios», convocó a voces a sus compañeras, y les pidió, no bien llegaron, que masajearan todas de golpe al (de nuevo) atemorizado rey, cuyos gritos de protesta no pudieron evitar que todas aquellas mujeres, animadas por la mejor de las intenciones, se desencadenaran contra él en un torbellino que materializaba el sueño imposible de los más grandes masajistas de la historia.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —dijo Balkis cuando las muchachas, horrorizadas por el estado en que estaban dejando a Salomón, huyeron del lugar del crimen.

A Débora no se le ocurrió nada, pero al rey, en cambio, sí.

—Llamaré a mis genios —somormulló con un hilo de voz —. Únicamente ellos serán capaces de arreglar este estropicio.

¿Cómo pudo la esmirriada llamada de Salomón llegar hasta sus díscolos, dados a la exploración de comarcas lejanas y, por lo común, reticentes en lo tocante a la disciplina, genios? Esto se ignora. Sorprendentemente, sin embargo, apenas la voz del rey se hubo diluido en una queja a efectos prácticos inaudible, ellos ya estaban allí. Con tumulto y atropellamiento, en masa y todos de una vez. Lo que no dejó de producir los efectos que cualquier observador independiente hubiera dado por descontados: las muchachas, espantadas, escaparon de la tienda por la puerta, por los vientos, y, algunas de ellas (las más laboriosas), por los túneles que se apresuraron a cavar en la arena sobre la cual se alzaba la misma; Salomón quedó sepultado bajo un sinnúmero de pies en movimiento; Balkis vio surgir en su tomo un muro circular de rostros masculinos animados por

sonrisas a la vez serviles y fatuas; y Débora, tomada por sorpresa y emparedada entre cuerpos varoniles, no acertaba, por más que subía la voz, a poner un poco de orden en aquel guirigay.

—¡Ya basta, ya basta, cretinos! —rugió Balkis—. No soy yo, sino vuestro amo, Salomón, quien os ha convocado, y aunque, por lo que veo, la virilidad constituye para vosotros un imperativo categórico, os recuerdo que vuestro deber primero ha sido siempre y sigue siendo obedecer a vuestro señor, y, no digamos, socorrerlo en caso de necesidad, como ahora.

¡Ah, qué espectáculo aquél, tan inesperado y sorprendente! Fascinados por Balkis, los genios habían adoptado *ipso facto*, en cuanto la entrevieron, su mejor apariencia. ¡Nunca, desde el alba de los tiempos, hubo una tal concentración de hombres hermosos! Los había forzudos y de ojos tiernos, frágiles y románticos, atléticos y un tanto narcisistas, entre maduros y jóvenes, niños con bozo, ancianos de buen ver, altos y medianos y bajos, pero todos ellos de proporciones perfectas, con genitales de cualquier tamaño y forma, y mostraban sus músculos, su delicadeza o su apasionamiento, en un revuelo de cabelleras y de barbas (rizadas o no, rubias, negras, blancas y rojas), en un rebrillar de cráneos y de mandíbulas afeitadas, mientras hacían flexiones de piernas, daban saltos mortales, se inmovilizaban para pensar o soñar, y fingían que se alejaban con una languidez conmovedora.

—He dicho que devolváis la capacidad de movimiento a vuestro rey, que es mi amor. ¿No me habéis oído? —gritó Balkis.

Rezongando, un genio, el más alejado del lugar donde estaba ella, se acercó a Salomón, lo consideró un momento irónicamente, lo rozó con su babucha, y, sin esperar a comprobar si su acto había producido el efecto buscado con él, volvió dando brincos hacia la muchedumbre que se agolpaba alrededor de Balkis, seguido por el rey, que había recuperado —¡y ya era hora!— la flexibilidad de sus articulaciones y el dominio de sus músculos y de sus

miembros.

Se hendió la muchedumbre antes de que el rey llegara hasta ella, y, al extremo del pasillo así abierto entre los cuerpos apelotonados de los genios, surgió Balkis, que se apresuró a correr hacia Salomón, quien ya lo hacía en dirección a la reina. Se abrazaron. Se besaron. E, incongruentemente, los genios, hasta entonces tan olvidadizos del respeto debido a su señor, rompieron a aplaudir con exagerado entusiasmo, mientras Débora, con los ojos cuajados de lágrimas, buscaba furtivamente la salida.

—Ésta es, a partir de ahora, vuestra señora —dijo Salomón a su ya sosegada grey—. ¿Qué esperáis para demostrar el regocijo que ello (estoy seguro) os causa?

La tienda pareció a punto de venirse abajo: los genios saltaban, crecían y se empequeñecían, botaban y volaban, entrechocaban y se retorcían, entre gritos, rugidos, risotadas y sollozos de alegría; retumbaban la seda y el cuero que aislaban a todos del exterior, como si los azotara un vendaval, y Salomón y Balkis, con las manos entrelazadas, sonreían beatíficamente, mirándose a los ojos.

—Y ahora… —dijo él, por último.

En el silencio respetuoso que siguió, los presentes descubrieron, con gran sorpresa, que allá afuera, al otro lado de la tienda, un tumulto incomprensible se esforzaba por emular al que, hacía sólo unos momentos, reinaba en el interior de la cálida *haima*.

—¡Se matan, señora! ¡Se matan, señor! —gritaron las esclavas de Balkis, irrumpiendo en el interior del recinto y arrojándose a los pies de la pareja de reyes.

—¿Quiénes son los que se matan, quiénes?

No esperaron los genios a oír la respuesta de las muchachas. Curiosos por naturaleza, volaron como un solo hombre a la entrada de la tienda, y atisbaron entre los paños de la misma lo que afuera ocurría. Que era —como en aquel mismo momento estaban contándole a Salomón y Balkis las esclavas de esta última, atropellada y confusamente, quitándose la palabra unas a otras— que, por causas difíciles de establecer, los hombres de Judá y los hombres de Saba se

habían enzarzado en una reyerta, rápidamente degenerada en combate carnicero de todos contra todos.

—No os preocupéis por lo que está ocurriendo, reyes y señores nuestros —los tranquilizó un delegado de los genios que había sido enviado por éstos para darles cuenta del modo como tenían previsto acabar con el sangriento combate—. Vamos a restablecer rápidamente la paz entre esos hombres intemperantes con un recurso de fortuna, pero muy eficaz, que nos ha sido inspirado por el cuerpo de bailarinas con que Salomón, nuestro señor, quería demostrarte, ¡oh, señora!, que es un hombre refinado y en absoluto equívoco, un hombre que valora suficientemente los encantos femeninos y que, manteniéndolos dentro de un orden, sabe sacarles un máximo de provecho. ¿Queréis venir a verlo?

Se apresuraron Salomón y Balkis, con las esclavas a sus talones, a llegar a la puerta, donde el anunciado desfile se encontraba ya a punto de iniciarse.

Hubo, en primer lugar, un estampido pavoroso que borró por un momento la oscuridad nocturna con las luces sepulcrales brotadas a su conjuro —lo que provocó el inmediato cese de las hostilidades y el silencio de los contendientes—; a continuación, una musiquilla de crótalos y de flautas se dejó oír en el interior de la tienda —lo que, curiosamente, debido quizás a lo incongruente que resultaba el que el ominoso estruendo precedente sólo hubiera sido una llamada de atención hacia la melodía ratonera que empezaba a extenderse por los campos, asustó aún más a quienes momentos antes se despedazaban con alegre ferocidad—; y para terminar, un cortejo inacabable de genios, con la apariencia de semidesnudas y gordezuelas bailarinas de un cafetín de puerto fenicio, comenzó a desplegarse en dirección a los guerreros en suspenso, alzando rítmicamente y simultáneamente ahora la pierna derecha, y luego la pierna izquierda, y agitando los gruesos y casi desnudos senos como si quisieran arrancárselos.

—¿Y esos efebos? —preguntó, estupefacto, Salomón, al descubrir que al término de la hilera de muchachas se estaba formando otra integrada por jóvenes de aspecto equívoco.

—Son para aquellos de esos rudos guerreros —le contestó un genio que aún no había acabado de decidirse por revestir el aspecto de uno u otro sexo— que sean adeptos a las emociones fuertes. Hay más de éstos —añadió, guiñando picarescamente un ojo— que los que puedas imaginarte. ¡El futuro es nuestro, el futuro es nuestro! —gritó por último, ya por completo transfigurado en lánguido mozuelo, al tiempo que se empujaba, con pataditas en las propias nalgas, hacia la abarrotada salida.

Regresaron Salomón y Balkis, siempre cogidos de la mano, al recinto donde se había ido celebrando la iniciación del primero, y lo encontraron prácticamente desmantelado. Las cortinas pendían de una sola argolla o se amontonaban calladamente sobre el suelo; los sillones estaban derribados; las alfombras, engurruñadas y dispersas.

—Después de todo lo que ha pasado en estas últimas horas, ¿querrás seguir avanzando por la senda a cuyo término te encontrarás a ti mismo? —preguntó Balkis.

—No soy yo quien está al final de ese camino, sino tú, y ya te he alcanzado —contestó Salomón—; el alcanzarte me ha permitido llegar a ser lo que yo había nacido para ser, tu pareja, y ninguna otra mujer me desviará jamás de tus brazos. ¿Lo has entendido?

—Había una muchacha que te hubiera pasado examen, que te hubiera reprochado cualquier apartamiento tuyo de los hábitos sexuales aceptados por todos, y ante la cual tú habrías tenido que afirmar tu libertad, tu singularidad, la norma que llevas inscrita en ti y que la sociedad establecida teme por encima de todas las cosas. Había, por último, una muchacha que era en mujer lo que tú eras en hombre, cuando llegaste a mí, que hubiera jugado contigo para evitar que conocieras su secreto (la frigidez que le hacía buscar en muchos lo que no encontraba en ninguno), y que sólo se te habría entregado cuando tú hubieras sido capaz de ofrecerle tanto amor, que su miedo, como el hielo bajo la acción del sol y del calor, se derritiera, se disipara, se desvaneciera, ante la presencia del mismo. ¿Renuncias a ellas?

—No renuncio a nada. Todas las mujeres se encuentran en

ti.

Un genio llegó hasta ellos, agotado, sudoroso.

—Señor mío y reina mía —dijo—. Vengo comisionado por mis compañeros para informaros de que la paz es ya un hecho y de que los excombatientes no tardarán en caer exhaustos al suelo (no hay como el amor, o lo que yacer placenteramente con otro sea, para alejar del ánimo del hombre el gusto por la guerra). A fin de evitar que renazcan las pasadas rencillas, no obstante, debemos estar preparados, cuando se recuperen, para separar a uno y otro bando definitivamente: los judíos a tu mando, mi señor, regresarán a Jerusalem; los hombres de Saba, bajo tu guía, mi señora, a la remota Saba. No os preocupéis por vosotros, sin embargo, porque esto no significará que tengáis que separaros más de un mes, como máximo: pasado éste, que utilizaréis para restablecer el orden en los negocios de vuestros respectivos reinos, nosotros, divididos en dos grupos, nos encargaremos cada noche de traeros aquí, a una tienda mil veces más fastuosa que ésta bajo la cual estamos (la noche con mil ojos, guardada por cuatro leones), y en ella podréis desarrollar vuestro amor año tras año, entre el anochecer y el alba, hasta que Dios os abra las puertas de ese jardín secreto en el que los amantes no tienen por qué separarse nunca.

Y, en diciendo esto, el genio, incapaz de retenerse, besó en los labios a la pareja, primero al rey y luego, más largamente, a la reina.

# IV

A todo lo largo del mes que siguió al día de su regreso a Jerusalem, Salomón reorganizó su reino de manera que cualquier asunto público pudiera resolverse prácticamente por sí mismo, y su casa real, de forma que su estructura respondiera a las necesidades del nuevo género de vida que había decidido adoptar. Dictó, para ello, muchas nuevas leyes, por una parte, y por otra, devolvió la mayoría de sus mujeres, cargadas de regalos, a sus respectivas familias, concedió el divorcio a su favorita —autorizándola a contraer nuevas nupcias con el capitán de su guardia—, eliminó el cuerpo de eunucos, y sólo conservó junto a sí a aquellas de sus esposas que, habiéndole dado hijos, declararon no querer ser en adelante otra cosa que madres y sustentadoras de la institución matrimonial a la cabeza del reino. Por último, puso orden en su corazón y en su mente, consolidó los descubrimientos que sobre sí y los otros hiciera durante su proceso de iniciación, y acrisoló en su alma la imagen de Balkis, su pareja cósmica.

Tres veces se bañó Salomón, de puro nerviosismo, el día en que acababa el plazo señalado por los genios para que pudiera ver de nuevo a su reina. Se tranquilizó, sin embargo, en cuanto el sol empezó a declinar, y fue con ánimo sereno, más pulcro que nunca antes lo estuviera bajo su sencilla túnica blanca, como se puso a esperar en una alta torre de su palacio, abierta a todos los vientos, la llegada de quienes habrían de transportarlo hasta Balkis, a la que amaba. Pero ¡ay!, aquella calma que lo revestía, no iba a resistir la prueba en la que se encontraría inmerso a no mucho tardar, minutos más tarde.

Pues sucedió que la primera estrella se dejó ver en el horizonte sin que por ningún lado se produjera señal alguna de que acudían los genios, y lo mismo ocurrió con la

segunda, y aun con la tercera, cuya aparición en solitario, en medio de un silencio desconcertante, fue una especie de zancadilla para el ánimo del rey, que se vino aparatosamente al suelo.

—Criaturas adorables, mediadoras entre lo alto y lo bajo y de alma tan delicada como el rosicler de la aurora —gritó estentóreamente entonces—, ¿dónde coño os habéis metido, canallas?

Le contestó una voz que venía de muy lejos.

—¿Cómo? —preguntó Salomón, cuatro veces, al tiempo que se doblaba de bruces sobre los repechos de las cuatro caras de la cuadrada torre, en un desesperado intento de localizar a quien le había respondido.

¡Ah, qué tonto había sido! Por fin lo comprendía: los genios lo estaban esperando en el lugar donde él siempre los convocara, en sus aposentos personales, y, con toda seguridad, desde antes de que se dejara ver la primera estrella.

—En cuanto llegue, les pediré perdón por haber pensado mal de ellos —balbuceó mientras rodaba, como consecuencia de un traspiés, por la interminable escalera de la torre puñetera.

Pero, una vez en tierra firme, la alegría de pensar que pronto se reuniría con Balkis y que ya no tendría que seguir desnucándose contra más escalones, le hizo olvidar su propósito.

—Todos los atardeceres, vendremos a recogerte —dijo uno de los genios al verlo llegar, ya con la compostura recuperada—; podrás permanecer con aquella a la que amas hasta el alba; y te devolveremos a tu palacio, al lugar donde ahora estamos, antes de que el sol matutino alcance con sus rayos la juntura entre esas dos losas. ¿Estás preparado? Pues, entonces, hermanos, alcémoslo en volandas y, sin hacer ruido, partamos hacia el desierto, rasgando los serenos cielos, en busca de quien tiene la llave de su virilidad, de su alma y de su corazón, de su poderosa y equilibrada mente, y es dama suya y señora nuestra.

Era maravilloso el panorama que se divisaba desde las

alturas: los pedregales parecían de mica; los montes, de bronce y oro; el tenebroso mar de la sal, de azabache líquido. Y, una vez pasado este último, la tierra empezaba a ser ganada por olas de plateada arena.

—No, mi señor —exclamó sobresaltado uno de los genios, reteniendo a Salomón por el borde de su túnica—. Es mejor llegar un poco más tarde, pero entero y con la pompa apropiada, que no con la cabeza rota y el alma ausente.

—¿Qué pasa por ahí, qué pasa por ahí? —preguntó otro de los que volaban con Salomón a cuestas.

—Que el rey, loco de él, en cuanto divisó a su reina, quiso apearse en marcha.

Apenas hubo posado los pies sobre la grande y mullida alfombra que los genios depositaran, cuando aún era de día, sobre la arena, Salomón corrió hacia Balkis.

Se abrazaron, se besaron, se miraron, se sonrieron y el rey dijo:

—Cuando te volviste para decirme adiós, la última vez que nos vimos, tus ojos refulgían como dos estrellas. Había en ellos una tal determinación, una tal voluntad de no renunciar a lo que ya era nuestro (ese futuro a dos con el que tú y yo soñamos), que en ningún momento, durante los pasados treinta días, he puesto en duda, aún sabiéndome indigno de ti, que yo fuera el hombre llamado a compartir el esplendor de tu vida.

—Tú me miraste —le contestó ella— como un niño a punto de echarse a llorar, pero yo sabía que esas lágrimas contenidas eran las de un hombre que no puede vivir sin su hembra, y, así, nunca pensé que pudieras faltar a esta cita para acudir a aquella a la que tu madre pudiera convocarte por intermedio de tu fantasía.

Había un león dorado, de largas melenas rizosas, en cada uno de los cuatro puntos cardinales, a gran distancia de donde ellos se encontraban. La bóveda nocturna irradiaba una luz callada, de intensidad constante, desde las incontables lámparas que de ella pendían. Una brisa muy ligera rizaba la arena allí donde la sedosa y multicolor alfombra terminaba. Y la luna, metálica y desmesurada, se

había inmovilizado apenas por encima de la línea del horizonte, como si no quisiera perderse detalle de la escena que se estaba desarrollando allí abajo, en el centro del desierto.

Se sentaron, Salomón y Balkis, uno frente al otro, con las piernas cruzadas y las manos cogidas. La luminosidad nocturna daba a sus cabezas, a sus cuerpos, una consistencia, una rotundidad de perfiles, propias de estatuas.

—Estamos solos —susurró la reina—. Esos cuatro leones mantienen alejados de nosotros a padres, hermanos, hijos, antiguos amantes, a los niños que fuimos y al hombre y la mujer que éramos mientras estábamos separados, de forma que aquí no queda ahora sino el Salomón de Balkis y esta muchacha negra que es tuya porque así lo decidiste.

—La luna se detuvo y ello instauró sobre esta alfombra el reinado de la eternidad del momento presente, en el que no hay cabida para el recuerdo, para el remordimiento o la culpa, para la nostalgia equívoca de un futuro por definición ajeno a esta soledad compartida en cuyo seno recuperamos a quienes nunca tuvimos sin perdemos a nosotros mismos.

—Nos retenemos para no invadimos, nos retenemos para no ceder al otro el lugar donde el otro nos quiere firme y resplandeciente, y al obrar así, reinstauramos el orden de Dios en el ámbito de lo humano, del que, en cuanto pareja, constituimos el único representante viable, suficiente.

—En el espejo verde de tus ojos se me revela el hombre que yo soy (un hombre al que nunca pude ver con tanta nitidez, con tan rotundos perfiles, en ninguna otra parte), y en tu cuerpo y en tu rostro descubro a la mujer que es sólo mujer, y que lo es porque lo quiere ser para mí, como yo soy hombre y sólo hombre para ella.

Los genios, que se habían metido debajo de la alfombra por respeto a la intimidad de Salomón y Balkis, rebulleron, un poco enervados por tanta cháchara.

—¡Ya está bien! ¡Esto parece una sesión del Sanhedrin más que un encuentro entre dos amantes!

—¿A qué esperas, capullo, para echarle mano?

Y mientras decían esto, y muchas cosas más que por

pudor y buen gusto resulta preferible silenciar, comenzaron a alzar la alfombra, a alejarla del suelo, a subirla hacia las alturas.

—Desnúdate de una vez, Salomón —rogó Balkis—, que no se sabe a dónde pueden llegar unos genios tan mal educados como éstos cuando empiezan con la soecia.

Aplaudieron con entusiasmo los de esta forma aludidos al oír caer las vestiduras del rey y de la reina sobre la alfombra. Al hacerlo, ésta, obviamente, escapó de su control y cayó pesadamente sobre la arena, y ellos, avergonzados, optaron por dispersarse circularmente, metamorfoseados en viento, dejando a Salomón y Balkis suspendidos en el aire: dos cuerpos perfectos, blanco y negro, en los que lo masculino y lo femenino se imponían arrolladoramente, sin confusión, ni mezcla.

Un chorro de jazmines brotó del sexo endurecido de Salomón y, tras rozar los pies desnudos de Balkis, cayó sobre la alfombra, donde los genios, que habían regresado bajo la apariencia de niños muy pequeños y muy desnudos, de uno y otro sexo, brincaron para cogerlos y los entretejieron luego, en largas guirnaldas, con las camelias rojas que la muda contemplación de su pareja había hecho brotar de entre los muslos de la reina.

Rugieron los cuatro leones: Salomón había entrado en conjunción con Balkis.

—Te quiero —musitó él.

—Te quiero —gritó ella.